

Cuando una historiadora o un historiador publica una obra, tendemos a imaginarla como resultado de operaciones analíticas que incluyen la lectura de bibliografía, la puesta a prueba de avances parciales en congresos de expertos (que permiten refinar las hipótesis o el método) y laboriosos procesos de escritura y reescritura. Pero también podemos preguntarnos por una zona de su oficio que el libro terminado no suele dejar a la vista: los meses (o años) pasados en bibliotecas, hemerotecas, reparticiones públicas que guardan fondos documentales, materiales en variable estado de conservación que hablan los lenguajes del pasado.

*La vida en el archivo* confirma que esa faceta más primaria, azarosa y "sucía" del trabajo del investigador se juega en el contacto físico y virtual con libros, revistas, diarios, formularios de otras épocas. Esa tarea artesanal está hecha de tanteos y aproximaciones (¿dónde conseguir los números que faltan de ese *magazine* policial?, ¿y si finalmente hay que comprarlos por Mercado Libre?), imprescindibles estrategias de acceso (¿cómo ganarse el favor del archivero para que el material siga ahí, a mano, mañana?), padecimientos cotidianos (¿y si esa colección por la que tanto se luchó permanece "muda" y resulta que se perdió un tiempo precioso?, ¿podremos descifrar los trazos casi ilegibles en esas cartas que parecían decisivas?).

Estas páginas registran –entre la crónica, el ensayo y el diario personal– una experiencia hecha de rutinas, pequeñas o grandes frustraciones y peripecias deliciosas, que a veces llevan a momentos de "iluminación súbita", como los llama Carlo Ginzburg. Con humor, con destreza de narradora que comenta sólo lo que conoce muy a fondo, Lila Calmari capta esa etapa de la investigación en que "la" obra no existe todavía, muchos rumbos son posibles y todo parece inestable. Construye así un libro inspirador, heterodoxo, capaz de revelarnos la parte menos conocida de la labor académica e intelectual.

LILA

CAIMARI

LILA CAIMARI

LA VIDA EN EL ARCHIVO

# LA VIDA EN EL ARCHIVO

Goces, tedios y desvíos  
en el oficio de la historia



#### La autora

*Lila Caimari es historiadora. Graduada en la Universidad Nacional de La Plata, obtuvo el doctorado en el Instituto de Estudios Políticos de París. Es investigadora del Conicet y docente en el Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés. Es autora de Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina, 1943-1955. Sus trabajos sobre la cuestión criminal han sido publicados en Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955; Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945 (ambos publicados por Siglo Veintiuno Editores); La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires (1880-1940) (del que fue compiladora) y La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940. Es autora de numerosos artículos y capítulos de libros sobre dimensiones diversas de la historia social y cultural argentina. Actualmente investiga sobre periodismo y circulación de noticias.*

lila caimari

## la vida en el archivo

goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia

**siglo XXI editores, méxico**

CEDRO DEL AGUA 248, POMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF  
www.sigloxxieditores.com.mx

**siglo XXI editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C14259LP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
www.sigloxxieditores.com.ar

**anthropos**

LEFANT 241, 243, 08013 BARCELONA, ESPAÑA  
www.anthropos-editorial.com

Caimari, Lila

La vida en el archivo: Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2017.  
144 p. il.; 20x13 cm.- (Mínima)

ISBN 978-987-629-727-1

1. Historiografía. I. Título.  
CDD 907.2

© 2017, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Pablo Font

ISBN 978-987-629-727-1

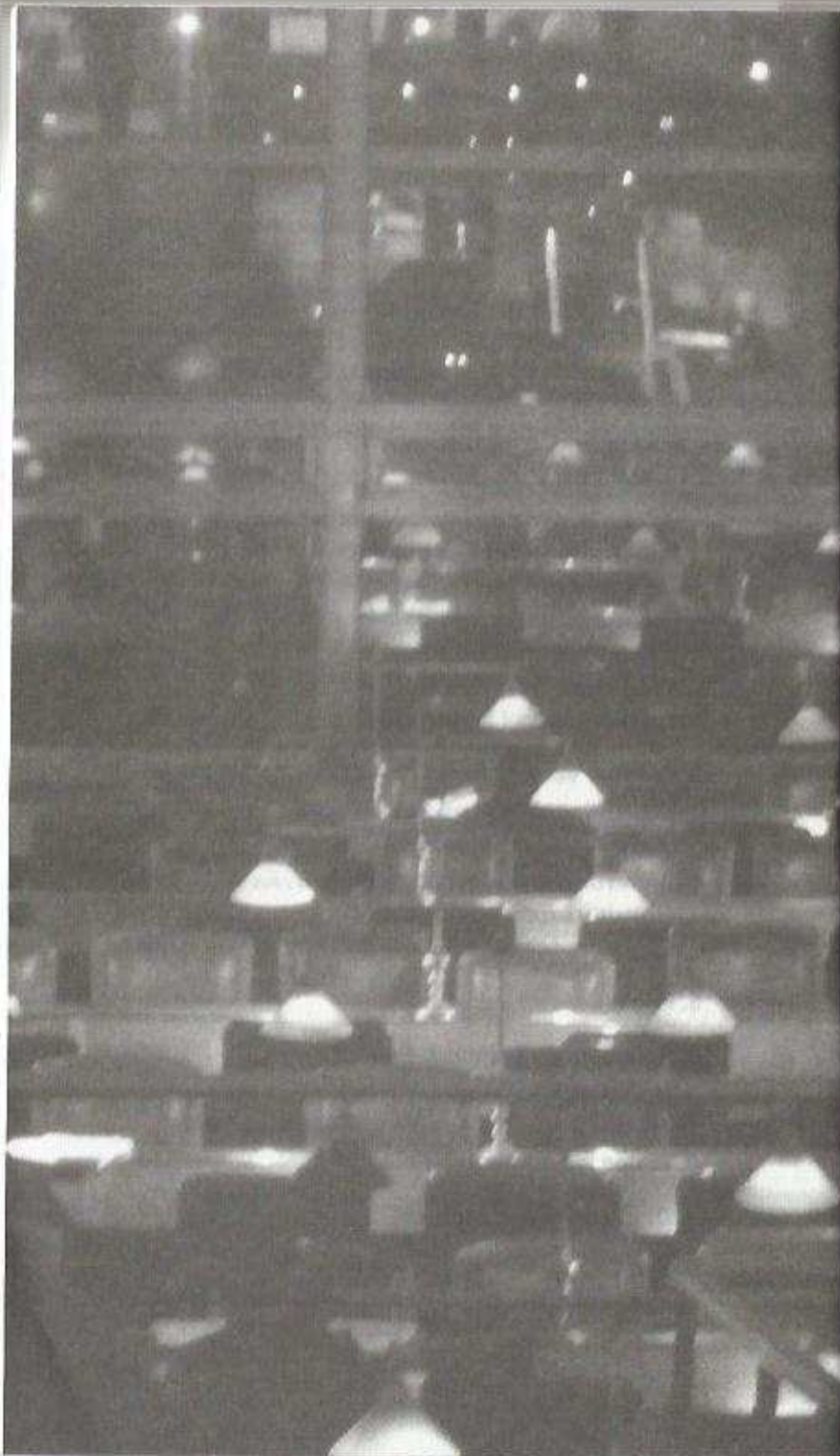
Impreso en Arcángel Maggio - División Libros // Lafayette 1695,  
Buenos Aires, en el mes de abril de 2017

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

## Índice

<b>Materias primas y experiencia de la historia</b>	<b>9</b>
<b>1. Entre el panóptico y el pantano. Avatares de una historia de la prisión argentina</b>	<b>21</b>
Puerta de entrada: breve historia de una cárcel de mujeres	22
Foucault, o las trampas de la fe	27
Misceláneas criminológicas	31
Del panóptico al pantano	42
Del control social al castigo	47
<b>2. Ver y no ver</b>	<b>53</b>
<b>3. Escenas del archivo policial</b>	<b>55</b>
<b>4. Archivos del crimen y giro digital</b>	<b>65</b>
Historia y experiencia de archivo	65
Giro tecnológico y economía documental	72
<b>5. Fugas</b>	<b>85</b>
<b>6. Beaubourg y Sciences Po</b>	<b>87</b>
<b>7. Partículas</b>	<b>93</b>
<b>8. Todos los nombres</b>	<b>113</b>
<b>9. Diario de la hemeroteca</b>	<b>117</b>
<b>Notas</b>	<b>137</b>
<b>Sobre los textos</b>	<b>143</b>





## Materias primas y experiencia de la historia

Cada verdadero historiador sigue siendo un poeta del detalle, y hace sonar sin cesar, como el esteta [...] las mil armonías que una pieza rara despierta en un campo de conocimientos.

**Michel de Certeau**, *La escritura de la historia*

Bajo la tersa prosa de la historia —debajo de todo, en la sala de máquinas— está el archivo con el que se hizo la historia, su materia prima. Es un suelo irregular y heterogéneo, hecho de grandes rocas, de misceláneas, de partículas incontables. Apenas se distingue esa base, casi no se reconoce su composición, porque a lo largo del proceso que culminó en el texto los elementos originales fueron reubicados, limados, amalgamados, enmarcados, redondeados, “normalizados”. Pocos de esos materiales llegan como tales a la superficie del texto; la enorme mayoría se elimina en el camino, por innecesaria o repetitiva. Una porción de lo que sobrevivió aflora apenas reconocible, subsumida en series, cuadros o gráficos. Otra aterriza, comprimidísima, en las notas a pie de página. Allí se alude a veces al archivo original, se hacen remisiones crípticas destinadas a los pocos que seguirán la pista. Cada tanto, una pieza de ese archivo que late bajo el libro asoma triunfante, estelar, en el texto principal.



Ha sido rescatada para una breve existencia. Se llama la atención sobre ella, es una *prueba*. Ahí está la voz que dice lo que quiere decir quien escribe: *No lo digo yo, lo dice ella, lo dice él, lo dicen ellos.*

Una investigación está hecha de piezas seleccionadas, organizadas y dispuestas en algún sentido diverso al de su origen. En historia, decía Michel de Certeau, todo comienza por el gesto de *poner aparte*, de reunir, de convertir en "documentos" algunos objetos repartidos de otro modo.<sup>1</sup> A lo largo de ese proceso, aparecen partículas elocuentes, partículas raras, sorprendentes, partículas que dan en el blanco o que se desvían en direcciones inesperadas, partículas predecibles y partículas arbitrarias. A veces se alinean dóciles en torno a una idea; otras son ariscas, producen giros imprevistos, erosionan las bases de la investigación, la subvierten, la refundan.

Por razones siempre distintas, algunas de estas piezas resultan irresistibles. Una a una, van siendo recolectadas como flores para un futuro jardín, elegidas por su valor intrínseco: la belleza de una frase o de una voz, el gesto que captura algo esencial, la síntesis afortunada. Esa seducción se relaciona, casi siempre, con el ejercicio de ventriloquia que espera tras la recolección. Porque quien investiga sabe que son las voces del archivo (no la suya, o no *evidentemente* la suya) las que tienen que hablar en un argumento que sí es suyo. Sabe también que, para funcionar en el argumento, esa pieza deberá quedar bien engarzada en su escritura. Así, mientras selecciona, va imaginando una intriga, la *dispositio* más rendidora: cómo administrar esta evidencia para persuadir sin forzar ni apabullar, cómo convencer con naturalidad, casi distraídamente, cómo transmitir la intensidad de la certeza sin recurrir a la enumeración de hallazgos que aplanan y

adormecen. Se recolectan muchísimas piezas, demasiadas. El momento tarda, pero un día llega. Es una prueba dura: hay que elegir cuál de todas verá la luz del sol, y resignar las demás.

De hecho, traducir el archivo a la escritura es, primero, renunciar. Aun los investigadores más apegados a sus fuentes saben que lo que se espera de ellos no es la exhibición de piezas extraordinarias: que en algún momento deberán volver a la superficie y justificar su excursión. A regañadientes, aceptan también que habrá que desprenderse de lo innecesario por bello y brillante que sea, ya que los mismos materiales que han dado claves, texturas y resonancias pueden convertirse en lastre. Este ejercicio de ascetismo sacrificial es lo opuesto de los merodeos indulgentes del archivo. La temporada de paseo y recolección —que seguramente ha sido más larga de lo necesario— ha llegado a su fin.

En el momento de escribir (de renunciar), lo que parecía tan eficaz —la multiplicación del detalle, la fuerza de lo concreto, la repetición que convence por su propia recurrencia, la evidéntísima verdad que emana del contacto físico con los materiales— deja de funcionar por sí solo. Después de los excesos sensuales de la acumulación, llega el ejercicio de sobriedad y estilización. Y aunque se sabe (siempre se ha sabido) que ese ejercicio estaba en el horizonte, no es fácil separarse del archivo-mundo con el que se ha convivido (en el que se ha vivido) durante meses o años. Intensa, por momentos abrumadora, esa experiencia parece incommunicable.

Tan difícil es la operación de desprendimiento que requiere de varias etapas, porque no se puede sacrificar todo de una vez, y tampoco es evidente desde el principio qué piezas funcionarán mejor. De modo que se



seleccionan algunas, sabiendo desde el principio que son demasiadas. Mucho se descartará en la primera escritura, pero la respiración del archivo todavía está cerca, su influencia no se ha desvanecido aún. Se sacan más cosas en la siguiente ronda, y así en cada re-escritura. Hasta que, finalmente, la lógica del archivo es absorbida por la que impone la construcción de un texto. En el pasaje a la escritura propia, en la búsqueda de una forma expresiva que haga justicia (en diseño, en tono, en énfasis) a esa infinidad de elementos ausentes, allí se juega, en fin, la posibilidad de traducción de la experiencia del archivo. Porque al final, sólo unos pocos materiales serán visibles: los más eficaces y potentes. O bien, como dice De Certeau, sólo esas piezas que despiertan mil armonías en la red más amplia. Esas, y sólo esas, se conservan para trabajarlas a fondo y adaptarlas plenamente a un dispositivo de argumentos, que en ese lapso se habrá afianzado y afinado. El resto debe ser *escrito*.

Es la escritura, en efecto, la que toma el lugar de lo descartado, que es casi todo. El archivo no está ausente por completo, en verdad, porque subyace bajo muchas certezas, proyecta su fuerza en una confirmación tácita, rodea, persuade por exceso, por goteo, por contagio, por saturación. Pero sólo puede volverse presente por la vía de la imaginación narrativa. Hoy es posible, sabemos, incluir ventanas a archivos enteros mediante enlaces a repositorios digitales. Estos recursos pueden facilitar algunas renunciadas, quizá, pero aun así, ese universo quedará irremediamente fuera de la economía del texto. Y es allí, en el texto, donde late un archivo implícito, acompañando la composición de climas, tonos y lenguajes. En última instancia, la única manera de hacer justicia al archivo-mundo es comunicar lo mejor posible la sinfonía puntillista que lo compone.

La renuncia al archivo nunca es absoluta, sin embargo. Y cuando todo ha terminado, cada tanto se recuerda con apego alguna pieza sacrificada. Se imaginan trabajos futuros donde lo excluido vuelva a activarse, donde el archivo descartado pueda lucirse en la superficie: algún proyecto que permita hacerle justicia al fin. Esperanza ilusoria en la mayor parte de los casos, pues el archivo quedará simplemente ahí, como un mundo dormido, y su fuerza seductora irá perdiendo efecto. Quizá se lo abra de tanto en tanto, para recordar que aunque todavía no sea el momento, algún día podrá usarse. O para visitar ese mundo, como quien mira un álbum de fotos de otra época. O para descartarlo del todo, como a un yo perimido.

\*\*\*

En su memoria sensible de la experiencia del archivo (*La atracción del archivo*, 1989), Arlette Farge aludía varias veces al *peligro* que entraña, que es el peligro de la adicción, del ahogo, de la imposibilidad de abstracción, de la perdición en lo concreto. Conocemos el reproche a los (débiles, hedonistas, obsesivos) que sucumben a estas seducciones. El riesgo del archivo mal controlado, que pone en jaque las artes del historiador, siempre está ahí. Aun en el mejor de los casos, el archivo suele ocupar el lugar de trabajo "brazal", esforzado pero poco prestigioso. Es la labor asociada a la acumulación rutinaria, cuando no a la suerte lisa y llana, que contrasta con las dimensiones más analíticas de la historia. Por eso mismo, la experiencia del archivo parece no necesitar de mucha reflexión más allá del problema más bien técnico y político de la preservación y el acceso.





En vez de disimular los rastros de la experiencia de investigación, las notas que siguen los ponen en escena, se demoran en ellos, son variaciones sobre la vida cotidiana de la historia. Más que tema en sí, el archivo es apoyatura y puerta de entrada, punto de mira del quehacer de la investigación en pleno reconocimiento de sus seducciones, sin esconder ni despreciar, acompañando sus rutinas. No para dignificar alguna fase de la reconstrucción del pasado a expensas de otra, sino más bien para poner en escena lo que *passa* en el contacto con los materiales; las maneras en que esa experiencia se mezcla, contamina y transforma; los procesos largos de reflexión y jerarquización, y su porosidad a tantas influencias: la lectura (prevista o imprevista), el intercambio de ideas (formal, casual), experiencias (personales o colectivas) que conviven con el proyecto, etc. Se trata, entonces, de *acompañar* los caminos de la investigación histórica a partir de una de sus estaciones.

Desandar la senda de la adaptación direccionada de los materiales, de procesamiento y repliegue en el argumento, es poner por delante la fase más primaria, de acopio y contacto físico; detenerse en el momento más "sucio" (menos brillante) del trabajo de la historia, el de recolección y azarosa construcción del archivo propio, en la tarea de armado de ese universo de materiales más o menos heterogéneos que constituyen la base de un trabajo. Al acompañar el proceso que va del archivo dado (público o privado, material o digital) al archivo propio (el que se construye para un proyecto), estos textos llaman la atención sobre la diversidad de posiciones implícitas en esta tarea. Pero lejos de concebir esa estación como un momento aislado de otros, procuran dar cuenta también del avance desordenado e impuro que subyace a la maduración



de un rumbo. Cualquiera sea el punto de mira elegido (el archivo, la exploración bibliográfica, la construcción de hipótesis, la escritura), la crónica de la investigación sería artificial si no diera cuenta de la sincronía desordenada de estos procesos, si no hiciera lugar a las microoperaciones conscientes e inconscientes que van tramando el camino.

Los textos que siguen fueron escritos a lo largo de varios años, siguiendo impulsos y consignas diferentes, todos vinculados a preguntas por la investigación. Al disponerlos juntos, algunos temas adicionales se fueron insinuando en el telón de fondo. Uno es el cambio de las condiciones del quehacer de la historia, resultado de la revolución tecnológica. Los efectos de las nuevas posibilidades reproductivas y diseminadoras de documentos todavía no están definidos por completo. Sí sabemos que, al abrir un horizonte de acumulación inédita de materiales que tiende a reducir el tiempo físico de los investigadores en los repositorios, este giro ha forzado el replanteo radical del estatus de archivos y bibliotecas. Sabemos también que la reproducción digital de documentos ha permitido delegar una parte sustantiva del tradicional trabajo de recolección. Que estamos pasando de una economía de escasez a una de superabundancia documental, aunque todavía no sea claro cómo hay que administrar esa multiplicación, ni cómo modificará la expectativa de base empírica de un trabajo de historia. Acostumbrados a mantener distancia de las novedades de la tecnología, o a estudiar sus efectos con la perspectiva del largo plazo, los investigadores del pasado transitamos un momento incierto, donde las destrezas de siempre, transmitidas por generaciones, se ven alteradas por tantas novedades en las maneras de buscar, de cotejar y cruzar. Los textos que siguen

fueron escritos en momentos sucesivos de esta transición, y aluden a dilemas que plantea esta revolución en las prácticas más arraigadas del trabajo cotidiano de la historia.

El otro dato contextual, el de la situación de bibliotecas y archivos argentinos, está ligado al primero, en la medida en que la revolución digital ha generado esperanzas sobre la capacidad de subsanar (y de *sortear*) problemas de larguísima data. Para quien habita el universo semisubterráneo de la investigación documental, el diagnóstico elaborado por investigadores, bibliotecarios y archivistas sobre la deuda en este plano —deuda institucional, normativa, presupuestaria, cultural— es un horizonte de sentido común.<sup>2</sup> Ese horizonte está hecho de incontables instancias de negligencia en las políticas de mantenimiento, control y acceso a patrimonios fundamentales, y también de cierta prescindencia de la sociedad, que ha permitido el largo drenaje de libros y documentos a las bibliotecas del hemisferio norte.<sup>3</sup> En este marco, los llamados a la profesionalización en el manejo de los archivos públicos y privados, los proyectos de concientización en relación con la gestión de documentos y la creación de instancias de reflexión crítica sobre el proceso de construcción de archivos en la Argentina no pueden sino ser bienvenidos.<sup>4</sup>

Estos contextos están presentes en el relato de la investigación, como no podría ser de otro modo, pero no son el tema de este libro. Dando por ciertos los informes de los expertos, que corroboran el consenso impresionista de los usuarios, el camino elegido no pretende arribar a nuevos diagnósticos, ni mucho menos elaborar recomendaciones normativas. Interesarse en el desarrollo de los archivos y bibliotecas, apoyar a quienes trabajan para mantenerlos y



mejorarlos, es un deber de quienes nos servimos de esos recursos. Pero el diseño de soluciones es la arena de especialistas y funcionarios. Al poner en escena la pequeña catástrofe documental cotidiana, estas notas se limitan a mostrar lo que produce cada día el viejo desprecio por las instancias de resguardo de la memoria social. Y cuando pueden, muestran también todo lo que se gana cuando esas situaciones se revierten a fuerza de trabajo y compromiso, como tierras ganadas al mar.

\*\*\*

Nada de todo esto es nuevo, se dirá con razón. En la charla pequeña e informal de la historia, la queja del archivo es cosa de todos los días, como lo son sus avatares (el hallazgo, la frustración, la estrategia de acceso). Pero esa cualidad artesanal –esa cualidad *vital*– suele ser borrada en el pasaje a la fase escrita. Sus alternativas no interesan en el libro que es producto de una temporada en el archivo. En verdad, el tema aparece sólo en la sección “Agradecimientos”, un paréntesis de intensidad incongruente que contrasta con la prosa serena, emocionalmente neutra, del resto del trabajo. Allí y sólo allí asoma la trama de relaciones personales, de favores y excepciones, de goces y padecimientos.

Los ejercicios que componen este volumen hablan en registros diferentes entre sí. Son *variaciones* entre la reflexión ensayística, la narrativa más o menos analítica, la bitácora de trabajo, la crónica y el diario semificcionalizados. Algunas nacieron de invitaciones a escribir por fuera de las convenciones formales del mundo académico, son “escapadas” de sus reglas de escritura que abandonan la explicitación

argumental para permitir que climas, sobreentendidos y lenguajes de la proximidad hagan su propio trabajo de recreación. Varias apelan a la primera persona, un recurso inusual entre los historiadores que se reveló difícil de eludir e imposible de reemplazar por los más habituales de la disciplina –el emisor impersonal oculto tras “este trabajo”, el “nosotros” que diluye identificaciones y responsabilidades, el narrador omnisciente, etc.–. Desde luego, esto no implica optar por un tono confesional, sino dar con una voz capaz de definir posiciones de investigación singulares: un hilo que siga las íntimas vacilaciones y tomas de partido que traman un camino. Esas piezas, que transcurren en un registro híbrido entre la crónica y la ficción, refieren a situaciones que son siempre verosímiles, aun cuando personajes y diálogos sean ficticios.

Además de la experiencia propia y de la sedimentación de conversaciones con colegas y estudiantes, estos ejercicios se gestaron mientras coordinaba talleres de tesis, ámbito de nacimiento y maduración de muchas investigaciones. Cada semana de los últimos quince años, asistí al relato de las rutinas de los participantes: rutinas raras, frustrantes, disparatadas, casi siempre intensas. Mientras el repertorio crecía, mientras veía avanzar a tantos en sus recónditos universos de pesquisa, se me ocurrió que había que escribir –escribir *de alguna manera*– sobre la práctica de la investigación. Estos intentos de acompañar esa experiencia fueron germinando en el marco de transformaciones espectaculares del trabajo cotidiano de la historia, cuando la expansión del campo disciplinar y los giros tecnológicos estaban cambiando tantas cosas, invitando de paso a la exploración formal y expresiva.



La reunión de estos textos en un libro fue idea de mi editora, Caty Galdeano. A ella va mi mayor reconocimiento, por su creatividad, por su acompañamiento inteligente y perceptivo.

Gracias también a Sylvia Saïtta, Roy Hora, Juan Carlos Torre, Martín Albornoz, Diego Galeano, Mercedes García Ferrari, Judith Farberman, Flavia Fiorucci y Marcela Gené. Gracias a Fernando Jumar y a Juan Pablo Dabove, por sus historias. Gracias a Catalina Wainerman y Claudia López Swinyard, por alentar, de maneras muy distintas, la escritura de trastienda. Gracias a Mariana Nazar, historiadora y archivera, de quien aprendí tanto sobre los dilemas del resguardo de la memoria colectiva. Los defectos de este libro son, por supuesto, responsabilidad mía.

## 1. Entre el panóptico y el pantano

Avatares de una historia de la prisión argentina

Me gustaría poder decir que la investigación sobre la historia de la prisión argentina, que ocupó varios años de mi vida y culminó en un libro de escala desmesurada, nació de la reflexión sistemática sobre los problemas planteados por la bibliografía más sofisticada acerca del tema. Pero lo cierto es más bien lo contrario. Es el fruto, lejano y apenas reconocible, de un hallazgo casual ocurrido durante una errática experiencia de archivo. Acababa de terminar mi tesis de doctorado –un trabajo de historia política sobre las relaciones entre el peronismo y la Iglesia–, y luego de cinco años de ponderar las inflexiones discursivas de Perón, Evita, ciertos obispos y unos cuantos militantes de la Acción Católica, estaba decidida a virar hacia la historia social. Como quería seguir escribiendo sobre mi sociedad de origen pero vivía en los Estados Unidos, la forma que adquiriera esta decisión dependería en buena medida de las fuentes disponibles.

Así pues, comienzo a revisar, sin rumbo muy preciso, la documentación sobre el siglo XX argentino que ofrece el catálogo de la New York Public Library. Allí me llama la atención un título: el *Boletín del Patronato de Recluidas y Liberadas*. Lo solicito. Son seis tomos que dan cuenta de la experiencia de un grupo de jóvenes abogadas porteñas de los años treinta. A lo largo de



dos décadas, descubro, estas impetuosas profesionales habían intentado desafiar el poder de la congregación religiosa que controlaba el sistema carcelario femenino, y habían fracasado. Dedicaré esta intervención a examinar los caminos por los cuales esa curiosidad heurística se transformó en investigación de largo aliento: cómo una pequeña historia de abogadas, monjas y penadas devino en una gran historia del castigo en la Argentina.

#### **Puerta de entrada: breve historia de una cárcel de mujeres**

Acaso la primera aclaración que corresponde, y no solamente para explicar esa distintiva anécdota de archivo con la que elijo iniciar este texto, es que mi disciplina de origen es la historia, aunque aquí se trate de contar la reconstrucción del pasado de un objeto que ha sido mucho más el territorio de la sociología que de la historia. Pero lo cierto es que las implicancias de esta interdisciplinariedad, que retrospectivamente juzgo decisivas, ni siquiera se insinuaron en lo inmediato. El sintético artículo sobre la cárcel femenina con el que inicié ese camino tenía en germen varias investigaciones posibles, y la cuestión del castigo era sólo una de ellas. Después de varios años de trabajo sobre la Iglesia y el catolicismo, por ejemplo, era casi natural imaginar un recorte que volviera, esta vez desde un mirador establecido en la historia social, al gran tema de la secularización —es decir, a una reconstrucción del largo y complejo camino de separación de las esferas de la Iglesia y el Estado—. Esto inscribiría el caso de la “cárcel eclesiástica” en una familia de problemas que la emparentaba con la historia de

instituciones de la educación, la salud, la infancia y el matrimonio. El conocimiento previo de los laberintos conceptuales y dilemas históricos de la secularización era una ventaja, pero también un problema, ya que se interponía en mi decisión de renovar radicalmente el espectro temático de mi trabajo. (Esta decisión era escasamente práctica desde el punto de vista del uso de mi limitado capital de *expertise*, pero cumplía con una condición más importante a la luz de mi experiencia de tesis: iniciar un proyecto de largo alcance requería un caudal de curiosidad intelectual que sólo podía nacer ante un objeto nuevo.) Y luego, no estaba segura de querer encuadrar mi pesquisa en una problemática que requiriera tanta reconstrucción institucional; intuía un horizonte de más y más estudios de caso, y un archivo de memorias ministeriales y presupuestos, con escasos intersticios para introducir actores sociales por fuera de este registro.

Una alternativa de investigación que me interesaba más conducía a los estudios de género, a una genealogía de las concepciones del castigo que tomara como eje la pregunta sobre la extraordinaria diferencia entre las políticas punitivas destinadas a los hombres y las destinadas a las mujeres. De hecho, ese fue el marco de los primeros pasos de la investigación. Porque lo interesante del caso que rescaté en aquella venerable sala de lectura no fue solamente que las cárceles femeninas de todo el país (y de otras sociedades latinoamericanas, según me enteré luego) hubiesen sido entregadas al control de una congregación religiosa, y que se hubiesen mantenido en esa esfera por casi un siglo (y que ese siglo fuese el XX), sino que dicha operación hubiese coincidido con una espectacular renovación institucional y científica de las concepciones del castigo masculino.



Inicio una reconstrucción de los rasgos más generales del caso. Hago averiguaciones sobre la Congregación del Buen Pastor, elaboro cuadros estadísticos del perfil socioeconómico de las reclusas, encuentro estudios sobre prácticas punitivas comparables en otras sociedades, me hago de los textos doctrinarios fundamentales sobre delito femenino, leo ensayos de criminología crítica contemporánea que incorporan la variable de género... Incluso consigo un contacto que me permitirá ingresar en los archivos centrales de la congregación, en Córdoba —una perspectiva que anticipo con deleite—. Todos estos frentes avanzan como avanza una investigación de este tipo, espasmódica y simultáneamente. Pero cada pieza va encontrando su sitio, y las líneas generales de un argumento comienzan a distinguirse con bastante rapidez. La delegación del sistema carcelario femenino en manos de una congregación francesa había sido, en realidad, el punto de intersección de varias lógicas superpuestas. Esa anacrónica expresión de continuidad de las nociones católicas de culpa y castigo había nacido más por omisión que por políticas deliberadas. A fines del siglo XIX, las prioridades de construcción estatal estaban en otras esferas, como asimismo las conveniencias presupuestarias. Este vacío coincidía con un momento de expansión del clero regular europeo en América Latina, y con una concepción de la construcción estatal que, a pesar del sesgo discursivo secularizador y hasta anticlerical de la clase dirigente, había reclutado personal eclesiástico para cubrir muchos espacios vacantes en la educación, la salud y la asistencia social.

Todo esto implicaba, naturalmente, un consenso según el cual el tratamiento del delito femenino podía mantenerse en la esfera tradicional de la culpa y el per-





dón. Los datos estadísticos dibujaban un perfil de población carcelaria estable –mujeres pobres, en su mayoría acusadas de infracciones contra la propiedad–. Más importante: también decían que en esa institución las reclusas (con y sin condena) habían convivido con una enorme población flotante de menores huérfanas. La cárcel también había funcionado como asilo y semillero de empleadas domésticas manejado por la Sociedad de Beneficencia. Para aumentar el efecto de este hallazgo, decidí presentar el caso en oposición a la vistosa reforma de las prisiones masculinas, con sus penitenciarías radiales y sus laboratorios criminológicos. Decisión crucial, aunque no lo sabía aún, porque lo que comenzó como un desvío limitado y muy instrumental terminó transformándose en el centro del trabajo, y esto ocurrió (o más bien, *fue ocurriendo*) sin que mediara una decisión tajante. Lo cierto es que cuando vi que mi *détour* se extendía de manera alarmante, decidí cerrar el artículo que lo había iniciado y publicarlo por separado para poder continuar el camino con más libertad.<sup>1</sup> En algún momento de ese camino, procedí a reorganizar las preguntas.

Reconstruyo retrospectivamente los componentes de ese proceso, que comienza con los signos de cierto agotamiento del rumbo inicial. La rapidez con la que se habían resuelto los planteos sobre la cárcel religiosa me había dejado una paradójica insatisfacción (ahora conozco mejor esa sensación, que he vuelto a experimentar: es la que produce una investigación que confirma las intuiciones iniciales con excesiva docilidad). Lo cierto es que, una vez pasada la fascinación almodovariana y saciados mis ímpetus de denuncia, me costaba encontrar preguntas historiográficamente rendidoras para continuar el camino. Entretanto, comenzaba a reconstruir los trazos de la reforma

carcelaria masculina, que resultaba ser muy diferente de lo que había previsto. Lo poco que se había escrito sobre ella estaba basado en el caso de la Penitenciaría Nacional. La bibliografía representaba dos vertientes contrastantes del (escuálido) campo de saber sobre el pasado de la prisión argentina: un archiminucioso trabajo escrito por un miembro retirado del Servicio Penitenciario (desprovisto de preguntas, pero atiborrado de datos útiles) y algunos artículos académicos matizados en el repertorio de conceptos y lenguajes de Michel Foucault. Para celebrarla o para denunciarla, todos hablaban de la modernización punitiva. Los trabajos introducían además el concepto de control social, que emparentaba a la prisión con otras instituciones –escuelas, hospitales– y la conceptualizaban como una pieza en un archipiélago institucional que multiplicaba al infinito las instancias de vigilancia estatal de los sujetos.

### Foucault, o las trampas de la fe

Como estudiante de Humanidades formada en los ochenta, había leído a Foucault en mis años de facultad. Guardo una memoria apegada del baqueteado ejemplar (una traducción publicada en la colección negra "Criminología crítica" de Siglo XXI).<sup>2</sup> También recuerdo el efecto electrizante de la descripción de la prisión-panóptico, esa sobrecogedora maquinaria diseñada sobre la noción del poder de la mirada (o del *efecto* de mirada) que inyecta la ilusión de vigilancia permanente. En aquel momento Foucault era un autor sagrado, el santo y seña de los que pensábamos que la dominación social era el gran tema de la historia (que éramos casi todos). Pero lo mismo puede



decirse sobre la recepción de este autor en otras comarcas, y este rasgo no alcanza a explicar la intensidad de aquellas adhesiones. La veneración con la que Foucault era leído, citado y divulgado excedía su papel de relevo de los teóricos marxistas, que en la Argentina –como en tantas otras sociedades latinoamericanas donde el marxismo había sustentado las agendas políticas de los intelectuales de izquierda– comenzaban a ser abandonados silenciosamente.<sup>5</sup> El contexto de lectura agregaba un plus interpretativo de altísimo voltaje. El “panóptico de Foucault” (así se nombraba lo que era, en realidad, una descripción virtuosa del invento de Jeremy Bentham) resonaba con las historias de los peores abusos de la dictadura militar, por entonces en plena retirada. En retrospectiva, veo que la minuciosa crónica del suplicio corporal del regicida Damiens, que inauguraba ese libro tan poblado de efectos narrativos, se adaptaba mucho mejor que el panóptico a las descripciones de los suplicios en los campos de concentración del régimen militar, que se insinuaban siniestramente en las conversaciones de la transición democrática. En cualquier caso, ¿cómo no ver en *Vigilar y castigar* una metáfora de los horrores que por entonces empezaban a ponerse en palabras públicas? Ningún libro combinaba mejor la habilidad teórica y el refinamiento estético con las urgencias del contexto. Su magnetismo era irresistible.

De la mano de mi flamante proyecto, vuelvo a ese libro una década más tarde. Esta vez dispongo del texto original en francés, en una elegante edición de Gallimard desprovista de las connotaciones familiares y emotivas de aquel ejemplar inicial. Lo leo lápiz en mano y con un espíritu diferente, y no sólo porque mi reencuentro transcurre en plena democracia

y a miles de kilómetros de las convulsiones políticas argentinas. Es un acercamiento profesional, pautado por ese tipo de lectura mucho más instrumental –más alerta, pero a veces también más pobre y selectiva– a la que sometemos a los libros de los que esperamos ideas para el trabajo que tenemos en marcha. Mi preocupación inicial es previsible: ¿cómo traducir esas figuraciones deslumbrantes a un estudio de prácticas concretas, en instituciones tan lejanas en el tiempo y el espacio? Me cuesta resignarme a un puro ejercicio de degradación, a ser artífice del descenso de las acrobacias apolíneas de la gran teoría al fango de la empiria. Tampoco me interesa convertir mi trabajo en un rosario de confirmaciones de las hipótesis de otro autor, por más brillante y consagrado que sea. Y me cuesta encontrar ejemplos satisfactorios de la resolución de este dilema. El irreverente Foucault ha tenido una descendencia curiosamente sumisa, y el modelo de relación con su autoridad intelectual que se ha establecido en los estudios de caso que voy leyendo me resulta por momentos incómodamente acrítico.

Todas estas reflexiones surgen, evidentemente, de una relectura menos sacralizadora de los viejos textos sagrados, y atribuyo este efecto desencantador al desorden mismo de la investigación que me ha traído de vuelta a sus páginas. A esas alturas, he pasado demasiado tiempo en los archivos penitenciarios (y en los archivos en general) para omitir contradicciones flagrantes de la evidencia y renunciar a algunas preguntas que brotan del más prosaico sentido común historiográfico (me referiré a ellas más abajo). Por lo demás, la vuelta a Foucault me ha planteado una paradoja inesperada: encuentro sus herramientas más apropiadas para trabajar temas



que en los años ochenta eran menos canónicamente "foucaultianos" (el poder de la ciencia, la producción de verdad jurídica, la racionalidad policial de control de la ciudad) que al análisis de la prisión. Una vez establecido el estatus de tecnología del poder y maquinaria del control social, ¿cuál es el lugar de Foucault en la interpretación de las rústicas cárceles femeninas (o masculinas) que estoy rastreando? ¿Y no hay algo tautológico en este supuesto desenmascaramiento? El control social es una categoría muy amplia, tan amplia que puede extenderse a los rincones más insospechados de la sociedad moderna. Su interés reside, precisamente, en esa capacidad de detección de las dinámicas de poder en lo más inofensivo —el modesto estetoscopio, el familiar pupitre de una escuela—. Pero en mi caso, se trata de estudiar una institución cuya función explícita (reglamentaria) es precisamente ejercer poder, desde arriba hacia abajo, de dominadores a dominados. ¿En qué consiste mi descubrimiento si someto esta evidencia a la grilla foucaultiana? Sin duda, el desenmascaramiento de lo obvio no constituye una agenda de investigación.

Estas objeciones no implicaban un abandono, sino una reformulación: quedaba reconstruir las técnicas de dominación en el interior de la institución, y aprovechar así las intuiciones foucaultianas sobre el poder de la mirada. Podía examinar los proyectos de medicalización del tratamiento de penados, establecer la naturaleza del vínculo con el ascenso del poder médico en las instituciones del Estado. Claro que Foucault seguía siendo un autor fundamental, pero sus preguntas se adaptaban a una zona específica de mis pesquisas: la que conectaba la prisión con la ciencia.

### Misceláneas criminológicas

Hacia allí se orienta mi trabajo de archivo, que de este modo sigue siendo funcional al proyecto de contrastar cárceles femeninas y masculinas, un objetivo que no he perdido de vista. En mis esporádicas visitas a las hemerotecas argentinas, reviso periódicos criminológicos y revistas médicas. Encuentro material rico y abundantísimo: revistas científicas editadas por médicos y psiquiatras asociados al Estado, repletas de propuestas institucionales y estudios de caso basados en la observación de reclusos de la Penitenciaría Nacional. Allí está la prueba palmaria de la asociación entre ciencia y poder, con su exhibición de dispositivos de exclusión social, tecnologías de disciplinamiento y detalles sobre las modalidades de inserción en las instituciones del Estado en formación. También encuentro los rastros de las múltiples conexiones internacionales de los criminólogos argentinos, y del potencial de racismo antiinmigratorio de sus teorías. Es materia prima densa y seductora. Su locuacidad en relación con los engranajes del poder permite un alineamiento en el marco de la bibliografía de la historia crítica de la ciencia, ese género foucaultiano entonces en plena expansión en la academia norteamericana. Con su desinhibida retórica del poder científico, su vocación por la modernidad tecnológica y su ostensible influencia sobre las élites estatales, la criminología tiene mucho que ofrecer a una legión de investigadores que se reconocen en esa tradición.

Comienzo a escribir sobre la criminología argentina, un rumbo estimulado por varias invitaciones a reuniones académicas en las que este tema es bienvenido. Me permito una digresión: encuentro que nos falta reflexión sobre el peso de la demanda externa



en las decisiones de investigación, un elemento que impone "desvíos" del camino original, y que a menudo termina generando perspectivas que lo modifican de manera decisiva. Como sabemos, los proyectos diseñados por otros, que con frecuencia responden a subsidios diseñados por otros más (sean estos otros institucionales o individuales, estatales o privados), afectan directamente las prioridades de distribución de nuestras energías investigativas. Si bien esto siempre fue cierto, lo es cada vez más: la profesionalización vertiginosa de nuestra práctica, con la multiplicación de oportunidades de generar proyectos y de participar en los emprendimientos de colegas cercanos o remotos en una escala inimaginable hasta hace pocos años, ha potenciado el peso de este factor.

Entre los historiadores, en cuyo ámbito el libro individual mantiene un valor mayor que el de cualquier otra forma de publicación, esta multiplicación de frentes de producción ha tensado más que nunca la lógica de las agendas. Es la tensión entre dos formas de distribución del esfuerzo: la dedicación de ritmos lentos y plazos casi anacrónicos que requiere *el libro*, y la intervención más puntual, más corta (aunque nunca tan corta como preveíamos), que demandan los proyectos colectivos. También es la tensión entre maneras de existir en el mundo de pares: en la reclusión que aísla pero ofrece rendimientos en el largo plazo, o en la lógica del intercambio y la participación sistemática que garantiza cuotas de visibilidad mejor distribuidas (e informes de investigación con mayores chances de éxito). Estas tensiones alcanzan su máxima expresión en ciertos momentos de la trayectoria profesional, y muy particularmente en esos años iniciales, cuando forjarse un lugar en la comunidad de pares es una empresa que absorbe

tantas energías. La autonomía de criterio para decidir entre diversas modalidades de producción es algo que se gana (o debería ganarse, al menos) con la experiencia y el mejor conocimiento de las inclinaciones de cada uno en relación con modelos de investigador.

Lo cierto es que en aquellos años el lugar de emisión de mis avances de trabajo estaba muy lejos de la consolidación, y acepté todas las invitaciones a presentar lo que iba armando con lo que tenía. Esta es quizá la parte menos individual de esta trayectoria, en la medida en que iba pensando en diálogo con colegas que, habiendo llegado por caminos similares a preguntas similares, también se interesaban en el papel que había jugado la criminología en la génesis de los Estados-nación latinoamericanos. Algunos de ellos no provenían de la historia ni de la sociología, sino de la crítica literaria, y se acercaban a los textos médicos para auscultar sus vínculos (por lo demás muy claros) con la literatura realista y naturalista de fin de siglo XIX. En el mundo académico norteamericano, la recepción de Foucault había sido tardía, y su efecto más potente se hacía sentir en los departamentos de Lenguas, que pasaban por uno de sus momentos más ávidos de teoría radical. En esta versión de los años noventa que circulaba en inglés, las intuiciones foucaultianas sobre el poder convergían con el "giro lingüístico", los estudios de género, la sociología bourdieusiana del poder cultural y los estudios subalternos. Además de ofrecer numerosas facetas de afinidad con perspectivas de este tipo, el estudio de la criminología y los criminólogos me inició en lecturas sobre otros núcleos de problemas, como la circulación transnacional de conceptos científicos y la importación-traducción cultural de ideas.



El peso de mis intervenciones de entonces se localizaba en el caso de ese laboratorio de la ciencia del crimen que fue el Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional. A comienzos del siglo XX, un grupo de médicos psiquiatras porteños había inaugurado un pionero centro de estudios del delincuente (masculino), un bastión del poder científico en el corazón de las instituciones estatales. Allí, los doctores habían sometido a revisiones, mediciones antropométricas y entrevistas individuales a toda una población de penados vestidos con sus uniformes a rayas. De esos encuentros surgieron miles de historias criminológicas con recomendaciones relativas a la institucionalización o la liberación de los sujetos sometidos al tratamiento. Minuciosas "biografías científicas", con fotografías y huellas dactilares, estos documentos eran la encarnación misma del poder narrativo (excluyente y estigmatizador) de la ciencia asociada al Estado.

Luego de una larga búsqueda en los laberintos de la burocracia del Servicio Penitenciario (que todavía mantiene ese material en su esfera), pude dar con decenas de historias criminológicas allí producidas, que me permitieron extender el análisis a los usos concretos del poder médico en la prisión, cuyos alcances precisos me intrigaban desde el comienzo. El archivo infinito de datos sobre el delincuente inaugurado en el célebre Instituto de Criminología, descubro allí, no cumplía funciones institucionales proporcionales a su envergadura. Los casos relevantes desde el punto de vista científico —que eran una proporción ínfima— se publicaban en las revistas criminológicas y aseguraban el posicionamiento de sus autores en el circuito internacional de especialistas. Pero todo lo demás (una masa gigantesca de información) quedaba muy cerrado

en sí mismo, subutilizado de maneras desconcertantes, "dormido". Más aún: una proporción sustantiva de las decisiones acerca de la libertad o el confinamiento se tomaba según lógicas independientes de la evidencia que proporcionaban los médicos. Empecé a preguntarme por el lugar efectivo de los criminólogos en el sistema penitenciario, por los alcances de su poder.

En la medida en que eran la instancia más cercana a la voz de los penados, las historias criminológicas ofrecían posibilidades de naturaleza muy diferente. Más allá de las preguntas por las tecnologías del poder, el filtro con el que yo escrutaba estos documentos también estaba hecho de los interrogantes (no siempre compatibles) que brotaban de una larga experiencia de lectura de autores que se interesaban en la "agencia" y racionalidad de los sujetos históricamente subordinados (esclavos, campesinos, obreros, mujeres, niños). Era una lista ecléctica e interdisciplinaria, cuya construcción, que se remontaba a mis años estudiantiles, se había ido ampliando en temática y desarrollo teórico. En ese gran océano de la historia "desde abajo" confluían, entre muchas otras, las perspectivas de E. P. Thompson sobre la "economía moral" de la clase obrera británica, los estudios microhistóricos de Carlo Ginzburg sobre la mentalidad del campesinado friuliano (obtenidos de los cuestionarios de la Inquisición), los trabajos de Natalie Zemon Davies sobre la cosmovisión de las campesinas y los campesinos europeos de la modernidad temprana, y el encuentro más reciente con el trabajo de James Scott sobre las "armas de los débiles" (un estudio etnográfico de reconstrucción del punto de vista del campesinado malayo, de notable influencia entre los latinoamericanistas radicados en la academia estadounidense).<sup>4</sup> A esto se sumaba el trabajo de Michel de Certeau sobre la "invención de la



vida cotidiana", una etnografía de la racionalidad creativa de sujetos anónimos que buscaba contrarrestar el vacío de "agencia" subordinada que había impuesto la perspectiva foucaultiana del poder.<sup>5</sup> Ecléctico en temática y premisas teóricas, este conjunto de autores era leído ávidamente por una comunidad muy amplia de investigadores, y su apuesta al lugar de los actores subordinados de la historia dejó sus huellas en la producción de trabajos que comenzaron a ver la luz a lo largo de la década de 1990, y que aún continúa.<sup>6</sup> A su vez, esta convergencia estaba pautaada por la aguda conciencia de las asimetrías del poder inscriptas en el intercambio lingüístico, introducida por la teoría crítica de la interacción social y muy radicalizada en el clima de debate sobre el peso de ese poder en la construcción misma de la narración histórica.<sup>7</sup>

El problema del poder del investigador en relación con su objeto de estudio imponía una dimensión complementaria de mediaciones a tener en cuenta en la operación de restitución de la voz de los sin voz, pues traía la cuestión del capital simbólico académico y las reglas del campo a una reflexión sobre la factibilidad misma de esta empresa. En este marco, algunos estudios llevados a cabo por investigadores cada vez más culpabilizados aparecían precedidos de largos prolegómenos teórico-metodológicos –tan extensos, en efecto, que por momentos amenazaban sepultar la voz de los sin voz bajo el peso de desmesurados aparatos eruditos-. En el fragor de estas querellas, que seguía con interés, yo percibía el riesgo de transformar lo que debían ser ejercicios esencialmente generosos de restitución de puntos de vista marginalizados en análisis cada vez más autocentrados, sumidos como estaban en una crisis epistemológica que los había alejado de sus propósitos originales hasta volverlos irreconocibles.

Para los historiadores, cuyo acceso al pasado siempre está sujeto a la fortuna heurística, el problema de la relación de poder con los informantes venía después del que imponía la cuestión de la disponibilidad misma de fuentes que permitieran restituir esas voces, aunque sólo fuese parcialmente. En los raros casos en los que aparecía la voz de penados y procesados, los documentos que encontraba estaban indefectiblemente mediados por la pluma de las élites y burocracias jurídico-científicas. Había tenido suerte, pues me encontraba ante un corpus que permitía tener en cuenta la subjetividad de los dominados en la narrativa sobre mi objeto. Esa era la buena noticia. Las malas eran tantas y tan difíciles de revertir que, muy a pesar de mi aversión al nihilismo epistemológico en el que caían algunos colegas, tuve dudas sobre la viabilidad de la empresa. Acaso como en ninguno de los estudios que me habían inspirado, la voz de los dominados (los penados y penadas) aparecía mediada por filtros de peso ineludible, empezando por la violencia de la situación en la que esa voz emergía, la matriz de temas y formulaciones que imponían los cuestionarios criminológicos, y la instrumentalidad que subyacía a las transcripciones de los expertos. El "punto de vista de los penados" sólo aparecía en el marco de un compendio de las asimetrías de la interacción social.

Dividida entre la enormidad de este dato, que me convencía de que encontrar *la voz* de esos sujetos era un objetivo ingenuo, y mi resistencia a transformar mi estudio en una nueva incursión en laberintos teórico-metodológicos, opté por hacer de estos desafíos un tema vertebrador que iluminara lo que se pudiera de la figura de los sujetos. Decidí partir de una premisa muy básica: todos sabían que estaban siendo examinados, y que de esa observación se desprenderían



**Vida Social:** qué existencia llevaba? cuales eran sus diversiones? practicaba deportes? hacia vida nocturna? tenía tratos con mujeres? era aficionado al juego? (carreras)? Frecuentaba el cine, teatro, fútbol, box?

Qué películas prefería?

Qué lecturas prefería: diarios, novelas, novelas policiales.

Concurría a bibliotecas, centros culturales, etc.?

Contrajo enfermedades venéreas?

Fue detenido alguna vez? por qué motivo?

Qué amistades frecuentaba? Indicar nombre, apellido, domicilio, ocupación de alguna de las personas que formaban parte de su círculo íntimo.

decisiones cruciales para su futuro. Agregué datos contextuales: algunos de ellos tenían nociones más que aproximadas de los instrumentos científicos con los que estaban siendo observados (las revistas de criminología se imprimían en la Penitenciaría con mano de obra de penados-linotipistas que pasaban en limpio, diseñaban y encuadernaban las páginas que hablaban de sus casos). Incluso encontré el manuscrito de un libro de criminología práctica escrito por un penado que relataba en detalle las estrategias de simulación de reforma y adaptabilidad de sus compañeros sometidos al ojo del poder. Más allá de esos casos excepcionales, todos estaban en alguna medida aconsejados por sus defensores y entendían las implicancias de ese intercambio. Por cierto, mi análisis no consistió (no *pudo* consistir, como había previsto inicialmente) en mostrar la experiencia de la prisión desde el punto de vista de la población carcelaria. Lo que escribí era más bien un ensayo sobre la apropiación selectiva e instrumental de saberes expertos, sobre las estrategias de supervivencia en una situación de dominación institucional extrema.

No obstante estos avances parciales, seguía sin encontrar el registro de las preguntas de mi investigación. ¿Quería hacer una historia crítica de la ciencia criminológica? ¿Una historia de esa ciencia aplicada a proyectos políticos? ¿Y qué lugar le cabía a la experiencia de la prisión, punto de partida inicial de la pesquisa? Estas dudas reflejaban de maneras imprecisas mis incomodidades en relación con un cúmulo de evidencia cada vez más contradictoria, que en algunos casos era francamente desconcertante. Ejemplo: uno de los principales referentes de la criminología argentina (fundador de la primera revista local introductora de Lombroso) era un reconocido líder anarquista;



otro (fundador de la más prestigiosa y duradera de las revistas criminológicas de la época) había sido un igualmente famoso socialista. Revisando la prensa contestataria, encuentro que importantes postulados de la ciencia del crimen eran abrazados como causa propia. ¿Cómo explicar estas adhesiones de la izquierda a perspectivas científicas cuya vocación por la defensa del orden establecido era tan evidente? Quizás había dado por sentado demasiado rápidamente los sentidos de esta evidencia.

Interesantes en sí mismas, estas paradojas convergían en un interrogante mayor en torno a la posición de investigación respecto del objeto de estudio. Algunos de los trabajos sobre los científicos finiseculares (higienistas, alienistas, criminólogos) nacidos en el campo de la crítica literaria adoptaban una distancia antagónica que me resultaba historiográficamente problemática (aunque algo de ese tono se coló en mis primeros trabajos). Se trataba de estudiar una ciencia cuyos postulados herían las nociones básicas de la universalidad de los derechos, una ciencia que se había aliado con el poder para legitimar con su manto la discriminación racial y de género; en ese sentido, la elección misma del tema era una forma de denuncia. Pero, una vez más, condenar a los criminólogos era un ejercicio fácil, una trampa anacrónica que dejaba afuera las preguntas esenciales. Si estos científicos no podían (y seguramente no debían) despertar la simpatía de sus estudiosos, su demonización (y la infantilización de sus víctimas ideológicas) dejaba algunas preguntas intactas. La hipótesis de la Gran Conspiración tampoco era verosímil, pues más allá de mi aversión instintiva a una interpretación de ese estilo, la escala de la evidencia contradictoria la bloqueaba de entrada. Había que volver a las preguntas de

la historia, esencialmente explicativas. ¿Por qué tantos de los contemporáneos habían adherido a ideas que nos parecen hoy tan claramente funcionales al poder represivo? Decidí tomar más en serio la pregunta por el poder de persuasión del discurso criminológico. En otras palabras: hice un trabajo de contextualización semántica de sus postulados, una reconstrucción de su trama de sentidos *de época*.

Este ejercicio requería, claro está, recuperar cierta inocencia prefoucaultiana en relación con las expectativas que la ciencia había generado a su paso, que eran muchas. Pues, lejos de ver a sus cultores como instrumento del poder, la izquierda anarquista y socialista (como la opinión pública en general, con excepción de los católicos) había visto en las novedades científicas un instrumento potencialmente liberador de la condición humana, y en particular de las clases trabajadoras. Una noción de progreso que era parte del sentido común de las sociedades occidentales, una "cultura científica", subyacía a las adhesiones, en algunos casos eufóricas, a la expansión de la ciencia.<sup>8</sup>

Ahora bien, este humus de nociones tan ampliamente compartidas estaba asociado al irresistible prestigio de la medicina finisecular, cuyos triunfos explicaban fácilmente el optimismo que generaba a su paso. Pero ¿cómo dar cuenta de las esperanzas que suscitaba la criminología? Por un lado, era evidente que la medicina transfería su halo a otras disciplinas emparentadas (los referentes de la ciencia del crimen eran médicos, y muchos de sus modelos conceptuales y operativos provenían de la medicina). Más importante desde el punto de vista de la investigación: observados más de cerca, no todos los postulados criminológicos tenían implicancias equivalentes, y del examen de esas diferencias se desprendía que las adhesiones progresistas



no habían sido tan ingenuas ni tan desinformadas. Entender esto implicaba descomponer el objeto de estudio para distinguir entre corrientes interpretativas divergentes, que explicaban el crimen como fruto de cadenas causales muy diversas. Apenas uno se internaba en los debates intradisciplinarios, era evidente que la teoría lombrosiana del delincuente atávico había sido controvertida desde el momento mismo de su formulación, como también la celebridad de su autor. Lo que dominaba estos debates no era la cuestión del criminal congénito, sino las hipótesis que explicaban el delito como producto de las exclusiones de la sociedad moderna y las limitaciones estatales para brindar salud y educación. Eran estas interpretaciones –que tantos puntos en común tenían con el reformismo de entresiglos– las que encontraban en la izquierda adhesiones que se revelaban mucho menos paradójales de lo que me había parecido en un principio.

### **Del panóptico al pantano**

Entretanto, me había mudado a Buenos Aires, lo cual me permitió regularizar el acceso a los archivos y diversificar el corpus de fuentes. Pasé de las revistas científicas e historias criminológicas a las (mucho menos interesantes) memorias institucionales y censos carcelarios. Gracias a las políticas represivas desplegadas por el Estado argentino a lo largo de todo el siglo XX, pude obtener muchos testimonios narrativos escritos por presos políticos –anarquistas, socialistas y radicales– que fueron agregando datos inestimables sobre la cotidianidad de la vida carcelaria. La evidencia que ofrecía este material era contundente de maneras bien distintas a las de los textos

cientificistas, y esas maneras eran incompatibles con las hipótesis que se venían sosteniendo sobre la naturaleza de la modernización de la prisión. Una tras otra, las estadísticas hablaban de la superpoblación de cárceles vetustas, de las disfunciones en la articulación entre el sistema penitenciario y el sistema judicial que saturaba sus instalaciones con menores y penados sin condena, del paso de miles de presos políticos por esas mismas celdas: en fin, de un sistema punitivo hecho de mezclas, abandonos y pequeñas tiranías locales. También quedaba claro que la tortura había sido una práctica frecuente. Había otra historia, la de la abrumadora mayoría de las instituciones carcelarias, que se emparentaba mucho más con las tradiciones punitivas coloniales que con el silencioso panóptico y el laboratorio científico del crimen. Reducir esta evidencia a la categoría de “tecnologías del poder” resultaba casi grotesco.

Como se desprende de esta descripción, la distancia respecto de las hipótesis foucaultianas había ido creciendo con el avance de la investigación. Recordaba los problemas de la aplicación del modelo teórico de *Vigilar y castigar* a los casos concretos, que tantos debates habían generado en su momento entre Foucault y sus colegas de la historia,<sup>9</sup> y notaba que a lo largo de los años mi identificación había ido virando imperceptiblemente hacia los argumentos de los críticos de aquella obra. El desconcierto inicial ante la dirección que me indicaba el archivo había ido dejando lugar a la convicción de los errores de (sobre)interpretación que habían marcado los trabajos disponibles. Salir de la disonancia entre el archivo que iba construyendo y el sentido común hermenéutico requería un camino más cercano a los métodos tradicionales de la historia: un ejercicio de despliegue empírico correctivo de generalizaciones olímpicas, y la propuesta de una nueva clave



de lectura del objeto (dos de las operaciones predilectas del historiador). La gris cárcel-pantano me permitiría salir de la prisión conceptual en la que nunca había encontrado un lugar intelectualmente cómodo. El problema, por supuesto, era que esta evidencia sepultaba en forma definitiva mis expectativas de construir una bella oposición entre las cárceles femeninas y las masculinas, pues mostraba que había entre ellas más similitudes que contrastes. (Algunas diferencias seguían allí, y veremos que la cárcel eclesiástica finalmente encontró su lugar en la reconstrucción final, que permitía ver singularidades dentro del panorama general y mantener mi hipótesis sobre las construcciones de género que subyacían a estas distinciones.) Con todo, esta entrada a la historia de la prisión por el camino de las instituciones menos espectaculares me permitía hacer algo que a esas alturas me interesaba más: establecer un recorte nítido para mi trabajo en el mar de estudios del control social, plantear una discusión.

La reconstrucción del universo de prisiones y cárceles argentinas, y de su evolución a lo largo de varias décadas, requería un trabajo de archivo intensivo. Voy a ahorrar al lector el *racconto* de las penurias pasadas en los repositorios argentinos para reunir ese material, que pondría a este ensayo en riesgo de virar al pesado género martiroológico. Sí cabe indicar la inversión en tiempo y esfuerzo que consumió esta empresa. Su desmesura no era una fatalidad, sino el reflejo de la ausencia de políticas de conservación documental, que complica toda reconstrucción mucho más de lo necesario; la "congoja del estudioso" argentino, como la llama César Vapñarsky.<sup>10</sup> Pero el problema no se reducía a las maltrechas bibliotecas locales. Aun en la mejor de las condiciones, la historia de la prisión plantea un problema estructural: se trata de reconstruir un objeto por

definición cerrado al escrutinio, una institución *creada* para aislarse del exterior, para repeler sus miradas.

A esas alturas, todos estos escollos eran parte de mi sentido común sobre el objeto que había elegido reconstruir, y lo cierto es que había suficiente material disponible para elaborar un cuadro de situación que, por su mismo desorden, me resultaba más verosímil. El mapa diacrónico de la cárcel argentina mostraba como una constante la superposición de instituciones punitivas muy diferentes, en un arco que iba de la vidriera moderna de la Penitenciaría Nacional (que detrás de su imponente diseño radial no era menos caótica que las instituciones más oscuras) a la cárcel premoderna y prehigienista, con sus cuadras atestadas de presos sin condena, menores y detenidos políticos. Este sistema débilmente regulado albergaba un amplísimo repertorio de prácticas coercitivas, que iban de la medición antropométrica practicada en el Instituto de Criminología a la intimidación física más brutal. En esta historia, la picana eléctrica merecía un lugar al menos tan importante como el poder panóptico de la mirada.

Ahora bien, la descripción de este universo podía cumplir (y cumplió) una eficaz función de recusación de las interpretaciones dominantes, que habían desdenado el trabajo de campo (o lo habían cultivado muy selectivamente) en pos de la confirmación obstinada de los modelos teóricos. Pero la satisfacción que me producía desbaratar perspectivas que juzgaba equivocadas no ocultaba del todo el nuevo dilema que se abría, porque con esta operación desencantadora había sucedido precisamente lo que temía al comienzo: que mi trabajo terminara cediendo todo el lugar a los matices del archivo, y se desdibujara así la fuerza conceptual del problema de la prisión.



El proceso indicado con el número 4 se le inició, según dice el penado, porque lo acusaron de robar unos objetos que le habían prestado. Lo penaron con 1 año de prisión.  
En los procesos correspondientes a los números 5 y 6 se le detuvo por el término de 2 y 9 días respectivamente, ignorando la resolución.  
El proceso que lleva el número 9 se le inició por haber aplicado un golpe a un parroquiano con una guitarra, en un negocio, durante una pelea general.

### Del control social al castigo

La secuencia fue bastante predecible: tras el derrumbe de las certezas, vino la euforia de la libertad. Después, la desorientación. Necesitaba un marco donde inscribir las hipótesis parciales que había ido elaborando a lo largo de cinco años de trabajo, y un planteo que me permitiera desplegar la enorme masa de evidencia reunida. Ese marco debía ser lo suficientemente flexible para abarcar mis hipótesis sobre las instituciones y sus dimensiones cotidianas así como los argumentos sobre la ciencia del crimen, dos vertientes que hasta entonces habían corrido por carriles desconectados. Mi apuesta consistía, precisamente, en juntarlos en un mismo diagnóstico, y para ello debía dar cuenta de una heterogeneidad de prácticas punitivas insospechadas al comienzo del camino. Se trataba de algo más que de hallar las herramientas para navegar este o aquel hallazgo: necesitaba una clave de sentido para el conjunto.

El trabajo estaba excesivamente teñido de una conclusión *negativa*: era un error suponer que la cárcel podía pensarse exclusivamente en términos de la historia del control social y las tecnologías de poder. ¿Cuál era el reverso propositivo de mi contribución? La respuesta provino de un marco conceptual mucho más tradicional que todo lo que había considerado hasta entonces. En mi valija de la mudanza a Buenos Aires, viajó un libro que tardé algunos meses en abrir, el extraordinario *Punishment and Modern Society* de David Garland.<sup>11</sup> Su lectura, hecha en el momento de maduración de mi reflexión personal sobre los resultados del trabajo de campo, tuvo un efecto catalizador. Al culminar el recorrido febril e iluminador, me rendí ante la evidencia: necesitaba devolver la prisión a la esfera de preguntas de la teoría social del castigo.



Conocía los rasgos básicos de la larga tradición sociológica de reflexión sobre el fenómeno punitivo: había leído a Durkheim en mis años de estudiante, me habían gustado las perspectivas de la escuela marxista italiana, difundidas en la Argentina gracias a las traducciones de Siglo XXI.<sup>12</sup> Pero en su momento no había considerado encuadrar mis interrogantes en el marco de lo punitivo, quizá porque eso me habría obligado a un diálogo paralelo con la filosofía del derecho penal, una perspectiva que presentía demasiado abstracta y cargada de presupuestos normativos para mis inclinaciones. Me había equivocado una vez más: ese repertorio aún me reservaba lecturas provechosas, inspiradoras incluso, como lo fue el descubrimiento del trabajo de Enrique Marí.<sup>13</sup> Pero no me equivocaba del todo cuando consideraba el derecho penal como parte de mi objeto de estudio antes que como proveedor de categorías de análisis: una serie de saberes expertos (códigos, tratados, reglamentos, las normativas institucionales que transformaban a un arrestado en un penado, las ideas jurídicas que explicaban la sanción de ciertos diseños punitivos, etc.) que constituirían parte del capital de conocimiento sobre el tema. Un corpus, en fin, más informativo que interpretativo.

El obstáculo principal, no obstante, era mi formación en un mundo académico donde la hegemonía foucaultiana había empañado tanto las tradiciones de reflexión sociológica sobre el fenómeno punitivo (si Foucault pertenecía o no a esa tradición es algo que queda por zanjar, conocida como es su reticencia a los encasillamientos disciplinarios establecidos por la academia). Y una vez establecidas mis distancias con ese legado, temía volver a colocarme ante el problema clásico de relación del historiador con la teoría social: la tensión entre la incorporación de conceptos que

provienen de visiones abstractas y generalizadoras y el requisito de fidelidad a los matices y las texturas que surgen de la observación atenta de la base empírica. También reaparecía el incierto lugar de la dimensión cronológica, de la pregunta histórica por las mutaciones del objeto a lo largo del tiempo, y el precio de acomodar la evidencia a modelos más interesados en la permanencia que en el cambio.

El trabajo de Garland, que era el de un sociólogo del castigo, respondía a estos dilemas de maneras convincentes. A poco de andar comprendí que mi identificación con su punto de vista estaba ligada a su raro interés en las aproximaciones historicistas, a la seriedad con la que incorporaba a la discusión los aportes de trabajos sobre concepciones y prácticas del castigo en sociedades muy lejanas en el tiempo. (En este sentido, me parecía ejemplar su reflexión sobre las implicancias teóricas del gran trabajo de Pieter Spierenburg sobre el espectáculo del cadalso en la Europa del siglo XVII.)<sup>14</sup> También comprendí que el interés de Garland en estos estudios tenía su raíz en dilemas que no eran diferentes de los que me habían preocupado, de maneras difusas, a lo largo de mi itinerario. Uno de ellos era la salida creativa de la perspectiva foucaultiana del poder (inspirada parcialmente en los argumentos de Spierenburg y desarrollada en términos que por fin me satisfacían). El libro era una suerte de compendio de la teoría social del castigo, pero se detenía en cada instancia para sugerir qué aspectos de cada tradición podían rescatarse de manera crítica. Su reelaboración de la teoría weberiana de las burocracias permitía pensar las instituciones punitivas incorporando márgenes para las contradicciones y disfunciones del sistema. Su equilibrado balance del legado durkheimiano (una vertiente que rara vez había visto considerada con seriedad) mostraba con



lucidez lo que aún era útil de esa perspectiva: la importancia de la sociedad que *mira* el castigo. El libro reintroducía la cuestión de la pasión en el fenómeno punitivo, se interesaba en el problema nietzscheano de la emoción social de la crueldad y la sed colectiva de venganza, conceptos completamente ajenos a la visión foucaultiana del "dispositivo" de control social. Los límites del objeto "castigo", en fin, eran redefinidos.

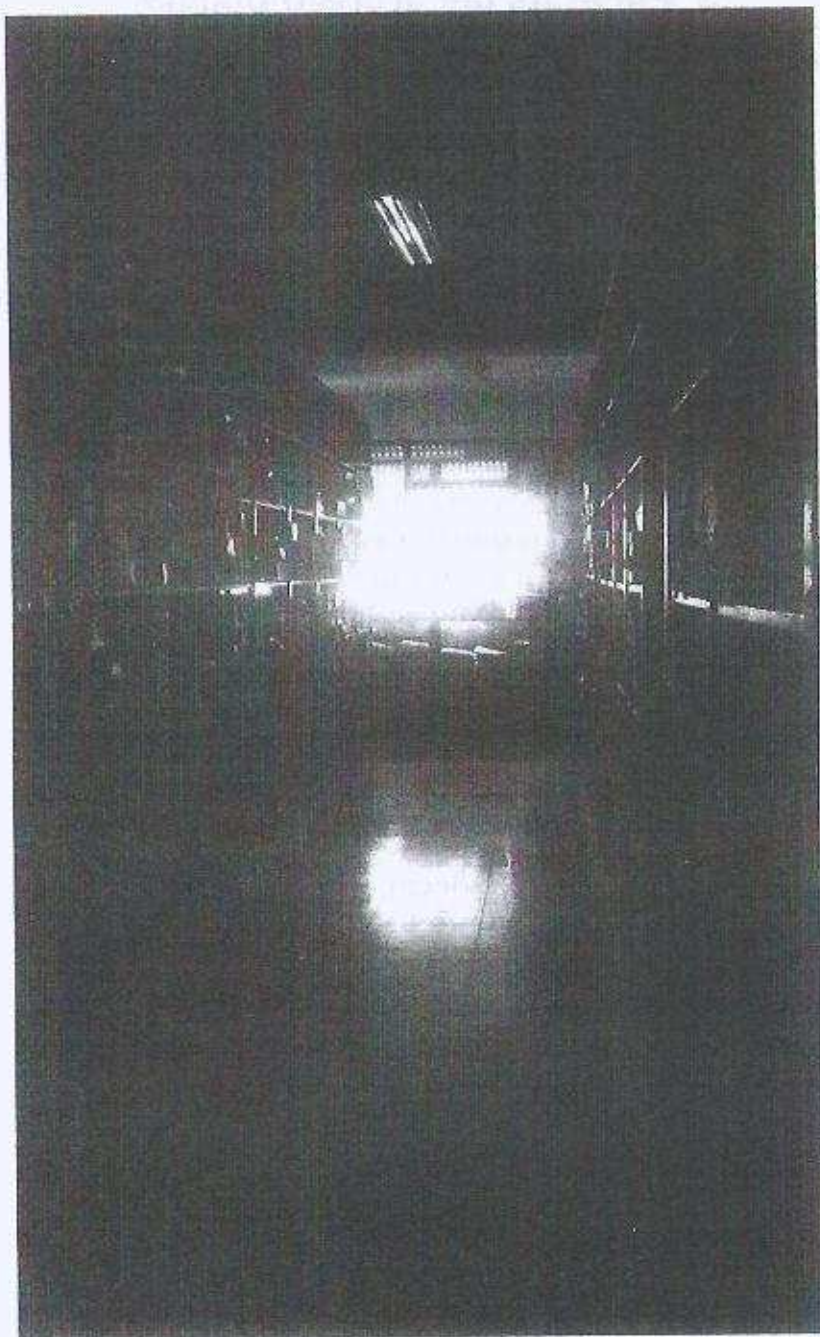
La velocidad con la que hice más las propuestas centrales de esta obra confirmó que me encontraba en un punto de llegada en relación con los criterios de análisis que me interesaban. Las piezas del rompecabezas fueron encontrando su lugar en el armado de un libro que terminó siendo un ambicioso fresco de los orígenes y la evolución de las prácticas de castigo en la Argentina moderna.<sup>15</sup> La obra mantenía la perspectiva de la tecnología del poder en el análisis de la ciencia del crimen, pero su peso era ponderado a la luz de consideraciones sobre los límites de la ciencia en el seno de las burocracias estatales, la naturaleza espasmódica y desarticulada de la modernización punitiva, y los usos que los penados habían hecho de este saber. Un lugar importante se reservaba a la cárcel premoderna, categoría en la que incluí la cárcel de mujeres con la que había comenzado mi pesquisa, y la descripción de la amplia paleta de castigos que se practicaban allí. Los actores sociales eran más variados de lo que había previsto al comienzo: había juristas, criminólogos y religiosas, pero también presos políticos, penados comunes y periodistas. El trabajo me había llevado mucho tiempo, y su espectro se había extendido muy por fuera de los límites iniciales. Pero esa misma amplitud, que en el momento de su publicación me preocupaba un poco, terminó suscitando otras investigaciones. Con todas sus avenidas abiertas y sus preguntas sin cerrar, el libro

circuló como una agenda de trabajo hacia adelante, y se ubicó en el despegue de un campo local de estudios hoy en pleno desarrollo.

Curiosamente, seguí el derrotero del trabajo en el que tanto había invertido con más distancia de la que hubiera imaginado. (Otro aprendizaje de la experiencia de la investigación de largo plazo: cuando sus resultados por fin ven la luz y se multiplican las ocasiones de discutir sus implicancias, la atención del investigador ya ha tomado otro rumbo.) Las lecturas sobre la dimensión emocional del castigo habían despertado mi interés en la opinión pública, en la sociedad que imagina al delincuente, que se moviliza para pedir perdón para el condenado o castigo al culpable. Me preguntaba por el lugar de los medios de comunicación en la evolución de la imaginación punitiva. Decidí que el sentido común "profano" sobre el castigo sería mi nuevo tema de investigación. Y allí comienza otra historia.







## 2. Ver y no ver

Las autoridades de una repartición estatal me informan que sus archivos son confidenciales, que me faltan los permisos y calificaciones requeridos para acceder. Siguen meses de intentos fallidos. Por fin, alguien con poder suficiente para prescindir del recitado monótono de normativas me escucha con atención. De inmediato entiende el sentido de este pedido. No ve ninguna amenaza en mis inofensivos propósitos de historiadora, y con un llamado telefónico desactiva la muralla de prohibiciones.

Una visita alcanza para comprobar que las especulaciones sobre ese archivo no eran pura fantasía: la documentación que yo buscaba está ahí, y tiene incluso más potencial del que imaginaba. Mirando las estanterías cubiertas de expedientes, pregunto si en la repartición hay fotocopidora (son tiempos predigitales). No, pero el kiosco de la esquina tiene una que anda bien y a buen precio. Ese verano se va en incontables idas y vueltas al bolichito en cuestión, en un llevar y traer de papeles dormidos desde hacía décadas, en una cadena cotidiana de entendimientos y solidaridades cada vez más mecánicos, más distraídos.

Todavía conservo esas fotocopias amarillentas, informes de vida de penados del temprano siglo XX. Aunque la investigación terminó hace años, cada tanto



hojeo esos registros de infancias terribles, de familias imperfectas, de inicios sexuales por ahí. Esas páginas hablan de muchas cosas, cosas que *quizá* llevaron (que se sospecha que llevaron, que podrían no haber llevado) a los episodios definitorios, los mismos que hicieron que esas vidas aterrizaran en legajos custodiados, abandonados, olvidadísimos.

Actitud anterior al delito	
Meditación del delito	.....
Actos preparatorios del delito	.....
El delito fué una acción imprevista	.....
Ejecución del delito	
Modo de ejecución (perversidad brutal)	.....
.....	
Instrumentos usados	..... <i>carabida de cocina</i> .....
.....	
Estado en el momento del delito	Físico
	Embraguez
	Psicológico
	Moral

### 3. Escenas del archivo policial

Regla de oro: nunca pelearse con el archivero. Hay algo gratuito, trasnochado, en este oficio. Somos artesanos del hallazgo errático, fetichistas del residuo, viudos. Viudos que tienen que andar con cuidado, además; viudos que dependen de la suerte y de la astucia: suerte para encontrar el archivo que se salvó del diluvio, astucia para seducir a los guardianes. Aquel diligente libro sobre el régimen conservador, esa reconsideración de la crisis del 30, la desafiante colección de perspectivas sobre el peronismo que ganó la mesa de novedades de Yenny: *todos* eufemizan con ademán erudito y prosa medida esos cimientos de peripecia, casualidad y agonía. El único resquicio está en la página de agradecimientos. Por esa ventana incongruente asoma, como llamarada, la trama de favores y excepciones. Gracias, bibliotecario-cómplice, por los papeles bajo cuerda. Gracias, coleccionista obsesivo, por dejarme ver las revistas que tenías guardadas para vos. Gracias, mano salvadora, por bajarme esas cartas del altillo. Gracias, gracias, *gracias*.

En esto pienso mientras viajo en subte al archivo policial. Y después, mientras me abro paso entre el gentío y los rollos de tela. Miro los disfraces, los trajes de novia en superoferta, las lentejuelas. El Once es lugar de muchos tesoros. Camino a través del festín, distraída.



Reconozco el malestar, el mismo de siempre, el que anuncia la ronda de súplicas. ¿Habrá alguna posibilidad de recuperar...? ¿Sería tan amable de fijarse...? Podría reservármelo en un rincón, vuelvo mañana, ojalá que no vuelva a perderse. Y los archiveros de hoy son policías, nada menos.

Me dijeron que tocará en una puerta al lado de la Comisaría 7ª, un paréntesis de bandera argentina y pintura a la cal entre los boliches cotilloneros de calle Lavalle. Hay dos entradas, toco en la primera.

—¿Quién la manda? —pregunta una voz femenina en el portero eléctrico.

Dudo un momento. Tengo una palabra clave, pero no recuerdo si hay que usarla ahora o después. No debería haber venido sola, no es bueno dar pasos en falso la primera vez.

—González. Quisiera consultar la biblioteca.

El portero no anda bien y el barullo me impide oír la respuesta. Miro fijamente el aparatito. ¿Vuelvo a tocar? Se oye un ruido ronco: están intentando abrirme. Forcejeo varias veces, pero no hay caso. Otro ronquido, intermitente. Hago un último intento. La puerta se abre. Estoy adentro.

No veo a nadie, todo está en silencio. Empiezo a subir la escalera que tengo adelante.

El Centro de Altos Estudios Policiales "Francisco Romay" es una puertita entre otras, al fondo de un corredor. Golpeo dos veces, dudando. Me atiende una mujer policía. No es ninguno de los personajes que me han mencionado los colegas-baqueanos. La tradición oral del archivo tiene un anecdotario profuso, pero sus cartografías son falibles, se desactualizan pronto.

La suboficial Susana fue asignada hace pocos días a este oscuro destino, según me entero después. La

combinación de maquillaje y uniforme me recuerda inmediatamente la seccional de *El Bonaerense*, la película de Trapero. (Me gustó mucho, tan inmersa en ese mundo.) Es evidente que mi aparición la incomoda. *No puede pasar*, dice, brusca. *El comisario González no mandó ninguna autorización. Tiene que volver otro día, cuando haya algún oficial superior.*

El diálogo transcurre en el espacio entre los anaqueles y las tres o cuatro mesas de la sala, que es minúscula. Me cierra el paso.

—Pero mire que yo hice todo lo que me indicaron por teléfono —musito—. Presenté la nota, hablé con González. No soy periodista, no. Soy investigadora, pero del Conicet. ¿Me permitiría mirar lo que tienen ahí? No toco nada. Sólo miro. Puede vigilarme mientras miro.

Otra vez el malestar.

—No, *no*. El comisario González...

Mientras hablamos, pispeo los lomos que hay detrás; parecen revistas encuadernadas. Intento acercarme, pero ella vuelve a bloquearme el camino. La miro de frente, estamos a centímetros, demasiado cerca. Cuidado, mejor no ofuscarla. ¿Pero está ofuscada o asustada? Me parece que no sabe cómo manejar mi aparición. La han mandado a una biblioteca de policías para policías. Es joven, su lugar en el escalafón está en juego. No hay manera. Mejor vuelvo otro día.

Pego la vuelta para salir, y en ese momento entra un hombre maduro. No lleva uniforme y se mueve con familiaridad campechana. Adivino que es Pérez. De él sí me han hablado: *Si le caés bien te deja laburar en paz*. Pérez quiere saber qué pasa.

*Comisario inspector, la señora no tiene autorización del comisario González.* Pérez apenas la mira. ¿Sobre qué investiga?, me pregunta inesperadamente. Dudo



otra vez. Estoy siguiendo varias pistas, pero mejor no mencionar algunas. *Sobre los policías escritores*, arriesgo. Ábrete Sésamo. La cara de Pérez se ilumina: *Está hablando con uno de ellos*.

\*\*\*

Francisco Romay era un oficial historiador, autor de una archiminuciosa crónica en cuatro tomos de la policía porteña. Cuando murió, en los años setenta, era comisario y miembro de la Academia Nacional de Historia. También fue uno de los fundadores de la Academia Porteña de Lunfardo. El Centro de Altos Estudios que empiezo a frecuentar nació de su gigantesca biblioteca personal. *Cada vez menos gigantesca*, me cuenta un día el empleado más antiguo, un oficial solitario, retirado hace años. Murmura que entre robos y pérdidas la colección actual tiene cientos de ejemplares menos que en el momento de su donación. Me he incorporado al paisaje, y de a poco voy obteniendo información sobre ese rincón de papeles rancios, que sobrevive por pura negligencia en el vértigo de la Federal. Ahí toman mate policías retirados. No recalcan los mediáticos ni los que esperan hacer carrera resolviendo casos sonados, pero esa misma marginalidad permite algunas rutinas cómodas. Como en otros archivos, se respira una especie de ensimismamiento grisáceo que tiene algo de adictivo. Hace frío, y el hecho genera divergencias, así que según los días y los turnos hay que prever abrigo suficiente, o analgésicos para el dolor de cabeza que invariablemente regala el radiador pantalla colgado en un rincón.

Nada de esto me importa porque he empezado a curiosear los estantes de la salita de ingreso. De acuerdo a los datos que tengo de Romay, espero libros tra-

dicionales de historia argentina, manuales de técnica policial, algún diccionario de lunfardo. Ahí están: las dos Historias de Mitre, Saldías, la vieja colección de la Academia. Incluso *Todo es Historia*, encuadernada y prolija. Hay toda una pared cubierta de publicaciones institucionales: *Revista de la Policía*, *Magazine Policial*, *Gazeta Policial*, *Mundo Policial*. Son más de las que esperaba, de algunas ni tenía noticia. Acá debe haber buenos insumos para revisar la cuestión de la identidad policial; habría que rastrear variaciones en el pasaje de civil a policía a lo largo del siglo. Anoto: "Sala I, anaquel derecha, abajo: revistas / construcción lazos corporativos, 1880-1980". Fotografo algunos índices, voy a alertar a la gente del equipo que se ocupa de estos temas.

Los anaqueles vecinos son para los saberes del crimen: tratados de criminología y criminalística, dactiloscopia y antropometría, Lombroso, Vucetich, Ingenieros, De Veyga. Encuentro algunas piezas que me faltaban, pesco una buena foto del gabinete de observación de la Penitenciaría: un médico de guardapolvo mide la oreja de un penado con uniforme a rayas. Tenían sentido escénico estos señores. Quién sabe, con un poco de suerte puedo toparme con el tomo perdido de *Criminalogía Moderna*, la revista de Pietro Gori. Me desconcierta el personaje, no termino de entender cómo se conectan sus ideas lombrosianas, tan tenebrosas, con su devoción por la causa anarquista.

Pero Gori no está. Y donde debería estar hay una colección de *magazines* ilustrados del 900. ¿Qué hace *Caras y Caretas* junto a las minucias de la dactiloscopia? Recuerdo un texto leído hace años, sobre las contigüidades irónicas de biblioteca: Marx y Adam Smith, Sarmiento y los revisionistas. Tarde o temprano, todo y lo contrario de todo terminan conviviendo en los



mismos estantes. Por eso las bibliotecas tranquilizan, con la calma del largo plazo. Me fastidia esa idea, me fastidia el bálsamo de la biblioteca-cementerio. Mejor abrir esos tomos, reactivar su potencia.

Agarro un número cualquiera. En la tapa hay una caricatura de Roca y Pellegrini (qué ilustraciones, los dibujantes satíricos de esa época eran fabulosos). Roca está sentado en una silla de consultorio, mientras un Pellegrini-frenólogo le palpa la cabeza para detectar la protuberancia craneana de la ambición política desmedida. Paso la hoja, y me asaltan los excesos de la miscelánea de la época: concursos de belleza, las siamesas turcas, la guerra ruso-japonesa, el asesinato de Livingston, la temporada en Mar del Plata, un caso policial. Cierro la revista y leo en la tapa "Director: Fray Mocho". Recuerdo de golpe que Fray Mocho fue policía, y policía importante, fundador de la sección de detectives de fines del siglo XIX, si mal no recuerdo. Ya veo. *Caras y Caretas* está acá como reconocimiento a su obra, la del más famoso escritor y periodista de la institución. Pero... ¿y esas filas de libritos de kiosco con tapas estilo *pulp*? ¿Y el semanario *Ahora*? Toda una sección de este centro de *altos* estudios está dedicada a título\$ catástrofe, cadáveres, fotomontajes grotescos... No hay caso, no es tan fácil leer bibliotecas. Y esta es rarísima. Tengo la sensación de que algo se me escapa.

Los policías están enfrascados en su charla. Se habla de los pros y contras del nuevo régimen de ascensos. Del comisario tal, que anda mejor de la úlcera. Un agente de calle fue amonestado por hacerse la rata del piquete que le tocaba vigilar. Pasó un informe trucho desde su celular, pero un superior lo vio por la calle y elevó una nota de denuncia. Suena el teléfono y atiende un empleado. Es la hermana de la suboficial Susana. (Su actitud ha cambiado desde el incidente inicial,

ahora me ofrece café y caramelos. Creo que fue amonestado y me siento un poco culpable, no quisiera que mi aparición la perjudique, parece buena gente.) *Susana no está, tenía un trámite que hacer. Llamala mañana.* Nueva ronda de mate, y es el turno de Macri. Se comenta que los aumentos corren peligro si la policía pasa a sus manos, pero esta versión es desmentida.

Me muevo de a poco hacia los estantes de la segunda salita, quiero ver lo que hay en esa pared del fondo. Son filas irregulares, parecen libros, ¿pero libros sobre qué? No hay catálogo para mapear el lugar, así que sólo conozco lo que tengo a mano. En esa zona se reúnen ellos, y no entiendo bien si la confianza que he ido ganando significa que tengo permiso para incursionar ahí también. Hay que evitar pasos en falso, no quiero poner en riesgo el territorio conquistado. Pero Susana no está, y con las novedades de los ascensos, nadie me presta atención. Avanzo de espaldas, mirando los lomos, dando pasitos laterales. Voy despacio, simulando tomar nota, como si no oyera la radio, los chistes y los chismes. No encuentro nada interesante, libros franceses de técnica policial, un boletín de bomberos. Paso revista superficialmente, tomo notas sobre temas y ubicaciones para ir haciendo el mapa, saco fotos de las hileras de lomos para verlas después, más tranquila. Necesito llegar al otro lado, esas siluetas irregulares prometen libros sueltos, quizás haya algo bueno. Entre la estantería empotrada del fondo y el anaquel paralelo veo un espacio, ojalá pueda refugiarme en ese pasillito.

Actas de la Academia de Lunfardo, tratados de tango: no doy crédito. ¿Para esto me arriesgué hasta acá? Me cuesta entender que la policía acumule tantas trivialidades en su centro de *altos* estudios. Paso de largo la sección, impaciente. Ya no me ven, acá puedo ir y



venir con más libertad. A ver... Memorias de un comisario jubilado, y de otro, y de otro más. Conocía algunos casos, pero esto es una sección entera, todo un género. No se hace carrera en este rincón de la institución, pero acá viene a parar mucha memorabilia truculenta, trastiendas de hace medio siglo. Saco algunos ejemplares, los hojeo. Son compilados de textos cortos. "Lo que no se dijo del caso Penjerek", "El 17 de octubre visto por un vigilante", "Relatos de la oficina de guardia", "La verdad sobre la Semana Trágica", "Misterios de la noche porteña", "Gardel en la cárcel de Ushuaia". Dice un prólogo: "Los policías escritores no se confunden con los escritores de policiales, que no conocen la experiencia de la calle". La sección está repleta de anecdotarios, colecciones de microhistorias, minucia. Voy sacando los tomos ajados de a uno por vez. Toda esta materia es exhibida como si probara cosas: acceso a las intimidades de la ciudad, a lo prohibido y lo intersticial. ¿No estará relacionado este estante con el de lunfardo? Miré mal, tendré que volver sobre mis pasos, revisar mejor los libros de ese tramo, cruzarlos con estos, ver qué pasa. Recuerdo haber leído que los estudios de la jerga del delito buscaban controlar a los ladrones de finales del siglo XIX. Anoto: "Revisar vínculo policía/ciudad/lunfardo". Pero no tengo tiempo ahora, quiero inspeccionar un poco los demás estantes, hacerme un mapa completo de lo que hay acá atrás. Saco algunas fotos de muestra con mi camarita digital, aunque la luz sea mala.

Me muevo un poco hacia la derecha. En un rincón, atados con un hilo, hay unos papeles desvaídos escritos a máquina. Son los originales de un guión de radioteatro, *Los Cuentos del Tío*. Está firmado por un comisario, pero no tiene fecha. Hay *sketches*, escenificaciones de las tretas de los ladrones porteños. Estaba

al tanto de los libros de policías jubilados, pero ¿esto qué es? Lo hojeo. "El cuento del coche descompuesto", "El cuento del cambiazo", "El cuento del inspector". Al lado, más guiones, con otras escenas de la calle. Hay melodramas, poemas heroicos, sainetes. Eran para un programa de Radio Porteña, *Ronda Policial*. Parece que duró mucho, porque en algún momento empezaron a publicarlos como libro (el de los cuentos del tío se llama *Cómo nos roban*).

Empiezo a imaginar lo que podría hacer con este material, tan distinto del que esperaba. Un ensayo sobre culturas policiales en diálogo con las etnografías de los antropólogos. Un estudio sobre policías y medios, que puedo articular con la historia de la radio y el cine de los años treinta. Quizá debería concentrarme en algún período importante, el peronismo por ejemplo. No, no, mejor sacar todo de la sede policial, conectar con otras cosas; hay material valioso para una historia social de Buenos Aires. También hay para crónica ficcionalizada sobre algún caso. Ya veré cómo decanta, lo principal es que no se escape. Pongo los guiones en el suelo y saco fotos así, en la penumbra, para capturarlos sin llamar la atención. Arreglo la definición después, en la computadora.

Todavía me quedan unos minutos, si me apuro puedo llevarme imágenes de algún otro guion. Voy sacando los libritos de a uno, apoyándolos en el piso, fotografiando. Es mucho, voy a necesitar varios días. De golpe, me asalta el miedo a no poder llegar más hasta acá, o a llegar y nunca más encontrar este tesoro. Mejor actuar con naturalidad, no mencionar mi hallazgo.

Salgo del escondite, cruzo la sala con paso firme y recojo mis petates en silencio, tratando de disimular mi exaltación. No es que haga falta disimulo, porque mis guardianes siguen acunándose en el vaivén de los



chismes de la corporación. (Al final, Trapero tenía razón: la policía es una red de lealtades personales, construidas charla a charla.) Un hombre mayor acaba de unirse a la rueda. Viene de calle Moreno con novedades de la jefatura. Parece que el gobierno va a avanzar con los juicios y el comisario retirado tal está en la lista. *Pobre, justo que le diagnosticaron un cáncer a la mujer.* Suben la radio, a ver si los noticieros dicen algo sobre el asunto. La nieta de Pérez prepara su fiesta de 15 y no termina de decidirse con el vestido. Se rumorea que por fin van a cambiar la instalación eléctrica de la biblioteca. *Era hora. Un día nos vamos a electrocutar con esos cables colgando. ¿Ya se va, profesora? Espero que no haya tenido frío. No, faltaba más. Gracias a usted.*



## 4. Archivos del crimen y giro digital

En historia, como en otras disciplinas, las labores de la empiria varían mucho según la materia y la perspectiva de la investigación en curso. Quienes trabajamos en ese amplio campo de estudios que para abreviar denominamos “cuestión criminal”, hemos asistido en los últimos años a grandes cambios en el uso del archivo.<sup>1</sup> Este ensayo reflexiona sobre dicha evolución en dos planos: primero, observando las situaciones de investigación que plantea la apertura de repositorios institucionales de la policía, la justicia o el sistema penitenciario; luego, interrogándose sobre algunos efectos de la incorporación de la tecnología digital a nuestro quehacer. Más allá de las especificidades del área, las observaciones en este último plano refieren a cambios en el oficio que involucran en mayor o menor medida al conjunto de la disciplina.

### Historia y experiencia de archivo

La aparición de nuevos fondos documentales puede incidir de manera decisiva en el desarrollo de un área de estudios, y no hay duda de que la actual expansión de la historia del delito, la policía, la justicia y la prisión refleja cambios de este tipo.<sup>2</sup> Tras numerosos estudios



recientes, sabemos, está el impulso vital nacido del encuentro con documentos hasta entonces ignorados, ocultos o secretos. Paralelamente, esta expansión se ha visto reforzada por la activación de archivos que no son nuevos pero que permanecían inexplorados en su potencial, y que fueron (y siguen siendo) “descubiertos” como tales gracias a la redefinición de lo que es una base empírica pertinente para el abordaje de estos objetos. Así, se han agregado nuevos territorios historizables, por fuera de los que marcaban la agenda en sus inicios. Hoy, la base de las investigaciones incluye publicaciones criminológicas, censos carcelarios, documentación diplomática, periodismo escrito y fotográfico, legajos de la justicia penal, documentos policiales o médicos, por nombrar algunos de los más usados. Paralelamente se ha ido densificando la combinación de fuentes, en cruces más intrincados, más cotejados y mejor conectados con materiales que están por fuera de las zonas inmediatas de indagación.

En el “rumor de archivo” de este campo de estudios, la cuestión del acceso ocupa un lugar central. Saber lo que se puede (y lo que no) requiere permanente actualización, allí donde el corrimiento de la frontera documental está inscripto en la misma agenda de trabajo. Las razones de esta preocupación son tan conocidas que casi no hace falta enunciarlas: por regla general, los estados latinoamericanos han preservado pocos archivos históricos para la consulta pública y, cuando no han sido destruidos, muchos papeles se mantuvieron unidos a las agencias de origen. Así, la expansión de los estudios ha dependido de las mismas burocracias estatales (policiales, penitenciarias, judiciales) que generaron esos documentos. Esto ha tenido consecuencias para la investigación histórica, empezando por los dilemas de acceso.

Las azarosas condiciones de supervivencia, la destrucción deliberada y el abandono negligente de tantos repositorios han convertido la épica del archivo en un género muy visitado en nuestra región. Esto se desprende, por ejemplo, del libro recientemente compilado por Carlos Aguirre y Javier Villa-Flores, *From the Ashes of History*, una instructiva colección de estudios de caso (varios sobre archivos policiales o judiciales), donde las historias de ocultamiento y recuperación de documentos sensibles se repiten, en ciclos ligados a los más terribles avatares políticos.<sup>3</sup> Nacidas de demandas de justicia y verdad, esas iniciativas tienen sentidos inmediatos como prueba judicial. Pero pronto se hace evidente que ese no es el único ciclo posible, y que una vez cumplido el propósito más urgente del archivo como prueba, siguen otras expectativas de acceso y utilización. La investigación de la historia está entre las primeras, porque los testimonios que dejan estas agencias tienen un potencial enorme para la reconstrucción de numerosas dimensiones del Estado y de la sociedad. Dice Arlette Farge a propósito de los papeles de la justicia parisina del siglo XVIII: la indeterminación intrínseca de ese tipo de archivo estatal, las posibilidades múltiples de apropiación, combinación y creación de sentido, su fragmentariedad misma, tornan a estos documentos en una vía irremplazable de acceso a la vida de los sujetos del pasado. Las voces disonantes capturadas en esos legajos tienen una cualidad concreta y persuasiva que está ausente en los discursos letrados, más reflexivos y deliberados, sobre la misma realidad.<sup>4</sup>

Quienes en los países de esta región incorporan materiales de archivos “de la represión” a sus investigaciones, trabajan sabiendo que ese acceso participa, aun indirectamente, de una conquista con resonancias en



las coyunturas del presente y el pasado reciente. (El singular peso de los contextos del presente es un rasgo de nuestro campo historiográfico que se manifiesta también en otros planos.)<sup>5</sup> Esta es la más conocida entre las vías de acceso, pero no la única. En otros casos –y sobre todo, cuando se trata de documentación sobre etapas más alejadas– la conquista documental ha requerido caminos más o menos informales hacia reparticiones situadas en las mismas instituciones productoras. Sin duda, también estas trayectorias están cargadas de reverberaciones, pero en la medida en que las condiciones de acceso no se han explicitado públicamente, ese recorrido ha desembocado en experiencias más ambiguas y confidenciales.

La situación en la que se hace historia, junto a los funcionarios cuyos antepasados se estudian –en un rincón de esas oficinas, en algún escritorio vacante cedido graciosamente, en un costado discreto del ámbito de cotidianidad–, es otro tema de la “charla de archivo”. La búsqueda de documentos ha instalado la investigación en las instituciones estudiadas, donde se entablan relaciones (tensas, amables, oscilantes, casi siempre equívocas) con empleados de las burocracias policiales, penitenciarias o judiciales. Conocemos los dilemas que plantea este trabajo: la incertidumbre en relación con las reglas y los límites del acceso, los trámites misteriosos, las contraseñas, los ábrete Sésamo, la duda sobre cuánto se puede ver y a qué ritmo, las posibilidades de negociar ese límite, etc. Lo mismo ocurre en otros repositorios, se dirá con razón, y el anecdotario de archivo está ahí para mostrarlo. Pero es claro que aquí se agrega la tensión que proviene de la desconfianza mutua (y el antagonismo, incluso) que subyace a estas relaciones. Por razones metodológicas y epistemológicas, la

antropología jurídica ha tematizado los avatares de esta situación de trabajo con mayor sistematicidad que la historia, aunque hay indicios de una incipiente reflexión interdisciplinaria al respecto.<sup>6</sup>

A medida que aparecían materiales nuevos, y que circulaban (y siguen circulando) noticias de archivos valiosos ganados para la investigación del pasado, fueron consolidándose algunas vías de acceso, se confeccionaron guías y se mapearon posibilidades de expansión de la agenda de trabajo.<sup>7</sup> Aunque falta un larguísimo camino por recorrer, se ha podido ingresar, en mejores o peores condiciones, a archivos institucionales que hasta hace poco parecían fuera de todo alcance. En el plano general, podríamos atribuir ese acceso al afianzamiento de las democracias y al movimiento de las sociedades civiles, que en América del Sur y América Central forzaron a instituciones “cerradas” a garantizar la apertura (hasta cierto punto al menos) de sus archivos. También ha operado aquí la consolidación de la investigación académica y científica, con la consiguiente validación de las demandas de acceso de los investigadores del presente y el pasado de estas instituciones. Entrelazada a estas grandes tendencias está la experiencia más silenciosa de acceso inorgánico. De ella hemos aprendido, por ejemplo, que incluso las relaciones más incómodas pueden evolucionar hasta transformarse en convivencia, que la cotidianidad disuelve prevenciones en charlas e intercambios, que el tiempo de presencia física en el archivo va modificando los límites del territorio inicialmente marcado. Comprobamos también que esos lazos son frágiles, y que una orden “de arriba”, una lucha de poder interna o un cambio de gestión pueden clausurar toda la experiencia y devolvernos al primer casillero.



Argentina

educacion

Comunicación

Comunicación

1911

La acción de correspondencia...

1912

En suma, para el...

La inmersión en las instituciones enseña, además, que las incertidumbres en relación con el acceso documental son igualmente frecuentes en el ámbito del Estado, donde el conocimiento del universo que manejan los actores es parcial, donde cunden las desconfianzas entre agencias y dentro de las agencias mismas. La experiencia en los servicios penitenciarios bonaerense y federal, por ejemplo, me permitió comprobar que allí se trabaja con la superficie activa de los archivos y que se conocen apenas las zonas de mayor profundidad cronológica, que en algunos casos llegaba hasta principios del siglo XX. Como en otras reparticiones, encontré funcionarios que comprendían el valor más amplio de los materiales que custodiaban y tenían interés genuino en preservar o expandir el acceso de investigadores a las franjas más antiguas. Pero lograrlo no era tarea tan sencilla -y sin duda, no tan sencilla como un arreglo entre "funcionarios" y "académicos"- porque las alianzas y los acuerdos entre segmentos de esas burocracias estatales también eran frágiles y resbaladizos. Por lo demás, el tema estaba lejos de ser una prioridad y quedaba relegado ante cualquier otro apremio, aun en los casos en que había interés y conciencia del valor documental en juego.

Más allá de los aprendizajes sobre la gestión de los archivos estatales, esta experiencia de investigación no estuvo desprovista de consecuencias interpretativas. Es imposible saber cuánto ha incidido en nuestra visión del pasado la observación de las burocracias institucionales donde llevamos a cabo esta tarea, pero no ha sido un factor inocuo en el balance del funcionamiento del Estado en otras épocas. Quizá nos ha vuelto un poco más alertas al peso inercial de las redes de lealtades, a los avatares de la circulación interna de documentos, a las dinámicas propias de cada repartición, o



a las porosidades de agencias que se presentan públicamente como herméticas y autosuficientes. La evaluación del corpus de documentos del pasado se ha cargado de cierta conciencia de lo concreto. De este modo, y casi sin notarlo, el quehacer de los historiadores se ha emparentado con el de la antropología de las burocracias estatales.<sup>8</sup> Ese trabajo ha sido lo contrario de la reclusión erudita, ha forzado posiciones de investigación complejas, lejos del mundo académico y de las rutinas archivísticas más protegidas. En este sentido, las padecidas sujeciones del archivo también marcaron un camino de reflexión crítica sobre el objeto de estudio.

### Giro tecnológico y economía documental

El sentido común indica que los archivos de nuestro campo tienen una cualidad secreta, por eso la operación de sacarlos a la luz reviste relevancia en sí misma. En comparación con otras áreas, es posible que nuestra materia requiera búsquedas adicionales, que se premien las movidas intrépidas, las astucias. Aun así, quisiera oponer la imagen del investigador-detective a otra menos complaciente: la del investigador *abrumado* por la documentación, o la investigadora que conoce mal su archivo no porque alguien le impida leerlo, sino porque no logra abarcar lo que tiene. Querría interrogar un aspecto que se ha ido desplegando en paralelo a los dilemas de acceso: el crecimiento exponencial de la base empírica disponible.

Por tratar sobre áreas del Estado muy sensibles a la acumulación de información, donde los archivos han jugado un papel importante, las investigaciones que

necesitan documentos judiciales, policiales o penitenciarios transcurren, al cabo de algunos esfuerzos, en una ecología relativamente nutrida. Por supuesto que transformar esos documentos en "fuentes", construir con ellos un archivo para la investigación, es una operación riesgosa y marcada por los problemas metodológicos que plantean los sesgos de las instituciones productoras. Pero este es, al fin y al cabo, un desafío común a muchas áreas de la historia, y en el tratamiento de esos problemas residió una de las pruebas de validación de este campo. La adquisición del oficio exige el conocimiento de lenguajes institucionales, la comprensión de mecanismos de producción, de trayectorias, de usos. Hemos aprendido las implicancias de una orden del día, de un sumario y de un edicto; sabemos de las trampas de la estadística del delito, de la matriz sesgada de la historia criminológica, de la barrera de intermediación del "tinterillo" judicial.

El uso de los papeles grises de la policía, la justicia y la prisión ha requerido, pues, de un frondoso bagaje crítico, que se fue entrelazando con perspectivas del "giro material" y con la reflexión sobre los "caminos de papel" que subyacen a todo corpus de documentos de la historia.<sup>9</sup> Estos saberes se adquirieron poco a poco, a medida que avanzaba el desbroce de las piezas disponibles. Celebrar (con razón) la expansión de la base documental y la adquisición de un capital metodológico no debería hacernos olvidar, sin embargo, hasta qué punto ese conocimiento sigue siendo apenas un rasguño de la superficie, ni tampoco distraernos de lo que hay por delante, que es la integración más plena del potencial de estos materiales. En archivos de instituciones, en archivos históricos, personales o temáticos, en bibliotecas y hemerotecas, *en nuestras propias computadoras*, yacen materiales que aún no hemos



podido explorar. Esta empresa no podrá prescindir de una reflexión sobre los profundos cambios que experimenta la práctica de la investigación histórica.

Más allá de contextos políticos e institucionales, sabemos que el crecimiento documental de los últimos años debe mucho a la intersección entre tecnologías y disciplinas humanísticas. En este sentido, nuestro campo acusa el impacto de las novedades mucho más amplias, que han cambiado reglas de trabajo vigentes durante siglos, multiplicando accesos, bajando su costo y reduciendo drásticamente la necesidad de presencia física en el archivo. Como observaba Roy Rosenzweig, el quehacer de la historia transita el paso de un régimen de escasez a uno de abundancia.<sup>10</sup> En la Argentina, el "giro digital" interviene en el marco de estructuras archivísticas y bibliotecológicas que arrastran deficiencias de largo plazo, y algunos rasgos del proceso actual —el vértigo, los contrastes, el panorama cambiante y semianárquico de solapamientos y velocidades discordantes— emanan de ese punto de partida. Podría decirse, retomando la idea de Rosenzweig, que antes que a un proceso de adaptación a la abundancia, asistimos a una transición donde abundancia y escasez documental (y el recuerdo muy persistente de la escasez) conviven y se potencian en una nueva configuración.

Todavía no está claro hasta dónde llegará ese tránsito, ni cómo modificará las expectativas de destreza para la investigación. Las novedades se van integrando en el marco de los repertorios previos, en un proceso de transformación que será diverso en cada subcampo disciplinar.<sup>11</sup> Sí es evidente que la cultura de escasez no desaparecerá tan fácilmente (y esto vale aun en los contextos más privilegiados, en los países con los mejores archivos del mundo). Respondiendo

a estrategias internalizadas a lo largo de siglos, nos acercamos a la documentación siguiendo potentes impulsos de acumulación. Así, por la vía de los escáneres portátiles y las cámaras digitales, se está produciendo una modificación radical en la escala del archivo de trabajo. Se trata de un cambio que todavía está en desarrollo y que se combina con otras novedades, como el acceso virtual a archivos remotos y las búsquedas mediadas por algoritmos. En su conjunto, estas operaciones afectan el quehacer de la historia en muchos niveles, desde las posiciones de investigación hasta los recortes temáticos, los sesgos y las selecciones. Ofrezco algunas observaciones tentativas sobre las implicancias que esto tiene en nuestro campo de estudios.

Por tratarse de universos abarcables y de consulta frecuente, las principales empresas públicas de reproducción de documentos de nuestra región se han concentrado en el ámbito de las publicaciones periódicas.<sup>12</sup> Sabemos que otros proyectos en curso seguirán cambiando la cartografía del acceso, pero aun cuando este universo se extienda, esa reproducción siempre será, por fuerza, parcial. Es por eso que una parte sustantiva de la tarea todavía depende de proyectos liderados por equipos de trabajo sobre temas específicos, o incluso por investigadores solitarios. Esto ha sido evidente en la Argentina, donde una porción considerable de los subsidios de investigación que se incrementaron tanto en los últimos años se ha utilizado para este fin. Así, gracias a la iniciativa de instituciones o equipos de trabajo que ponen a disposición del público materiales obtenidos en investigaciones propias, cada año surgen nuevas islas (o archipiélagos) de acceso documental. La multiplicación de materiales digitalizados está expandiendo las posibilidades más allá de lo hasta hace poco imaginable: no solamente



acerca lo que se buscaba, sino que pone a disposición lo que *no* se buscaba (y que buscaron otros). El espectro documental más y más extenso se ha vuelto, también, más heterogéneo, y por eso se presta a nuevas combinaciones.

De todo esto se desprende el potencial de la tecnología digital para erosionar una de las dimensiones más individuales de nuestro muy individual oficio, esa cultura de la exclusividad condensada en la noción del archivo *propio*, obtenido por el esfuerzo *propio*, y por eso guardado bajo siete llaves. En su dimensión más abierta, la del archivo disponible en internet, esto implica no solamente la apertura a otros colegas, sino a cualquier persona interesada en esos materiales. La digitalización marca, así, una saludable tendencia a minimizar el acceso como valor en sí. Y con ello jerarquiza la destreza y creatividad en la construcción del archivo para la base de un trabajo, que siempre será un archivo singular.

Nos guste o no, la solución al problemático acceso a los archivos materiales está surgiendo menos del (indispensable) *aggiornamento* de los marcos normativos o de la (igualmente indispensable) reforma de los hábitos del Estado y la sociedad, que de las iniciativas de digitalización en serie de actores muy diversos, de una suerte de guerra de guerrillas de la reproducción documental. Materiales ocultos e inaccesibles durante décadas han empezado a circular, a escaparse de sus sedes sin necesidad de mucha intervención en los usos y costumbres, eludiendo cuestionamientos y planteos de fondo, sin esperar el resultado de eventuales modificaciones de las reglas formales de acceso. Se ha encontrado una solución de corto plazo, o más bien, una vía de escape. Este recurso liviano y rapidísimo permite que momentos cortos, y hasta subrepticios

(que recuerdan más a la ficción de espías que a la de detectives), tengan rendimientos muy altos, que permiten en cierto modo "puentear" los obstáculos. Algo de esta naturaleza está sucediendo en múltiples instancias de la investigación histórica, y sin duda en el trabajo de base que sostiene el crecimiento de nuestro campo de estudios de la "cuestión criminal", donde el acceso siempre ha tenido una cuota de incertidumbre. En este marco, la digitalización aparece como la manera de remediar problemas urgentes de acceso y preservación, o más bien, como la manera de *escapar* a esos problemas, sin atacar sus raíces ni poner abiertamente en cuestión las condiciones que los originan. El acceso más o menos informal a materiales de colecciones privadas o de burocracias estatales, y la digitalización de papeles por la vía de concesiones discrecionales, constituyen —no lo olvidemos— *atajos* que de ninguna manera equivalen al triunfo de criterios de accesibilidad aceptables. Mientras avanza la frontera de los documentos digitales, la cuestión de la producción, preservación y acceso de los archivos sigue estando ahí.

En ciertos casos, como vimos, la documentación se ha vuelto accesible gracias a la apertura de repositorios que estaban vedados. En otros, se permitió el acceso a nuevos fondos en archivos ya existentes. Algunas instituciones, por su lado, han promovido sistemáticamente la preservación y puesta en acceso de documentos relevantes.<sup>13</sup> En muchos otros casos, los documentos —o *copias* de documentos, o de series limitadas, o de segmentos de esas series— se están filtrando imperceptiblemente de sus sedes de origen. Como serpentinillas que brotan de un centro ciego y en apariencia hermético, miles de imágenes salen cada día de los archivos policiales, penitenciarios y judiciales para ir a parar, tranquila y silenciosamente, a las



computadoras de los investigadores. La masificación de la tecnología digital se ha cruzado aquí con el viejo principio de reproducción máxima de los historiadores, que sigue intacto. La marca del archivo negado o inalcanzable ha encontrado su contrapartida en un horizonte utópico de acceso total e independencia absoluta, donde es posible liberarse de las tiranías del archivo y de sus custodios (de la autoridad *arcóntica*, en términos de Derrida):<sup>14</sup> donde cada uno produce, reproduciendo, su propio archivo de Babel.

Mientras tanto, la vida útil de los materiales revela nuevos *efectos de circulación*. Como es evidente, la eliminación del requisito de presencia física en el archivo, y la posibilidad de reproducción infinita de copias de un original, permiten circulaciones más amplias, menos "comprometidas", y por eso mismo, más abiertas y "promiscuas". Esto ha ocurrido, por ejemplo, con los usos de *Sherlock Holmes*, una riquísima revista porteña de casos policiales de principios del siglo XX. Luego de varios años de frustraciones en las bibliotecas correspondientes, y gracias a esa mezcla de suerte, tozudez y favores personales que acompañan a estas búsquedas, el equipo de trabajo al que pertenezco logró armar una serie casi completa de la publicación, que fue digitalizada y puesta a disposición de los interesados. A falta de fondos para colgar todo en la red, se anunció la novedad en varios encuentros y se repartieron CD-ROM con el material. Los resultados de esta modestísima iniciativa se hicieron evidentes de inmediato: en pocos meses, la circulación de *Sherlock Holmes* desbordó los límites de los proyectos que habían impulsado su búsqueda para convertirse en la base de estudios sobre temas en franjas más y más alejadas, como el lunfardo, el anarquismo o los orígenes de la novela policial argentina. En cuestión de meses, la iniciativa

de un grupo de especialistas estaba incidiendo en el trabajo de quienes eran capaces de entender valores adicionales del hallazgo. Así, el espectro de utilidades de la revista se expandió con rapidez, permitiendo nuevas vidas para materiales cuya riqueza se habría desperdiciado de haberse mantenido en los circuitos minúsculos del grupo original. Se dirá con razón que se trata de un caso singular, distinto al de zonas más específicas de nuestra base empírica. Pero sabemos que todas las fuentes tienen un potencial que excede lo que puede aprovecharse en una sola investigación, que mientras avanzamos en busca de respuestas a las preguntas propias encontramos pistas para las preguntas de otros. Incluso en sus versiones más discretas e individuales, la labor de archivo se ha convertido en una empresa más fácil de compartir.

El ejemplo de *Sherlock Holmes* se inscribe, por supuesto, en un cambio muchísimo mayor, pues nos hemos acostumbrado a la buena noticia de los salvatajes que han ido restituyendo y haciendo accesibles patrimonios de gran riqueza. La figura del investigador privilegiado, que se consagraba por haber accedido a una pieza preciada en alguna biblioteca del primer mundo, está siendo desplazada por la del que trabaja con un corpus más y más tramado, más y más ambicioso, obtenido en visitas a sitios que ofrecen acceso a revistas, correspondencias, manuscritos, primeras ediciones, etc.<sup>15</sup> Junto al cambio en la escala de los temas, se percibe la combinación más frecuente de archivos de distintas procedencias en operaciones que recolocan los objetos en perspectivas más amplias, en series más completas, en recortes más precisos. Una manifestación de la nueva modalidad de trabajo reside en la expansión de la historia de redes, en este y en otros campos de la disciplina, en perspectivas que



enfatan las conexiones, los viajes, las importaciones, los cruces y circulaciones. En este plano, la nueva economía documental alimenta una agenda regional robusta, una historia latinoamericana cada vez más descentrada de los marcos nacionales y de la tradicional dependencia de las bibliotecas de la academia estadounidense.

Explorar nuevos diseños para estos mega-archivos individuales requerirá, a su vez, una conciencia crítica en relación con las operaciones de anexión documental. Los sistemas de búsqueda, por ejemplo, están guiados por sesgos imperceptibles que llevan a ver y no ver, a tomar ciertos caminos y descartar otros, todo ello en cadenas de decisiones que son poco menos que automáticas.<sup>16</sup> La puesta en línea de una selección de corpus documentales interviene de manera decisiva en el régimen de visibilidad del universo de fuentes: lo que puede consultarse con dos o tres movimientos del mouse desde una computadora personal tendrá mayor protagonismo que lo que queda restringido al soporte en papel, sesgando rumbos, enfatizando ciertas dimensiones del pasado y oscureciendo otras. Esto también vale para el recorte de horizontes espaciales: las regiones mejor servidas por el avance de las tecnologías están mucho más presentes entre las opciones que pondera el investigador que aquellas donde las instituciones no dedican recursos a estos fines y que permanecen marginadas (por silenciosas) en el medioambiente virtual.<sup>17</sup> El equilibrio de visibilidad e invisibilidad de la evidencia, cuya ponderación siempre fue parte del oficio de la historia, demanda un ejercicio de interpretación de claroscuros que son más contrastantes que nunca.

El crecimiento de ciertas fuentes a expensas de otras en la composición de la base empírica revela cada día

efectos de circulación y de uso propios de una nueva economía documental, donde estos contrastes son palpables. La digitalización de la colección completa del *magazine* ilustrado argentino *Caras y Caretas* (1898-1939) por la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España es un buen ejemplo. En muy poco tiempo, y gracias a la iniciativa de una institución remota, se multiplicó en la producción historiográfica argentina la presencia de esta fuente en trabajos sobre los temas más variados. Esto no se debe solamente al acceso instantáneo a una publicación fundamental del temprano siglo XX: la posibilidad de navegar con un buscador por palabra permite detectar en pocos minutos materiales relevantes para investigaciones muy diversas. Así, *Caras y Caretas* se ha ido incorporando como evidencia gráfica o periodística, como prueba estelar o como pincelada de color, en corpus de historia social o política que no habrían podido incluir una fuente de este tipo sin la radical reducción de las horas/archivo. Mientras tanto, otras revistas parecen haber quedado más rezagadas que antes en las reconstrucciones de época.

El acceso rápido y sencillo a ciertos universos documentales exige, entonces, que se tenga conciencia de lo que queda por fuera de esa extraordinaria novedad. Del mismo modo, la mudanza de partículas de evidencia de un contexto a otro será un ejercicio plano sin la previa comprensión de los sentidos de estos materiales en el medio que les era propio. Como observa Laura Putnam, la alianza intrínseca entre historia digital e historia transnacional no siempre ha asumido el costo de reformular las fronteras, y se ha procedido a la anexión de archivos remotos prescindiendo de la labor de restitución de los contextos que era la regla en el trabajo con el archivo



material, lo que en algunos casos ha alentado incorporaciones superficiales o incluso malentendidas.<sup>18</sup> Las posibilidades abiertas por la navegación de las fuentes reactualizan, en verdad, tensiones metodológicas planteadas en las operaciones de anexión de archivos “culturales” en la historia social, cuyos dilemas ya se insinuaban en los debates sobre el “giro culturalista”.<sup>19</sup> Por cierto, los términos del desafío no han cesado de agudizarse, pues los archivos combinados que son la marca de los nuevos tiempos abren oportunidades creativas inéditas y a la vez requieren cierta vigilancia sobre las articulaciones internas de esos ensamblados. En la era de la historia hecha sobre archivos-mosaico y archivos *navegados*, la amplitud de lo excavado importa menos que la calidad (y la productividad) de lo que se construye con esas piezas.

A todas luces, nuestro trabajo tiende a alejarse de la inmersión vivencial de largo plazo descrita en las primeras páginas de este ensayo. La gran novedad de la investigación del pasado —la que subyace a los cambios hasta aquí referidos— reside en el desanclaje con respecto al contexto de origen de los documentos. No solamente se han reducido las visitas efectivas al archivo, sino que esas visitas se han transformado en un breve paso destinado a obtener miles de imágenes que serán trabajadas en otra parte (esto es, cuando esas imágenes no llegan directamente por Google o por Dropbox, ya que la digitalización también estimula la delegación). Al extraer al historiador de la “situación de archivo”, al disolver el lazo táctil que lo unía a los sujetos del pasado, la experiencia sensible y vital del trabajo empírico ha cambiado.

Las implicancias de ese cambio varían mucho según el área de estudios (y el proyecto dentro de cada

área). Por regla general, la “desmaterialización” de los documentos y el desanclaje de los contextos de origen tienen escasa importancia a la luz de todo lo que se gana en variedad de fuentes y, sobre todo, en tiempo invertido (que puede destinarse a la lectura de buenos libros, por ejemplo). En áreas donde la materialidad del objeto es parte de la reflexión, como la historia del libro o de la prensa, la investigación con imágenes en pantallas requiere previsibles resguardos sobre la distancia entre la experiencia de lectura del investigador y la de los sujetos que se investigan. En el campo de la “cuestión criminal”, en cambio, esta dimensión importa menos que la disolución de los contextos de origen. La digitalización de amplias zonas documentales parece cumplir con la promesa de ampliación de las fronteras archivísticas; y la libertad de circulación de los materiales hace más factible que nunca la utilización de archivos de la policía, la justicia o la prisión para otras narrativas de la historia social, política y cultural. Pero esa operación requerirá, a su vez, la inmersión previa en los contextos específicos, empezando por el aprendizaje de los lenguajes y las lógicas que subyacen a estos documentos. Este requisito cobra mayor importancia a medida que las mediaciones tecnológicas tienden a disociar el trabajo empírico y la experiencia de contacto con las instituciones de origen. La “pérdida del aura” del archivo de la “cuestión criminal” y su circulación en copias fragmentarias anuncia la desaparición progresiva de un marco de interacciones, el distanciamiento de aquella experiencia pregnante que tanto había marcado la relación con los materiales. Sin duda, el archivo policial que llega del ciberespacio no tiene el mismo peso que el que es fruto de una temporada en contacto directo con la policía.



La lista de precauciones podría extenderse, y sin duda se extenderá a medida que la conciencia de estas operaciones se integre al bagaje metodológico previo. Indispensables como son, sin embargo, los eventuales reparos no pueden agotarse en posturas conservadoras, plañideras y nostálgicas. El quehacer de la historia no necesita la figura del investigador-héroe, ni se beneficia del culto fetichista de la fuente material. Restituir las intensidades de la experiencia del archivo no implica añorar las limitaciones que conllevaba, y resulta difícil poner en duda la potencia de los cambios que atraviesa nuestro trabajo. Lo que tenemos por delante es, más bien, el camino de integración de los saberes del medio virtual con otros más añejos, esos que se forjaron en la sala de lectura de un archivo tradicional, en las reparticiones burocráticas que nos hicieron un lugar, o en el rincón de este mundo que nos haya tocado visitar en busca de la pieza que faltaba. Junto a las herramientas liberadoras, casi mágicas, que nos ofrecen las pantallas digitales, los viejos trucos del oficio seguirán ahí.



## 5. Fugas

Qué hacer con esos retazos que quedaron sin usar, dónde poner las piezas imperdibles que el libro dejó afuera porque el argumento ya no las necesitaba, porque obstruían y distraían. Hasta el más compacto de los archivos está sembrado de fugas que reclaman ciclos vitales nuevos, destinos otros que el mero soporte de una idea. Hay pepitas que justifican su existencia por sí mismas, sin necesidad de acumular umbrales de evidencia, de construir nada de nada. Otras podrían ser piedra fundamental de un edificio, pero necesitan un rumbo, una ecología propia. La mejor cosecha de archivo es la que admite un margen amplio para las fugas, la que encuentra lugares para lo que no funciona del todo o no funciona todavía, o funciona por fuera de la razón que lo sacó del olvido.



## 6. Beaubourg y Sciences Po

*Ce n'est pas possible*, me dice una empleada que gestiona la residencia de extranjeros. Las primeras semanas en París se me están yendo en cumplir con papeleríos. He llegado cuando el verano termina y la ciudad se pone en marcha para el año de actividad (después aprendo que ese período de arranque se llama *rentrée*). En los ratos que me quedan entre burocracias descubro la ciudad, su presencia envolvente, adictiva. Claro que sabía que París es bella, como quien está al tanto de la ley de gravedad, pero no estaba preparada para enredarme en esa seducción. Me abandono a una borrachera de caminatas un poco sonámbulas, decido que es mía (mejor dicho: que soy de ella, que ya no podré vivir sin ella). Mientras tanto, inicio el tránsito en un laberinto de trámites, y constato que mi certeza amorosa no es tan mutua como creo. Lleno formularios, me saco "fotos de identidad", acumulo documentos. El Estado francés me ha dado una beca (todavía no lo creo del todo), pero mucho de ese tiempo ofrecido tan generosamente se irá en hacer colas y lidiar con empleados de labios tensos y mezquinos (es mi primer contacto con el malhumor parisino). En estas salas donde se labra el acta del sí o el no a los desembarcados, hay muchísimos otros extranjeros. Evidentemente, la relación con París tie-



ne variantes menos gozosas que la mía. Magrebíes y antillanos hablan francés perfectamente (muchísimo mejor que los pocos argentinos que estamos ahí parados), aunque no están becados ni han llegado para hacer un doctorado. No entiendo mucho lo que dicen, pero me alcanza para percibir la violencia contenida de algunas escenas.

Por fin reúno las mil credenciales del sí. *Carte de séjour*, *carte orange* para el *métro*, tarjeta de estudiante, de biblioteca, del comedor... Hasta me hago del indispensable monederito de cuero en semicírculo. Empieza la vida adentro.

Mucho más adentro de lo que imaginaba, descubro. Mi doctorado transcurre en el elitista Instituto de Estudios Políticos (lo llaman *Sciences Po*). En cuestión de días, paso de los bordes más tensos y paranoicos de la extranjería al núcleo de lo franco-francés. El temor al *ce n'est pas possible* se va disipando en una desmesura de rituales de admisión: banquete de bienvenida en un salón venerable, discursos engolados de nuestros futuros profesores... Es mi iniciación en la cultura francesa de la ceremonia, y sus resabios de antiguo régimen. Los cuarenta estudiantes agasajados nos entregamos a este tratamiento con la debida intimidación. No puedo dejar de pensar en el contraste con la facultad de humanidades de la que acabo de egresar. En la única universidad que conozco hasta ese día, el desdén por las formas tiene una cuota ideológica (la eufemización del principio de selectividad), y otra de abandono liso y llano. No hay atisbo de duda en el ceremonial que estoy presenciando, un episodio destinado a confirmar los ciclos del orden cósmico. Incluso los profesores del "ala crítica", sociólogos y politólogos jóvenes que en ese mismo momento están escribiendo libros radicales sobre la reproducción del

privilegio, participan de la jornada sin tensión aparente. (Con los años, esos mismos estudios del desmascaramiento ayudarán a algunos de ellos a obtener posiciones de poder en la institución.)

Partimos en una visita guiada por aulas y jardines añejos. Nada de lo que nos muestran en esa caminata se parece a la caricia de la inclusión como la biblioteca especialmente equipada para los estudiantes de posgrado (los de grado no están admitidos). Es una salita en forma de ele. Las vigas de madera a la vista recuerdan la edad del edificio que nos alberga. Nuestros pasos no hacen ruido, los absorbe una alfombra rojo oscuro. Hay dos mesas largas y sólidas, paredes cubiertas de libros. En esta especie de estuchecito se trabaja muy seriamente, se habla en voz bajísima. Nos presentan a la bibliotecaria, Nadine, un encanto de eficiencia y buena disposición. Puede conseguirnos *todo* lo que precisemos, nos dice (la promesa me deslumbra, son años preinternet).

En las semanas que siguen, trabajo muchas horas en ese lugar. La intimidación inicial va dejando paso a la intimidad. Redacto presentaciones, escribo los primeros borradores de tesis, solicito libros raros. Todo funciona a la perfección. Y un día, decido salir a buscar otros horizontes donde instalarme a trabajar. Esa escala reducidísima, ese buen gusto, esos lectores tan jóvenes, tan increíblemente cultos, tan inteligentes y tan *angoissés*... La misma exclusividad de los servicios ha terminado por pesarme. Voy a la vieja *Bibliothèque Nationale*, pero allí encuentro otra barrera de burocracias, y no quiero más rutinas de solicitudes, labios finitos y *ce n'est pas possible*. Uso la sala de mi residencia estudiantil, me instalo en cafés. Pero necesito un lugar donde haya libros y revistas, una biblioteca. Un amigo me sugiere la del Centro Pompidou.



Lo llaman Beaubourg, por el grisáceo barrio donde se planta cual nave espacial, con sus paredes transparentes, escaleras mecánicas adosadas como gusanos gigantes y tuberías pintadas de colorinches. Había estado antes, sabía de esa máquina intrigante, parte museo, parte cinemateca, centro de arte infantil y muchas cosas más. Las primeras veces me había quedado afuera, en la explanada, viendo los espectáculos, escuchando a algún orador estafalario, recorriendo los bolichitos y minicines de las calles aledañas (era el París de mis primeros días de enamoramiento). Conocía las irradiaciones de Beaubourg, pero no me había animado a incursionar en sus entrañas. Mucho menos se me había ocurrido pensar este alarde cultural del Estado francés como hogar para el proyecto que tenía entre manos, que anticipo largo, sobrio, exigente.

Resulta que el acceso es sólo cuestión de atravesar la puerta. Y usar la biblioteca es cuestión de subir hasta el tercer piso. Los libros están en estanterías metálicas pintadas de verde loro. Todo funciona en acceso directo y con sistemas de autoservicio. Es tan fácil y tan libre que al principio me desconcierta un poco. Hay un murmullo de fondo, ahogado por el ruido de la calefacción y el ir y venir de gente por la escalera-gusano. Me instalo con mis petates en una de las mesas, todavía insegura sobre mi derecho a tomar ese lugar. El mosaico de lectores es extraordinario: jóvenes y ancianos, estudiantes estudiando, curiosos curioseando, caras de todos los continentes (reconozco una de la cola de los documentos). Hay algún otro tesista ojeroso, un señor sumido en un tratado de derecho canónico, una mujer que hojea *Vogue*. Algunos duermen. Nadie presta atención a nadie.

Empiezo por ir a leer mis cosas. Paulatinamente, las pausas se alargan, voy extendiendo el reconocimiento

del terreno. Me interno por estantes más y más alejados de la mesa, encuentro colecciones de revistas literarias de la posguerra, me instalo ante pantallitas individuales a ver programas del viejo ciclo *Apostrophes*, exploro las salas de documentales, escucho paneles sobre esto o aquello. Un día descubro el "archivo hablado", con música y entrevistas. Hay exposiciones con instalaciones rarísimas. Todo está ahí, sin trámites, sin preguntas. Es el reino del *c'est possible*—que también es el reino de la distracción—.

Tardo años en terminar la tesis, sí. Pero un día la termino, y se parece poco a la que imaginaba cuando empecé.



ELEGRAMAS

DE PARÍS DEL 3 DE OCTUBRE
LA DE LONDRES
VIA ARGENTINA Y CHILE
VIA AFRICA

EL LIBRO ANTOLOGICO

EL LAUDO ARBITRAL
Resumen por los señores
PABLO...
LONDRES...

PLICTO DE SUD AFRICA

LA SITUACION NO VARIA
Los preparativos
LOS DE DEFENSA NATAL

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

PLICTO DE SUD AFRICA

LA SITUACION NO VARIA
Los preparativos
LOS DE DEFENSA NATAL

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

PLICTO DE SUD AFRICA

LA SITUACION NO VARIA
Los preparativos
LOS DE DEFENSA NATAL

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

PLICTO DE SUD AFRICA

LA SITUACION NO VARIA
Los preparativos
LOS DE DEFENSA NATAL

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

PLICTO DE SUD AFRICA

LA SITUACION NO VARIA
Los preparativos
LOS DE DEFENSA NATAL

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

PLICTO DE SUD AFRICA

LA SITUACION NO VARIA
Los preparativos
LOS DE DEFENSA NATAL

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

De París a Buenos en cinco
De Buenos a Montevideo en
De Montevideo a Rio de Janeiro...

7. Partículas

Archives Nationales de France, rue Caran. Sala de consulta de investigadores, 11 de la mañana. Afuera hace frío pero hay sol. Se respira actividad intensa, ensimismada. Mesas largas, pantallas de opalina verde, transparencias de vidrios y madera clara. Acá estoy. Después de esperar tanto este momento, cuesta concentrarse en otra cosa: acá estoy. El camino fue tan largo que ni siquiera recuerdo dónde empezó, en qué punto se separó de otro. ¿En esas notas? ¿En las notas al margen de esas notas? ¿En alguna nota que se escapó del pelotón para hacer su vida? En todo caso, el origen está en aquel cuadernito cuadrulado, el de la investigación sobre periodismo policial. Pasaron tantas cosas desde entonces que ni siquiera es claro qué significa haber llegado hasta acá, ni si valió la pena. Veremos si este es el lugar de las claves, el Santo Grial que imaginaba cuando todo empezó.

Y empezó hace mucho, en verdad, en aquella época de inmersión en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. Acababa de terminar un largo proyecto sobre historia de la prisión y había quedado intriga por el lugar de la prensa porteña de fines del siglo XIX en la difusión de figuras delictivas "modernas". Me dispuse a una temporada de trabajo sobre



los principales diarios comerciales de la década de 1890, *La Prensa* y *La Nación*. Lo que encontré fue un mundo de casos que no buscaba ni esperaba: estafas, simulaciones de identidad, falsificaciones, golpes ingeniosos pergeñados por atorrantes recién bajados de algún barco. Muchos me tentaban a desviarme de la ruta planeada, que ya era un desvío de otra investigación. (Trabajar con diarios es trabajar con la tentación del desvío, de la distracción permanente; es dejarse llevar por la corriente sin perder de vista la orilla; permitirse sucumbir a las derivas, seguir en paralelo los afluentes más y más alejados de la pregunta original.) Me distraje leyendo, entonces, sobre delitos de acá y de allá. Muchas noticias provenían de ciudades europeas, eran casos al azar, presencias efímeras y aleatorias. Algunas aparecían en la sección "Telégrafo" o "Telegramas", con fecha del día anterior. Hice una nota al margen: "1890s: crímenes europeos *de ayer* en diarios porteños *de hoy*. Ver cómo funciona esta circulación". Una llamada entre muchas parecidas, otro camino no tomado. Volví a lo mío.

Acaban de darme una ficha con un número, espero que salga en la pantalla. En el medio de la sala, en una especie de tarima, tres o cuatro referencistas supervisan la circulación. Antes de indicarme mi lugar, me entregaron una hoja con el reglamento. Una de ellas se identificó como la "presidenta" de la sala (*presidenta* de la sala: estoy en Francia, estoy lejos de casa).

Lo siguiente fueron juegos erráticos en Google, búsquedas sin ton ni son a lo largo de varios meses: "agencias de noticias, historia", "cables, historia", "prensa del crimen, historia", "telégrafo, prensa, historia".

Empecé a vislumbrar todo un mundo de estudios provenientes del ámbito de la comunicación, de la historia del telégrafo, de la globalización decimonónica, o de la historia de empresas. Eran publicaciones recientes, daban la impresión de un campo en plena expansión, o más bien de varios campos interconectados, marcados por la pregunta por el pasado de internet. Encontré que había una historia ingenieril de los cables submarinos, y una historia empresarial de las primeras agencias de cable y de prensa. En bibliotecas cartográficas virtuales di con mapas que describían las etapas sucesivas de los tendidos de cables suboceánicos que conectaban continentes. Cada tanto, volvía a probar: "news agencies", "submarine telegraph", "newspapers, technology, history". Recorría la cresta de los títulos, entreveía recortes temáticos, perspectivas teóricas. Volvía a cerrar. Todo un mundo, pero ninguna pista lo suficientemente fuerte para lanzarse (esto era enorme: para encararlo, había que lanzarse).

A mi alrededor, silencio y trabajo concentrado. Un hombre se inclina sobre su manuscrito con una gran lupa rectangular. Lo recorre de a poco, anotando con parsimonia. Debe tener un horizonte largo de visitas, un horizonte que le permite entregarse a esta ceremonia de anulación de los apremios del mundo exterior. Esa prescindencia deliberada de la velocidad (sólo puede ser deliberada, pertinaz incluso) es quizás un intento de acercarse mejor al otro mundo, a sus ritmos, a sus respiraciones.

El empujón decisivo vino de un artículo sobre prensa latinoamericana, una de cuyas notas a pie de página ofrecía este dato: la primera agencia de noticias que



utilizó el telégrafo submarino para cablear información a América del Sur fue la empresa francesa Havas. ¿Havas? ¿La empresa de publicidad Havas? Ni se me había ocurrido incluirla en las búsquedas. Hice una nueva ronda sumando el término. La primera opción de la lista era una página de Wikipedia-France, "Histoire des agences de presse en Amérique du Sud". El artículo, muy corto, decía que la agencia era parte de un conglomerado que se repartió el mundo informativo en la era de los cables, y que ejercía el monopolio sobre América del Sur. Anoté las remisiones bibliográficas. Antes de cerrar la página, me llamó la atención una escueta referencia al pie: "Fonds Havas aux Archives Nationales, 5 AR 37, 57, 63 et 118". ¿Era lo que parecía? ¿Podía ser que este artículo mínimo en una enciclopedia virtual me estuviera diciendo que había un archivo de fuentes originales de la primera agencia de noticias que cableaba a América del Sur? ¿Y que me diera el código de acceso a esos documentos? Ahí estaba la punta del ovillo: gracias, generosa Wikipedia, tan usada y tan negada. Imprimí el artículo, anoté la referencia varias veces, en carpetas materiales y virtuales (de golpe me asaltó el temor a perder la nueva pista; la red es un recurso maravilloso pero muy volátil).

Cómo tardan, ¿habrá algún problema con mi pedido? Envidio a los habitués, a los que siempre van al mismo archivo y pueden mantener sus rituales. Recuerdo algo que leí: el historiador va al archivo para estar solo y para estar en casa.<sup>1</sup>

El dato del fondo Havas quedó flotando, sin que pudiera hacer nada en lo inmediato. Durante uno o dos años trabajé en los proyectos que tenía entre manos,

terminé la investigación sobre periodismo y policía, traté de ir despejando el horizonte, pagué deudas. Mencioné varias veces mi hallazgo entre colegas. Nadie parecía saber mucho más que lo que había dicho Julio Ramos en su libro clásico sobre modernidad y literatura latinoamericanas;<sup>2</sup> es decir, que en 1877 *La Nación* había empezado a recibir noticias telegráficas de Havas, y que esa novedad tuvo consecuencias en la escritura de algunos corresponsales famosos de fin de siglo, como José Martí. Mientras tanto, empecé a mover los engranajes de una búsqueda verdadera. En las bases de datos a las que tenía acceso, detecté en pocos minutos artículos sobre la historia del cable y las agencias de prensa europeas y norteamericanas, investigaciones sobre el efecto de esta tecnología en Rumania, Australia y la India. En una hora, sin moverme de mi oficina, todo esto aterrizó en una nueva carpeta del escritorio virtual: "Cables". Por las mágicas redes submarinas de internet, cuyos orígenes empezaba a vislumbrar, llegaron decenas de piezas sobre temas ligados al asunto en distintas partes del mundo.

Llaman mi número, camino hacia la sala de entregas. Llegó el momento.

Empecé a entender rasgos del sistema del cable decimonónico, el armado material de esta red, el poder de las agencias que tan temprano incidieron en la agenda de noticias de los diarios del mundo. Me iba ubicando en el universo de problemas, pero todo mantenía un aire remoto, me faltaban datos básicos sobre esta historia en América Latina. Ni siquiera tenía un punto de partida sobre la historia del telégrafo en la Argentina. Salvo uno o dos trabajos, esta



información estaba ausente en JStor, Project Muse y las demás bases de datos, las poderosas agencias de noticias académicas. Los circuitos internacionales del saber tienen sesgos muy marcados hacia los países ricos en recursos institucionales, y los angloparlantes dominan ampliamente. Dice Renée Sentilles: en la web, la intrincada historia de vaivenes documentales de los países más pobres se manifiesta como silencio liso y llano.<sup>3</sup> Para la producción en castellano, debería apelar a otros recursos.

El muchacho de guardapolvo azul me pide la ficha y apoya una caja de cartón sobre el mostrador. Es altísima, casi un cubo. Antes de permitirme llevarla, me recuerda las reglas: guantes, nada de lapiceras, nada de flash, cuidado máximo al pasar las páginas, no modificar el orden de las piezas. Con la caja apretada contra el pecho digo que *oui*, que *oui*.

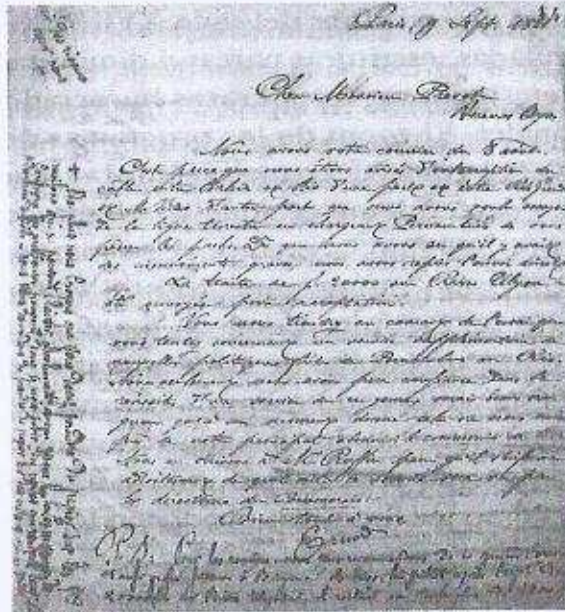
A partir de algunas referencias dispersas, hice búsquedas en catálogos de bibliotecas de Buenos Aires. Encontré algunas cosas, otras no. Faltaban varios libros de época. Las respuestas de Google no me llevaban a ninguna biblioteca local, sino a bibliotecas extranjeras. Esos viejos libros argentinos que faltaban acá estaban en las universidades de Texas y Columbia: la dolorosa, imperdonable novedad de siempre. Pero Google también me llevaba a Mercado Libre. Podía subsanar los baches de las bibliotecas públicas de Buenos Aires con piezas dispersas en bibliotecas individuales que se estaban deshaciendo: una vez más, había que salir a comprar las fuentes. Con pocos movimientos del *mouse* reservé varios volúmenes. Anoté las direcciones, dispersas por toda la ciudad.

Vuelvo a mi puesto despacio, deslizándome entre las sillas, tratando de no tropezar ni interrumpir. Sobre la mesa hay una sucesión de manuscritos antiguos y computadoras personales. Acá y allá, veo pantallas con detalles de escrituras del siglo XVIII y XIX: escrituras enrolladas, escrituras parcas y diminutas, firmas con firuletes extravagantes, trazos burocráticos, marcas personales. El zoom de los programas de lectura permite ver el grano del papel, seguir la secuencia ascendente y descendente de aquellas plumas, imaginar el pulso que las guió, acercarse a los materiales con ojo clínico, como nunca antes. (En el video de una conferencia en la Universidad de Stanford, escuché hace poco que un equipo de especialistas en escritura medieval está analizando miles de manuscritos del siglo XII de culturas distintas –chinos, indios, ingleses, etc.– para detectar regularidades de la escritura: para entender cómo los humanos producen texto.)<sup>4</sup>

Muchos investigadores compran libros-fuente por Mercado Libre. En otras palabras, insertan piezas de una serie individual en otra serie individual, reactualizando el carácter confidencial de las bibliotecas argentinas. A esa lógica me plegué por enésima vez. Como había decidido avanzar, no había alternativa inmediata: las cosas eran así.

Acá, los lugares son asignados por la autoridad. Los lectores no pueden elegir, y cada día se ven obligados a trabajar en uno nuevo. La regla me resulta difícil de aceptar: no podré *parar* en una mesa, hacerla mía, desarrollar un punto de vista sobre la sala. Mis vecinos de hoy no serán los de mañana. Me acomodo en mi sitio y abro la caja.





Uno de los volúmenes (el más caro) me esperaba en un local de libros antiguos en San Telmo. Era un documento estatal, un informe de correos de 1891. El señor que me atendió no tenía idea de cómo había ido a parar a su boutique de coleccionistas extranjeros, junto a candelabros y arañas de cristal. Me lo entregó envuelto en plástico, lo metí en la mochila y seguí mi ruta. El siguiente título en la lista me condujo a un edificio en el barrio de Belgrano, donde ya había comprado varias cosas (alguien, alguna vez, tuvo una buena biblioteca allí). El diálogo brevísimo transcurrió por el portero eléctrico. En pocos minutos, una chica joven bajaba a entregarme un librito conmemorativo publicado por el diario *La Prensa* en los años treinta (mi esperanza era encontrar datos sobre las décadas previas de ese diario, el más grande en la era de los diarios modernos). Le pagué ahí mismo, en la vereda, a través de la reja. Así, gota a gota, se van reciclando las viejas bibliotecas porteñas.



Adentro de la caja hay otra caja. Y adentro, una especie de paquete de cartulina blanda metido entre dos cartones duros y una cinta sujetadora. Voy abriendo todo con cuidado, dejando las capas protectoras a un costado. Desarmo la coraza despacio, como en un ritual amoroso.

La siguiente parada me llevó a una galería en Flores. Dudé un poco antes de entrar, parecía semiabandonada. Pero no, a medida que me internaba fui encontrando locales de tatuajes, de revistas de rock, de artículos de repostería: era un reducto para iniciados. Consulté mis notas y busqué el local 74, en el primer piso. Ahí estaba, dos señores tomando mate en un rincón de revistas y libros viejos. Me pregunté cuándo habría



sido la última vez que habían vendido algo. Tenían mi libro preparado en un sobre (memorias de un periodista del 900). Conversamos un momento. Mencioné la escasa circulación en ese lugar. *Mire, los que llegan, llegan como usted, por internet. No se crea, hasta han venido algunos investigadores extranjeros, se han llevado muchas cosas.* Me ofrecieron un bizcocho. *Lo que tenemos acá es valioso, es la colección de nuestro hermano, que murió el año pasado. Nooo... ni locos la donamos a una biblioteca pública, quién sabe adónde iría a parar todo, quedaría abandonado en un sótano. La entregamos de a poco a gente como usted, gente que vaya a cuidarla.*

La caja tiene una serie de cuadernos de papel biblia. Son copias de cartas, miles de cartas, escritas por operadores de Havas a sus enviados en Río, Buenos Aires y Montevideo. Hojeo tratando de evaluar el interés de todo esto, el rendimiento potencial del epistolario (el fantasma del viaje inútil todavía acecha, se me cruzan anécdotas de becas enteras que apenas rindieron un par de notas a pie de página). Enseguida entiendo que mi problema es exactamente el contrario. La euforia del contacto empieza a teñirse de pánico: cada cuaderno tiene quinientas páginas y hay media docena de cuadernos por caja. Aun si me limito a este sector de la colección, el de las cartas sudamericanas, son decenas de cajas. Y mi tiempo en París es limitado. A mi alrededor, todos siguen trabajando.

El libro sobre Sarmiento y las telecomunicaciones estaba en venta en una dirección en Once, otro departamento particular (el quehacer de la historia no es tan sedentario ni tan solitario como se dice). El portero me indicó que subiera al 6° "D". Una señora mayor me hizo pasar a su casa y me ofreció sentar-

nos en un ambiente que debía ser un living, pero que se había desdibujado bajo pilas de objetos y papeles. Pareció alegrarse con la visita. Me contó que era viuda de un funcionario del correo, un funcionario-coleccionista. Que sus hijos eran adultos y estaban ocupados, que había decidido velar sola por una colección de libros, revistas y mementos postales reunida a lo largo de décadas. Su marido había muerto y ella se había quedado con todo ese tesoro, un poco abrumada (la investigación del pasado tiene estos momentos melancólicos). Un hijo la estaba ayudando a subir todo a Mercado Libre, así que cada tanto le tocaba el timbre algún coleccionista; me preguntó si era una de ellos. Cuando le hablé (a grandes rasgos) del proyecto, se le iluminaron los ojos, como si hubiera encontrado a una heredera perdida. Además del libro, me dio unas estampillas de la India, dos piezas de porcelana que iban en los postes telegráficos, y un instructivo de rutas sudamericanas para telegrafistas de 1910. Nos despedimos con un beso, prometí acercarle el futuro libro.

Empiezo a leer las cartas. Mala noticia: uno de los operadores de Havas tiene una caligrafía diminuta, al borde de lo ilegible. Recuerdo el comentario de un profesor, hace años: al leer manuscritos, siempre está el riesgo de priorizar los que pueden rescatarse más fácilmente. Algunos fueron afortunados por tener buena letra, o por encontrar un amanuense hábil, y quizá su punto de vista sobrevivirá por eso.

De a poco, fui armando un corpus de estudios y documentos sobre el telégrafo argentino. Descubrí una rama de especialistas en Sarmiento que habían explorado a fondo el asunto, porque Sarmiento mismo se



había interesado mucho (y muy lúcidamente) en el tema. Hice una breve incursión en el mundo de los anticuarios, donde hay una parafernalia de aparatos y tecnología telegráfica. Un colega generoso me pasó fotos de un libro publicado en Caracas (inhallable en Buenos Aires), el primero que identificaba con claridad el poder de las agencias europeas decimonónicas sobre la circulación de noticias en Sudamérica. Se iban agregando datos, pero el conjunto seguía siendo disperso, inconexo. Faltaba evidencia más precisa y homogénea, series largas capaces de sedimentar un piso, de sostener algo; faltaba investigar *de verdad*. Mientras esperaba la respuesta a mis solicitudes para ir a ver ese fondo documental parisino que se iba volviendo mítico, empecé a buscar fuentes primarias que estuvieran más a mano.

Mis días entran en modo archivo. Soy de las primeras en llegar y de las últimas en irse. Convivo con las cartas, conozco a sus personajes (operadores en París, enviados a las ciudades costeras sudamericanas). Por suerte, sorteo las mañas de la escritura cada vez más rápido, y tomo ese aprendizaje como un signo de acercamiento. Creo ir entendiendo lo que mueve a estos sujetos, los juegos de poder que hay detrás. Uno de ellos es el disciplinador, el que marca las reglas. Los otros reaccionan sin entender del todo en qué consiste el cambio de los ritmos y las conexiones, las implicancias del cable. Interesante todo lo que se les escapa, todo lo que el jefe les reprocha: lentitud, falta de criterio para elegir las noticias que hay que transmitir, distracciones, licencias. Los intercambios tienen un tono tenso, exasperado.

Entreveía varias rutas documentales posibles en Buenos Aires. La que estaba más a mano me llevaba de vuelta a la hemeroteca: había que mirar los diarios, esta vez con la pregunta por los caminos de las noticias –pregunta que nunca antes me había preocupado pero que ahora me parecía esencial y evidente—. Imaginaba una lectura distinta a la que había practicado hasta entonces, más extrañada, con entradas sobre la posibilidad de existencia de la noticia misma, sobre el camino que culminaba en ella. En algún momento, entendí lo que era evidente desde el principio: tenía que abordar el diario de fines del siglo XIX de maneras completamente distintas a como lo había hecho hasta entonces, colocarlo en el punto de llegada del circuito que estaba tratando de entender, pensar las páginas como superficie visible –incompleta, mutilada– de una trama submarina. Eso es: había que volver a esos mismos diarios, ver si podía leer sus secciones internacionales *como esa superficie*.

Hay un grupo estable de colegas que vienen cada día, pero no sé nada de ellos. A pesar del tiempo que paso acá, los cambios de ubicación y la misma *politesse* hacen que la sociabilidad se mantenga en el umbral de la sonrisa leve y el discreto *bonjour*. Tampoco hace falta mucho más. Me alcanza con saber que ellos también abandonan todo para ingresar en esta temporalidad paralela, que pasan por los mismos rituales de tránsito entre un mundo y otro: los trámites de ingreso, el locker de la planta baja, la gestión de formularios, los lapicitos amarillos, la instalación en la mesa, la espera. Al ir y venir al mostrador, espío sobre los hombros, trato de imaginar qué los ha traído hasta acá, qué hilo particularísimo están siguiendo. Algunos asienten mientras leen, como quien ha encontrado una con-



firmación. Una joven se ha sentado frente a mí con un legajo enorme y una cámara digital. De vez en cuando, reprime una exclamación y levanta la vista. Compartimos el instante mudo de su hallazgo, como barcos que se saludan en alta mar.

Para poner a prueba la idea de la página del diario como superficie de llegada de un sistema sumergido, necesitaba averiguar más sobre ese sistema. Sobre todo, entender su armado sudamericano. En eso estaba cuando me encontré con un colega para hablar de su investigación. Poco antes de separarnos, me preguntó qué pista estaba siguiendo yo. *¿Cables submarinos?* (No era el primero en asombrarse.) Le expliqué rápido mi interés en esta tecnología, mi necesidad de documentos. Me aconsejó explorar el archivo de Relaciones Exteriores, *quién sabe, puede haber rastros de convenios telegráficos* (ni se me había ocurrido). Con pocas expectativas, escribí a la dirección que me indicó. Al día siguiente, tenía el catálogo de materiales y las indicaciones para llegar.

Algunos fotografían mucho, deben ser extranjeros con escaso tiempo como yo. O quizás investigadores-profesores que escapan de clases que preparar, de tesis que evaluar. Después de mapear el fondo documental y calibrar los alcances, mi trabajo se ha estabilizado en una rutina de digitalización intensiva: De a ratos me detengo a leer alguna carta que me llama la atención, anoto ideas que surgen de alguna frase, imagino índices. Pero no más que eso, la prioridad es capturar lo más posible. Lo demás puede esperar.

El archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores estaba en un edificio ubicado en el puerto, junto a un puesto de control donde hacían cola camiones con

contenedores. Todo irradiaba energía, inmediatez material. Entré dubitativa al edificio que me habían indicado, con mi absurdo proyecto como única carta de presentación. Me sentía frágil, fuera del mundo, tan aislada con mis obsesiones como si me desplazara en cápsula espacial. Pero no me equivoqué, no, ese era el edificio; en ese lugar impensado, en ese polo de actividad arrolladora, había varios archivos estatales. Me lo dijo la empleada que tomaba los datos. Siguiendo sus indicaciones, caminé hasta el fondo de un pasillo y toqué la puerta. Dos referencistas jóvenes me esperaban. Sobre un mostrador había varias cajas de metal con mi nombre. Me entregaron el reglamento, unas almohaditas y guantes de látex. Me senté a trabajar en una mesa amplia, en la misma sala.

La cuestión de los retrasos y del tiempo perdido es uno de los temas centrales de las cartas de Havas. Campea la frustración por no satisfacer cierta expectativa que el telégrafo ha sembrado, por no cumplir con la instantaneidad prometida a los diarios sudamericanos. Todos parecen correr detrás de algo, hay mucho apuro, reyertas por los minutos perdidos. Abundan los diccionarios internos, los códigos para ahorrar palabras, para ir más rápido, para gastar menos. La escritura a pluma apenas corresponde a lo que describen estos papeles, donde todo parece anunciar el fin de la parsimonia epistolar preindustrial, de las inflexiones del trazo personal. Al promediar el recorrido de las cajas, algunas cartas viran a la máquina de escribir, homogénea, eficiente. Mientras paso las hojas, crece un sentimiento de conexión con la carrera contra el tiempo de aquellos señores. Estamos lejos, pero no tanto. Son nuestros antepasados en la urgencia.



En las cajas metálicas encontré un sinnúmero de acuerdos postales y telegráficos. A fines del siglo XIX, una especie de frenesí diplomático-conectivo produjo las piezas maestras de una red que en poco tiempo conectó a las nuevas naciones sudamericanas entre sí, y con el resto del mundo. Mientras fotografiaba pactos internacionales y tratados postales, mis anfitrionas trabajaban a pocos metros. Sonó el teléfono, alguien llamaba de un ministerio para avisar que un depósito de documentación se había inundado. Cumplía en informar al archivo que iban a deshacerse de los materiales. Siguió un intercambio áspero, porque no se podía tomar esa iniciativa sin autorización, y esa autorización requería una inspección previa. Pero no, la decisión ya estaba tomada (y esos papeles ya estaban quemados, probablemente, y ese llamado era una mera formalidad para que el incidente quedara registrado en alguna parte). Después de colgar, alguien murmuró la posibilidad de hacer un sumario, pero se descartó de inmediato por utópica: las potestades de los archivistas son teóricas, es difícil que en las burocracias del Estado las apliquen.

Los días de convivencia con el epistolario van envolviéndome en la rutina de la agencia de prensa. A medida que avanzo con los cuadernos, desfila la trastienda del pasaje de un sistema tradicional de correspondencia "material" (por barco) a la correspondencia "desmaterializada" del telégrafo submarino. Hay una historia compleja tras la magia de lo instantáneo, y ahora tengo con qué escribirla. No había entendido, hasta aquí, en qué medida me fui internando en un proyecto sobre la modernidad de las comunicaciones, de la información sobre el mundo, de su percepción. Voy pensando en la plataforma de diálogos que se vis-

lumbra desde este mirador, que por fin muestra sus contornos. No irán, esos diálogos, hacia las historias más económicas ni empresariales que he leído al principio, no. Irán hacia mis intereses de partida: la historia de la prensa, de la lectura y la escritura modernas. Irán, también, hacia una pregunta nueva, que se va perfilando como fundamental, por las identidades locales, por el *sentido de lugar* que construyó el diario decimonónico en una ciudad tan excéntrica y a la vez tan conectada como Buenos Aires. En una especie de pendiente imperceptible, voy cediendo al afán de capturar todo lo que puedo con mi cámara (mi red).

Los materiales que encontré en el archivo del puerto me hablaban del surgimiento de un espacio-información mundial, y de uno sudamericano. No pensaba ir por este lado (no sabía que este lado existía), pero en esos días descubrí que era una dimensión crucial para la circulación de noticias de los diarios porteños decimonónicos. Decidí seguir el armado de ese espacio-información, una dimensión "dura" que no se me había ocurrido imaginar como parte de mi rumbo. Me alentaba la riqueza de los materiales, su buen estado, la atmósfera de trabajo de esa sala. Tras el ir y venir de camiones, en un hueco entre contenedores de China y de Brasil, había encontrado un vergel documental.

No soy la única que fotografía mucho; en cada mesa hay algún lector parado, dispositivo en mano. Aun en los marcos institucionales más privilegiados, la reconstrucción del pasado está marcada por las estrategias de la escasez: hay que conseguir *todo lo posible*, acumular por las dudas porque nunca se sabe qué puede pasar y siempre habrá tiempo para descartar. Decía Rosenzweig: en



la era digital, los viejos expertos en administrar escasez deberemos aprender a administrar abundancia.<sup>5</sup> Ya es evidente, por lo pronto, que el acceso a fuentes digitales (desmaterializadas, como los mensajes del cable bajo el mar) significa la ampliación exponencial de documentos. Una buena noticia, porque el día en que el trabajo “de campo” no exija más habilidades que el buen manejo de la cámara fotográfica y la computadora, la capacidad de armar e interpretar pasará a ser el indiscutido núcleo de lo que hacemos. En el fondo, la disponibilidad de materiales no cambia la esencia del trabajo; por el contrario, la pone más en evidencia. Sigo fotografiando los papeles de Havas.

El Estado argentino de fines del siglo XIX produjo archivos riquísimos, que revelan una conciencia aguda de la relevancia de sus actos. Por suerte, algunas de esas colecciones están en manos de gente profesional y comprometida. Su tarea se parece a la resistencia contra los elementos, requiere horizontes largos hacia atrás y hacia adelante, pero transcurre en el mundo del corto plazo –el plazo brevísimo, instantáneo, apremiante–, en un perpetuo explicar por qué esos papeles no deberían haberse quemado sin consulta. Su pedagogía apunta a los cimientos culturales del Estado y de la sociedad, va horadando de a poco, avanzando por zonas.

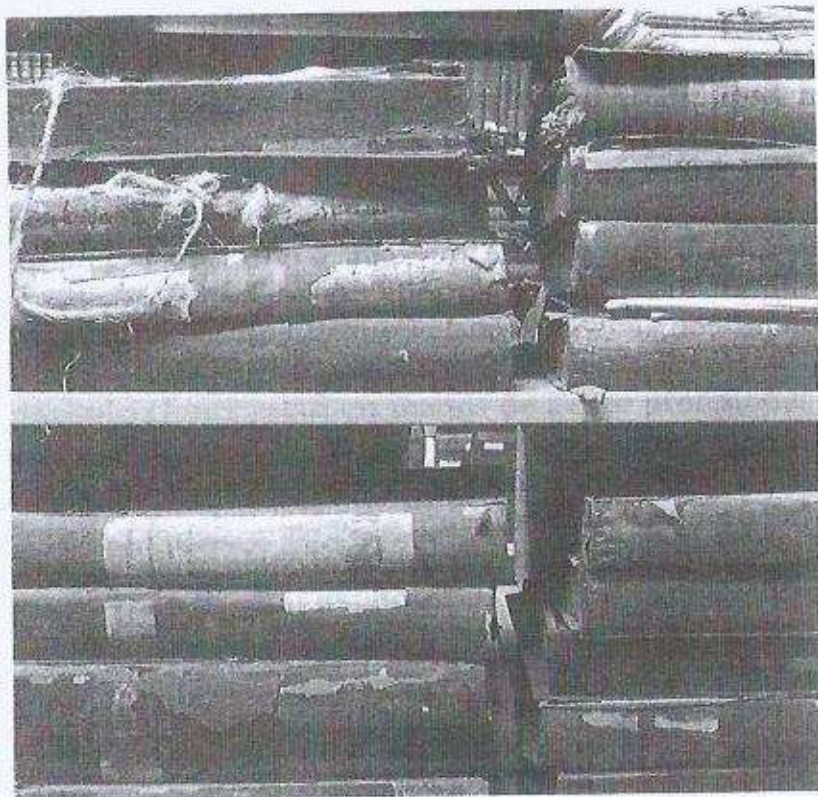
Trato de racionalizar el tiempo que me queda, de redondear un archivo que permita decir algo. Me interno en nuevas zonas del fondo, con otros personajes y otras escrituras. Encuentro contratos con *La Prensa*, con *Crítica*, con *La Vanguardia*. Hay recortes de diarios cariocas y porteños, grescas en torno a cables mal transmitidos, o mal retransmitidos en los puntos intermedios, o mal reescritos en el punto de llegada.

Hay cartas con quejas por la escandalosa francofilia de la información, anuncios de ruptura de contrato, enmiendas de contrato. El poder de Havas tenía muchas resistencias, y la prensa sudamericana era bastante más independiente de lo previsto. Apenas llegue a Buenos Aires, voy a la hemeroteca. Sabiendo lo que hay detrás, será como leer diarios totalmente nuevos.

De regreso del puerto, me esperaba la invitación de un equipo de investigación parisino a pasar una temporada de trabajo en su universidad. El mensaje tenía detalles de pasajes y obligaciones, y una serie de adjuntos administrativos que parecían engorrosos. Respondí brevemente que *oui*, y entré en la página web de los Archives Nationales. En las fotos que estaban colgadas, la sala de consulta de investigadores parecía muy hermosa.







## 8. Todos los nombres

Durante más de medio siglo, miles de legajos judiciales alojados en el Archivo General de la Nación (AGN) se mantuvieron fuera de consulta, situación justificada con los más crípticos argumentos de la razón archivística. Como suele ocurrir, esos argumentos pronto cristalizaron en *statu quo*, se volvieron inmutables. Un día, autoridades recién llegadas a la institución revelaron lo que los usuarios sospechaban: el acceso dependía sólo de un poco de organización y voluntad, la prohibición de décadas había sido innecesaria. Meses más tarde, el AGN anunciaba la inauguración del Fondo Tribunal Criminal.

El catálogo consistía en una lista de nombres, junto a la descripción somera de los crímenes en cuestión, cometidos en Buenos Aires entre 1874 y 1912, los años del gran despegue urbano ligado a la inmigración. Por ejemplo: "Inamorato, Vicente y Martínez, Cristina, sumario por suicidio del primero y conato de homicidio de la segunda". O: "Hulbrock, Federico, por falsificación de firmas". O: "Kleine, Ricardo, por abuso de amistad". Miles de entradas, pistas que abrían a otras pistas, claves arborescentes sobre las interacciones (sociales, laborales, sexuales, familiares, económicas) de aquel mundo. Los colegas investigadores de temas judiciales y delictivos fueron



los primeros en iniciar exploraciones, y así empezó el desmalezamiento de la colección.

Por vértigo, o porque me costaba elegir una vía de acceso entre las 11 214 que se ofrecían de golpe, tardé un poco en internarme en esos legajos. A las siete u ocho décadas transcurridas entre los casos penales y la entrega del fondo al AGN, y a las cinco que mediaron entre la recepción por el AGN y el acceso a los usuarios, agregué una demora adicional de algunos días, que dediqué a conocer el catálogo. Mi justificación (si la había) provenía de cierta convicción en la elocuencia de las superficies inventariales, en la promesa panorámica de las cartografías de fichero. Además, yo no buscaba algo en particular, sino vías de ingreso a esa época y ese lugar, un mirador desde la peripecia delictiva.

El listado del Tribunal Criminal describía, primero, un mundo de nombres de pila, con muchos Evaristos, Ambrosios, Jacobos, Romualdos, Eloísas, Teocindas, Genovevas, Nemesias y Dionisias. La lista parecía salida de un álbum de fotos sepia, con escenas de familia y retratos venerables. En todo caso, la sucesión establecía una clara marca de distancia. La frecuencia de nombres de cuatro o cinco sílabas –los Desiderios, los Nepomucenos, los Ildefonsos, los Clodomiro– contribuía mucho al efecto de arcaísmo sonoro. Más allá del motivo (escasamente honorable, en la mayor parte de los casos) que los había traído a esta lista, esos sujetos habitaban un universo otro, un país extranjero en sus ritmos y modulaciones.<sup>1</sup> Y sus resonancias étnicas también. Muy españoles o muy criollos o muy italianos o muy judíos, nombres pletóricos de genealogía se sucedían como ingredientes de una mezcla que se ponía en marcha: era una instantánea previa al promedio de la onomástica “argentina” que decantaría de allí en más.

Los había con más de un nombre, y también con alias. Al extrañamiento de los sonidos se agregaba el que despertaba la vacilación de las identidades. Y en este plano, la lista estaba salpicada de detalles curiosos, de guiños, de santo y señas del humor reo. El señor Juan Kelli se hacía llamar “El inglés Jones”; Manuel Izquierdo respondía al apodo “Saca la cadeira”; Arturo Heinz también era “Gata Flaca”; a Juan Lois lo llamaban “Fenómeno”; a Anselmo López, “El retobado”. Había muchos sobrenombres (“Chollito”, “Toscanito”, “Francesito”). Pero al parecer, no era raro llevar más de un *nombre y apellido*: un tal Pascual La Paz se llamaba, en algunas ocasiones, “Juan Malbrán”, y había otros con dos o tres variantes por el estilo. Así se jugaba el juego de las identidades, el de los cambios y disimulos allí donde todo el mundo parecía ir a alguna parte y dejar algo atrás.

La columna siguiente ofrecía la descripción escueta de los casos, con etiquetas tentadoras como anzuelos: “Incidente producido reclamando un anillo de brillantes”; “Heridas al Reverendo Padre”; “Por ser el autor de láminas deshonestas que se encuentran en el periódico *El Correo de las Niñas*”; “Por admitir menores en su lupanar”. Largas sucesiones de estafas, mucho engaño (del amor y del dinero), querellas del honor, calumnias, injurias, falsificación de firmas, robos de alhajas, malversaciones, heridas en grescas a cuchillo. Los inventarios de este tipo están sometidos a muchos filtros, empezando por el sistema que selecciona lo que llega o no llega a la justicia. Pero no todos se parecen, no en todos la transgresión que asoma está tan atada a las fantasías de la trampa, a ese sueño de acceso inmediato a la riqueza que despierta la inventiva del engaño; no siempre la verdad o la falsedad de las relaciones es una dimensión tan importante, porque no



siempre esas relaciones son recientísimas ni el cambio del medioambiente (la población, la ciudad) es tan veloz; no en todos la disputa por los lugares sociales es tan abierta.

El historiador que va al archivo es siempre un lector imprevisto, un espía de la posteridad.<sup>3</sup> Y nunca es esta sensación más punzante que en los archivos criminales, allí donde las preguntas de la historia dan acceso a tantos secretos revelados a otros (jueces, fiscales, testigos), con el objeto único de conseguir algo importante (salvarse, justificarse, reparar). Difícil saber qué secretos salieron a la luz en esas disputas con títulos incitantes y nombres de pila falsamente inofensivos. Más difícil todavía adivinar qué había tras las etiquetas de la columna siguiente, la de tipologías penales, donde robos, estafas y homicidios se sucedían herméticos, sin detalles ni adjetivos. Enunciados así, parecían confirmar lo perenne en la naturaleza humana, como en el catálogo criminal de cualquier tiempo o lugar. Para sentir el pulso, había que colocar los casos en su contexto, restituir los mil anclajes temporales del delito.

Se sabe que los catálogos de archivo pueden ser engañosos, que los títulos prometedores a veces no rinden, que las descripciones discretas deparan grandes sorpresas. Era tiempo de tirar de alguno de esos hilos, de pasar de la superficie a la inmersión, hora de tomar algún camino hacia el otro lado.

## 9. Diario de la hemeroteca

10/5. Reviso *Caras y Caretas*, años treinta. Busco puntas para el proyecto nuevo, todavía muy difuso. Quiero una perspectiva de Buenos Aires cerca de la calle, *en la calle*. Todavía no encuentro la punta del ovillo.

Muchas fotos: vendedores ambulantes / empleados con corbata en un café / lecheros arriba del carro / señora paqueta en el tranvía / un chofer de carruaje leyendo el diario mientras espera al patrón. También hay viñetas con diálogos breves. La mayoría resultan crípticos. Otros son cómicos, o pretenden serlo, o lo son para los lectores del 30. Nada como el desajuste humorístico para palpar el paso del tiempo.

Sigo pasando las hojas. En eso, hallazgo inesperado: una nota ideal para el artículo sobre violencia y medios (¿cómo no lo vi antes?). Entrevista al Pibe Cabeza / escenificaciones fotográficas del asalto al Banco Boston en 1931 / Ford T / sombreros / armas / trajes cruzados. La noticia está armada con materiales de muchas canteras (fotomontaje, cine, historieta).

Fotografío muchas veces, por las dudas. Mientras tanto, pienso en cómo hacer jugar esto con lo que tengo, con lo que ya escribí. Por ahora, lo central es no perderlo, capturar todos los detalles. Menos mal que dejé ese texto abierto, en remojo. Nunca se sabe dónde va a aparecer la pieza maestra, la mejor, la que asoma burlona cuando el



rompecabezas ya está cerrado. Habrá que reabrirlo y reacomodarlo, parece. El argumento no cambia en nada, al contrario. Pero habrá que sacrificar alguna otra partícula para incluir esta, que es mejor.

Poca gente en la hemeroteca, seguramente por la lluvia. Somos tres o cuatro, dispersos en la sala. Nadie habla, pero nos acompañamos. Cada tanto, una página-sábana gira en semicírculo. La manivela del lector de microfilms ronronea con el paso de alguna foto, un tumulto sordo, como un tren cortito. El tesista norteamericano toma notas de *Sud-América* con su Mac. Le entregaron un tomo en jirones, envuelto en papel celofán y atado con un piolín. Da vuelta las páginas con cuidado, usando las dos manos, inclinándose todo lo posible sobre el atril. Aun así, a cada rato suena el *iiiiiiiiiii* de una hoja que se rompe. Levanta la vista, asustado. Los demás nos hacemos los distraídos. No lo conocemos, pero nos une la complicidad muda del subsuelo. Si ese tomo (o cualquier otro) se devuelve "para reparación", será otra cosa que perdemos para siempre. Cada tanto, un empleado sale a vaciar el balde (goteras).

Vuelvo al picadillo del *magazine*: terremoto en Japón / sales sanativas de la Franco-Inglesa / Leguisamo ovacionado en Palermo / Venda corbatas a sus amigos / Aventuras de Chingolo / otra conferencia de Lugones / Buenos Aires, gran capital del sur / Azucena Maizani en Radio Belgrano / avance italiano en Etiopía / Nucleodyne, el tónico que da fuerza / Banquete a Don Pablo Pizzurno / Los ojos de las estrellas de Hollywood.

Qué abigarrados, los treinta. Todavía no sé cómo contarlos, cómo escribirlos.

11/5. Almuerzo en la terraza de la cafetería, somos varios. Daniel se queja de que no consigue que le suban una revista que está en el fichero. Lo mismo de siempre: todos





masculando por lo bajo, pero no más que eso; hay pocos dispuestos a poner en riesgo el archivo que están usando, a perder el pájaro en mano. Los argumentos habituales. Pero Daniel está impaciente, hartó, parece dispuesto a todo. Que no podemos seguir así, que hay que hacer algo. *¿Qué me decís de los microfilms? ¿No ves que hay que rescatar esos diarios?* Todos asentimos. Hemos renunciado a tanto, tan mansamente. Acá, allá, un poco en todas partes. Esperamos algún milagro tecnológico venido de otra parte, supongo; que una varita nos devuelva la revista que busca él, la que busco yo. *Tenés razón, tenés razón*, le decimos. La charla está en el punto muerto de siempre. Cambiamos de tema. *¿Cómo van tus periodistas del 900?* Pasamos a los proyectos de cada uno, la tensión se disipa. Cuando llega el café, estamos imaginando cruces entre los archivos que tenemos. Al rato volvemos al subsuelo.

Camino al ascensor, atravesamos un festín: gente con anteojos de diseño y ropa *cool*. Canapés, carcajadas. Creo que es un *vernissage*. Ciudades paralelas, como en *Metrópolis*: los de arriba, los de abajo. Merodeamos un ratito, encandilados, tímidos, como intrusos.

12/5. Sorteo los controles, encaro los rituales del pasaje al otro mundo. Cómo irá todo hoy. Dejo las cosas en el locker, la mochila, el abrigo, también el celular. No quiero mensajes ni llamados. Mi plan es escaparme del mundo por un rato, que nada me distraiga de la revista que me prometieron.

¿Cuántos años lleva esta complicidad parca? Ni me acuerdo. Empezó cuando era estudiante, en la vieja Biblioteca Nacional de San Telmo. Los días de huelga nos metíamos en las catacumbas y subíamos los diarios nosotros mismos. Él nos abría la puerta, nos dejaba hacer. Ese fue el primer contacto con los estantes de tomos alineados, la penumbra, el vértigo. Íbamos por

los pasillos con paso sigiloso, buscábamos sin apuro, pasando la mano por los lomos de cuero gastado, estirando el permiso de intimidad.

Ahora lo veo poco. Si nos cruzamos en algún pasillo, intercambiamos un saludo de reconocimiento. Y al rato aparece alguna joyita en el montacargas, cosas que no pedí, sorpresas, bromas. Ayer me prometió la fantasmagórica *Sherlock Holmes*. Nadie sabe bien qué es. "Revista de policiales y turf, 1911-1913", dice la ficha, desde siempre. Dice también que hay muchos tomos, pero nadie ha visto ninguno.

*Su pedido no está en el estante*, y la empleada me entrega el papelito. Nos miramos un instante. Las dos sabemos lo que hay que entender ahí: que no está ni estará, aunque la ficha siga en el catálogo, perversa, burlona. O que quizás está, pero no para mí porque no he cumplido algún requisito secreto. O que estará alguna vez, pero quién sabe cuándo. En todo caso, hoy tampoco. Logro controlarme, menos mal. Suplico en voz baja, pero dice que nadie le habló de esta excepción, que nunca mandaron esa revista, que figura "en reparación", que el empleado de abajo faltó. Decido no insistir.

Vuelvo a mi puesto, contemplando la perspectiva de otro día perdido. A esta hora, la única opción es seguir con *Caras y Caretas*. Pero me cuesta concentrarme, el desaliento interfiere demasiado, quizás es imposible hacer lo que quería, después de todo. Hojeo rápido, todo se mezcla. Josephine Baker / Olimpíadas en Alemania / Leche de Magnesia Phillips / rebelión de lectores en el subsuelo / Soiza Reilly entrevista al Petiso Orejudo / levantamiento radical, Marcelo T. de Alvear proclama el ingreso libre a los depósitos de diarios / la temporada en Mar del Plata / Garbo fuma con boquilla.

Levanto la vista. Ensimismamiento espeso. Idas y vueltas al mostrador. El montacargas que sube y baja



como rueda de la fortuna –prometiéndolo y cumpliendo, prometiéndolo y no cumpliendo, tragando, colmando, negando–. Acá y allá, *clícs* de camaritas, planicies de tedio, hojas que giran. Cada tanto, alguien detiene la marcha. Sonriendo para sí, se acerca más al papel, como para absorberlo. Saca una foto, y otra, y otra más. Más cerca, más lejos, con las fechas, con las imágenes, los detalles, el plano de la hoja entera (por las dudas, por las dudas). Una vez satisfecho el impulso de apropiación, retoma la marcha, cadenciosa: aunque no aparezcan más tesoros, el día está salvado.

Me levanto y camino entre las mesas, muy despacio, espionando sobre los hombros. *Radiolandia* de los años cuarenta. Veo chismes de la farándula radial, Niní Marshall, Sandrini, Evita peinada con “banana”.

Al lado, una mujer de anteojos grandes y aspecto serio mueve con cuidado las hojas-sábana de un diario de fin del XIX (cada tanto se le escapa un *jjjjj*, que todos disimulamos). Me susurra que las fotos no son para ella, sino para alguien en los Estados Unidos, para un libro sobre la crisis del 90.

Del otro lado de la mesa, *El Gráfico*, años veinte. Un becario del Conicet hace una tesis sobre la profesionalización del fútbol.

*Clarín y Gente*, cobertura del Mundial 78: una joven con pantalón a rayas pasa las hojas entre incrédula y extasiada. Saca decenas de fotos, como quien captura un documento clasificado, una prueba que querrá mostrar (*¡miren esto!, ¡acá está!*). Reconozco el éxtasis del primer contacto con la prueba, la fuerza de lo concreto, la roca fija entre tantas dudas e incertezas, el deseo de compartir la emoción del hallazgo.

En la otra mesa, al lado del ojo de buey, está el hombre de saco y camisa que para siempre ahí. Mira secciones deportivas de mediados de siglo. Pasa las tar-

des compilando resultados de todos los partidos de su equipo de Tercera División, para un libro en varios tomos. *Lujos de jubilado*, se disculpa.

Sigo caminando, las hojas suben y bajan. Veo cine y psicoanálisis en *Primera Plana*, veo montajes de *Crónica* sobre espiritismo y la vuelta de Perón. Veo a Trifón y Sisebuta en *La Nación* de los años veinte, veo a Juan Moreira en los folletines de *La Patria Argentina*.

Llega el montacargas, llaman a alguien. Pasos ansiosos acuden al mostrador.

En una mesa aparte está Teresa F., con su parafernalia de trípode y cámara de alta definición. Fotografía parsimoniosamente una revista cultural de los años treinta, exquisita. Me explica que es para subir a una plataforma abierta, que todos vamos a poder verla *a piacere*, pronto.

El tesista norteamericano sigue en su puesto, pero no me acerco. Se ve que ha encontrado algo, un texto o quizás una idea, porque escribe sin parar. (Su Mac es como un discreto ovni que indica inmunidad, extraterritorialidad.)

A un costado, la manivela del lector de microfilm sigue su marcha: un joven de anteojos mira clasificados de *La Prensa*, 1893, para un trabajo sobre mercado laboral.

Intensidad discreta de hemeroteca. Inmersión solitaria y paralela. Seducción archiadictiva de lo concreto, de la minucia, del desvío. De qué obligación escapan ellos para tener un rato de esto (yo escapo de dos o tres).

El paseo me aplaca, renuncio por fin a lo que esperaba ver. Vuelvo a mi rincón pensando en lo que aparecerá en su lugar, lo que estaba más allá de lo que busco, lo que no buscaba y también puede ser. Aun sin hallazgos espectaculares, puede haber climas, tonos, sincronías: “mostacilla”, como decían los periodistas del 900 cuando les faltaba un gran caso para el titular. Quizás el día no esté perdido, después de todo.



Vuelvo a los años treinta. El general Justo, panzón, inaugura una ruta / campeonato de fumadores / Geniol 30 / ¿Conoce Vd. las obras célebres? / Mussolini gesticula desde el balcón / Diamante sudamericano de gran tamaño / Gane \$\$ con moderno sistema de enseñanza por correo / Conferencia del Dr. Dellepiane / Sociales, por la Dama Duende / Homenaje al Dr. Houssay / Concurso de chistología / Mae West / Octavio Pico / Púrguese con Santeína.

Por momentos me tienta dejar todo así, crudo. Secuencias de los treinta en vez de historia pasteurizada de los treinta. Que las superposiciones trabajen solas.

13/5. Sin novedades. Sigo mirando *Caras y Caretas*, acumulo partículas. Mientras, busco un hilo, una forma.

14/5. Llego temprano. Paso mansa los controles de seguridad: requisita de la mochila, número de laptop, de cámara. La empleada con charreteras anota todo en una planilla, como ayer, como anteayer. Entrego mi credencial en el mostrador del subsuelo. Mientras espero que me atiendan, abro un tomo suelto. Alguien lo dejó a un costado, y justo es del 32. Hojeo parada. Se llama *Radiópolis* y tiene un subtítulo intrigante: *Magazine Policial* (¿una revista especializada en policiales?). Por el formato y la gráfica, parece una de esas publicaciones de la farándula radial. Pero no, es algo más insólito: una publicación de vigilantes que escribían sobre su tarea en la calle. En los años treinta se metieron en la radio, de ahí el nombre. Llegué con pocas expectativas, pero parece que será un buen día. (Venir al archivo es como ir de pesca.)

Decido no pedir nada y curiosear esto. Me llevo el tomo a la mesa, me instalo en el lugar de siempre, junto a la ventana.

Índice intrigante: Anécdotas de la guardia nocturna / Poemas / Viñetas callejeras / Ladrones Conocidos / Lo último de "Ronda Policial", por Radio Porteña / Guiones radioteatrales (¿radioteatrales?).

Cuando levanto la vista, es mediodía. Julia S. me hace señas y se acerca, sonriente, con su bufanda de colorinches. ¡Tenemos que hablar! Murmura que hay versiones alentadoras, se está armando un Gran Plan de rescate de diarios y revistas antiguos. Conozco esos rumores, que vienen y se van. Le digo: *No te hagas tantas ilusiones, allá arriba es otra ciudad*. Insiste: que la era digital, que podemos armar un archivo paralelo, que vamos a liberarnos, que circulan códigos de acceso clandestino a bases norteamericanas, que en serio vamos a liberarnos. Hablamos rápido y en susurros. Quedamos en tomar un café, para charlar de su tesis y de este asunto.

En el ascensor de salida converso un momento con Javier D., que ayer miraba el folletín de Juan Moreira. Le pregunto qué hace por acá, sumergido con los historiadores, él que es de Letras. Me dice que se está convirtiendo en historiador "de closet", que su visión del folletín está cambiando desde que lo lee en las páginas del diario, que ahora entiende cosas que antes no. Le pido un ejemplo. Parece que cuando Moreira dice "medio frasco" de ginebra, no alude a un frasco de los nuestros, sino a una medida de la época. *Recién ahora lo entiendo, porque la misma expresión está en las publicidades, recién ahora*. Ya estamos en la calle pero sigue con el cuento. Le doy la bienvenida, nos estaremos viendo en el subsuelo.

15/5. Recupero el optimismo. La revista nueva tiene una mezcla insólita de elementos. Voy a tratar de mirar la colección para ver cuánto consigo (el catálogo promete una serie de veinticinco años, pero no hay que ilusionarse con eso). Traje la camarita, pienso fo-



tografiar *todo* lo que me manden. Si esto desaparece allá abajo, al menos tendré copia.

Afuera, día de sol. Unos nenes se asoman por el ojo de buey, al ras del suelo. Nos miran curiosos, como si fuéramos especímenes en un acuario. Uno hace morisquetas, golpea el vidrio para distraernos y sale corriendo por el pasto.

Paso la mañana con *Radiópolis*. La recorro despacio, quiero ver tonos, repertorio, gráfica. No saco fotos, anoto impresiones a mano alzada en el cuadernito cuadriculado. Antes de irme, pido que no la devuelvan, que me la reserven para mañana.

A la salida, café con Julia. Por fin está cerrando su tesis sobre la infancia en los años del boom inmigratorio. Le pregunto qué hace acá, debería estar escribiendo. Se ríe, *no me retes, que superé la adicción; vine a buscar un par de figuritas, nada más*. Hablamos de los archivos. Me describe un proyecto de digitalización a muchas manos. Una especie de grupo comando diseñó un programa para centralizar lo que fuimos levantando varios equipos dispersos. Compartiríamos fotos, dejaríamos de depender de archiveros y bibliotecarios. Me describe un mundo de acceso puro.

Sigue: corren rumores sobre la inminente circulación de unas bases de datos con series completas de diarios latinoamericanos del XIX y el XX. Estoy al tanto de la existencia de estas bases, porque hice varios intentos fracasados para que las incorporaran en las bibliotecas que frecuento. Julia se ríe, meneando la cabeza. Me cuenta que alguien pudo hackear las bases, que en un sótano porteño están bajando miles de archivos a un megadisco y van a hacer copias. La escucho incrédula, no entiendo bien cómo se manejaría este nuevo mercado negro de diarios antiguos. No es todo: me habla de la hemeroteca digital de la BN bra-

sileña, que ha puesto toda su colección en línea, y de la uruguaya, que está haciendo lo mismo. De la BN de España, que colgó *Caras y Caretas*, nada menos. *Ya no necesitás venir, podés verla desde tu casa. ¿Te das cuenta?*

La escucho con entusiasmo y un poco de vértigo (y otro poco de escepticismo). Hablamos de la participación en el proyecto general, de las perspectivas que se abren. Menciono la posible resistencia de algunos equipos a compartir sus fotos de archivo. Le recuerdo lo remisos que suelen ser los historiadores a renunciar a esa cultura de trabajo individual y secreto. Muchos salvatajes documentales generan sentimientos de posesión patrimonial, divismos archivísticos; dudo que todos estén dispuestos a resignar ese capital. Pedimos más café y torta de chocolate. Nos quedamos hasta que cierran, fantaseando con el Mundo Feliz de archivos al toque del teclado.

16/5. Dudas. La revista nueva desestabiliza la idea que tenía cuando empecé. En la cola del supermercado se me ocurre que ese plan, que no es tal y que además no está funcionando del todo, debería ser otro. Que en mis calidoscópicos años treinta podría incluir la nueva pista de los vigilantes de la calle de Buenos Aires. Y que si lo conecto con discusiones sobre inducción del orden callejero (las que hay en sede historia política y en sede estudios policiales), eso podría darle forma a lo demás. La cajera me mira intrigada, no entiende mi buen humor.

17/5. Hoy puedo avanzar y avanzo. Sigo internándome en *Radiópolis*. Hay mucho anecdótico de bajo fondo. ¡Cuentos sobre el Pibe Oscar, "célebre escrushiante", el protagonista de la primera novela lunfarda! Hay cuadros de conventillo, mucha denuncia social, informes críticos sobre el estado de las cárceles. Hay escenas en







17, 18, 19/5. Poco tiempo para escribir. Ni siquiera selecciono lo que encuentro. Fotografío apurada. Quién sabe cuándo podré volver. Ni sé cuántas evaluaciones debo, pero ha llegado el momento de enfrentarlas. Y las clases, y el viaje, y el resto de las evaluaciones. Justo ahora que encontré este filón, que estoy entrando en ritmo (archivo: viaje siempre interrumpido). No importa, tengo un botín, aunque esté incompleto. Voy a mirarlo en la oficina, en los huecos. De paso empiezo a rumiar, a pensar ángulos, cruces. El proceso está en marcha, ahora sí.

Quién sabe si podré acceder a la revista a mi vuelta. *¿Por qué no usás el subsidio que ganaste para que alguien lo haga por vos, mañana mismo?* La pregunta es de Julia, en el almuerzo. Esta vez, la que me reta es ella. Me oigo decirle, trémula, que prefiero correr el riesgo, que no quiero que otros levanten esos materiales por mí, que temo que se escapen cosas si no lo hago yo. *Pero son fotos, igual que si las sacaras vos.* Es que se me ocurren más cosas acá, veo lo que hay en la foto y lo que hay al lado. Me sumerjo. Las imágenes que llegan por Dropbox aparecen aisladas, se mezclan con otros mensajes, con el teléfono, con la próxima evaluación. Las miro en estado de distracción. Llegan sin aura, desangeladas. *Necesito venir, aunque sea de vez en cuando.* Me mira, escéptica.

12/7. Congreso de la Latin American Studies Association, Chicago. Comparto habitación con Joan; no nos vemos desde hace cuatro o cinco años. Aprovechamos los ratos entre paneles para salir del hotel y ponernos al día. Le hablo de mi proyecto en ciernes, de las revistas que encontré, de mi esperanza de poder volver a verlas, de mi temor a no poder. Me mira con sus ojos claros, divertida, compasiva. Conoce los archivos argentinos, pero hace rato que decidió abandonar esa causa, y abando-

nar la Argentina. *Life is short, darling.* Me habla del libro que está escribiendo, sobre las rebeliones populares en Harlem en los años sesenta. Su relato es fascinante y gozoso de una manera apacible, sin épica.

15/8. Buenos Aires. Encuentro inesperado con Vera en el seminario sobre prensa. En la pausa del almuerzo nos apartamos del grupo para charlar un rato. Le cuento que en unos días retomo lo que dejé pendiente en la hemeroteca, que estoy contenta con la perspectiva. Suelta una carcajada. *Suerte con Hefáistos.* Después de años de renegar, Vera ha decidido entregarse y jugar el juego, reírse. Su teoría es que en las catacumbas de las hemerotecas porteñas mora ese dios feo y deforme, que pasa sus días cojeando entre los anaqueles, malhumorado, aburridísimo, harto de llevar y traer las mismas cosas de siempre. Los milagros ocurren porque a veces encuentra algo raro, algo que vale mucho la pena, y decide rescatarlo del fuego y las brasas. Entonces, pone un tesoro en el montacargas, para que salga del centro de la tierra y circule por fin entre los humanos. Hefáistos.

9-15/8. Aprovecho los huecos para leer artículos, para ponerme en órbita con las últimas discusiones sobre Buenos Aires en los años veinte y treinta. Leo sobre otras ciudades (Río, Nueva York) en el mismo período, busco análisis que hagan pie en la calle.

*Pie en la calle.* vuelvo a las aguafuertes porteñas de Arlt. ¿Qué es lo que irradia ese clima de la ciudad (de la suya)? Se respira en cada línea. La que voy armando se le parece, pero los recorridos se van abriendo a otros humores. De vez en cuando, vuelvo al archivo con las fotos de la última cosecha. Los días pasan y sigo creyendo que hay cosas valiosas, que puede hacerse algo. El contacto es más sobrio, más distante, me voy conven-



ciendo de que hay una pista verdadera. Me hizo bien alejarme un poco de la danza del descubrimiento, puedo ver con más claridad lo que funciona y lo que no.

23/8. Simposio en La Falda. Hotel de los años cuarenta, retirado en la cumbre. Todo tiene un aire sanatorial, a *La montaña mágica*. Me encuentro con Marcelo P. en una pausa entre paneles. Lo acompaño a fumar un cigarrillo afuera, mirando las sierras. Rememoramos viejas anécdotas de la facultad, nos ponemos al día. Menciono que pronto vuelvo a la hemeroteca, a reencontrarme con fuentes promisorias que dejé pendientes. Me dice que él está igual (por supuesto, es un gran baqueano de archivos coloniales).

En realidad, está peor. Ha descubierto un fondo increíble, algo que va a dar vuelta todo (estamos lejos de otros congresistas, pero habla en voz baja, conspirativa). Parece que lo buscaba desde hacía años, sabía que estaba en alguna parte. Cuando lo encontró, la exaltación era tal que tuvo que levantarse de la silla y salir del archivo, a fumar un cigarrillo en la calle. Recién después pudo empezar. En el último mes, sacó más de cinco mil fotos de legajos dispersos y ahora está en plena construcción, armando una serie con todo eso. Me adelanta: se trata de una gran saga familiar, la historia larga de un apellido encumbrado, un proyecto arborescente, para todo un equipo.

Al final de la charla, me regala una perlitita (*para tu colección*): parece que en 1806 la madre de esa familia hizo una serie de transacciones enormes a espaldas del marido. Vendió esclavos, miles de cueros, mobiliario de su dote. Juntó una fortuna en pocos días, y nadie sabe en qué la gastó. El marido la repudió, la internaron a la fuerza en un convento, la llevaron a juicio. La mujer murió sin decir para qué había usado el dinero. *Creo que*

*la extorsionaron, pero no puedo probarlo. Estoy revolviendo cielo y tierra para entender qué pasó. Barajamos hipótesis: hijo natural oculto, amante, pasión de juventud que regresa... Fue descartando todo por buenos motivos, pero sigue sin conocer el secreto de esta dama.*

Me dice que se pasa el día pensando en este proyecto, que el archivo lo está salvando de las internas salvajes en la facultad, de los problemas de salud de su padre. Mientras caminamos de vuelta al hotel, retoma la historia de esta mujer: *¿Te das cuenta? La familia pasó por el 10 en medio de este drama. Casi ni se enteraron de la revolución, estaban consumidos, obsesionados, sintonizados en otra cosa.*

25/8. Credencial, controles. Todo inmutable. Las pilas de diarios encuadernados, el olor, los empleados. Uno me hace un gesto de bienvenida con la cabeza. Entrego mi pedido cruzando los dedos, simulando indiferencia.

En la sala, la tribu de siempre. Murmullos, pasos subrepticios de ida y vuelta al mostrador, páginas que giran como molinos acompasados. Acá y allá el *clac* de las camaritas. El gusanito / va gusaneando / y en el pastito...

Daniel está en una esquina, nos saludamos de lejos.

Recupero *Radiópolis*. Me mandan tres tomos en secuencia, flamantes, completos (¿alguien los habrá consultado antes?). Todo llega rápido, además. Oigo subir el montacargas incrédula. ¿Será para mí?

Hefaístos me saluda. Recibo el material sin hacer comentarios ni mostrar emociones. Llevo todo al lugar de siempre. No quiero moverme ni hacer nada que trastorne el equilibrio astral. Tenía razón Vera, es cuestión de probar y volver a probar.

Con todo, me lleva un tiempo entrar; en estas semanas me alejé. Hojeo con cierta distancia. Contra lo que creía, me vino bien la interrupción, la decanta-



ción forzada. Me despejó. Sé mejor qué busco, qué quiero hacer con esto. O al menos eso creo.

Las secciones de la revista van cambiando con los años. Aparece una zona de datos exclusivos sobre grandes casos, la policía compite con la prensa sensacionalista. Vínculos inciertos con *Crítica*, mencionado alternativamente como diario amigo y enemigo. Muchas viñetas lacrimosas (no hay como la policía para el sentimentalismo barato). Notas de Soiza Reilly, periodista defensor del vigilante de la esquina (*¿también amigo?*). Aparecen galerías de reos, con fotos y descripciones, alias y sobrenombres. Decido armar un inventario, no sé bien para qué. Un insumo inútil, seguramente. Pero hay algo en ese juego de falsos nombres, el gato y el ratón de las identidades. Me gustaría volver sobre eso, alguna vez.

Es tarde, subo a comer algo. Antes de volver, camino un poco por la sala de lectura general. La luz de las lámparas de bronce y opalina verde, las que iluminan los muebles magníficos de la biblioteca original, rebotan en las ventanas. Quizá por timidez, o por pura comodidad, la mayoría prefiere las mesas de fórmica, prácticas, modernas, familiares, a los viejos pupitres forrados en cuero. Pero el reflejo del verde y el marrón sobre los vidrios tiene una reverberación que nos envuelve a todos. Me quedo un rato, inmóvil. Fantaseo con un lazo ancestral que une los intensos mundos silenciosos que circulan por acá, los de arriba y los de abajo.

Vuelvo al subsuelo, quedamos tres. ¿Me parece a mí o hay un *crescendo* en velocidad? A medida que se acerca el cierre, se acelera el paso de las hojas (una más antes del gong, otra, otra).

26/8. Se va afirmando el rumbo del proyecto. Eso me tranquiliza, pero mientras hojeo, me tienta con

otras posibilidades. Se me ocurre un trabajo paralelo sobre la cultura nocturna de principios de siglo XX, algo que incluya el lunfardo y paisajes de los márgenes. Ahora no puedo, pero anoto por las dudas. Otro camino posible, quién sabe.

Al mediodía, charla con Daniel. Nos sentamos un buen rato en la terraza del bar, en el primer piso. (Las palomas se nos subían a la mesa y picoteaban las migas.) Me habló del giro que ha tomado su pesquisa desde que consiguió que le subieran esa revista literaria. No me dice cómo, y no pregunto. Quizá se le destrabó sin saber por qué, como a mí. Me cuenta que está semiacampando en la hemeroteca, que no devuelve nada sin terminar por miedo a perderlo. Tiene una cámara con varias fichitas de memoria, hace centenas de fotos por día. Cada noche las baja en su casa, ordena todo en carpetas y se va a dormir tranquilo.

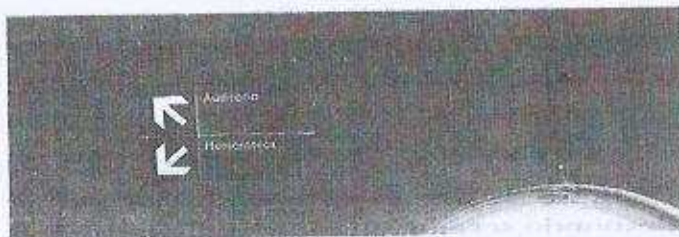
Le hablo del giro de mi proyecto, menciono la idea de una galería de personajes porteños de principios del siglo pasado con las crónicas que descubrí. Prometo avisarle si me cruzo con sus periodistas.

*¿Sabés algo del gran archivo digital que se está armando?* También le llegaron rumores. Pero prefiere trabajar acá, a pesar de todo. Me sorprende. Le recuerdo que la última vez que nos vimos estaba organizando una rebelión para salvar las hemerotecas porteñas. Responde sereno: aunque se digitalice todo, él seguirá viniendo de vez en cuando. *La gente saca las fotos que necesita y desaparece. Los archivos van a vaciarse.* Le señalo que él está haciendo lo mismo, y que yo también. *Vengo por la misma razón que sigo yendo al cine, o leyendo libros en papel,* me dice. Decidió que va a fotografiar todo y, cuando termine, va a seguir viniendo. A hojear los materiales, página tras página, para sentirse más cerca de los consumidores origina-



les. Me tranquiliza escucharlo, entreveo una fórmula que puede funcionar para mí también, quizá porque somos de la misma generación. Tener las fotos no obliga a dejar de venir. Quién sabe, quizá permita venir de maneras mejores.

En el camino de vuelta, clima intenso en el hall del primer piso, parece que hay un evento. Nos asomamos. La sala está a oscuras. Sobre el escenario, un panel de escritores y críticos literarios que hablan sobre “El Aleph”. Escuchamos hasta que terminan, parados en el fondo. Aprovechando el ruido de los aplausos, salimos en puntas de pie. El ascensor hacia el subsuelo viene vacío y volvemos rápido. Ya estamos de vuelta acá, en la hemeroteca.



## Notas

### Materias primas y experiencia de la historia

- 1 Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1999, p. 85.
- 2 A modo de ejemplo: César Vapñarsky, *La congoja del estudioso. Exploración de bibliotecas de ciencias sociales en Buenos Aires a la caza de revistas clave para el estudio del asentamiento humano*, Buenos Aires, CEAL, 1993; Carlos Aguirre y Javier Villa-Flores, *From the Ashes of History. Loss and Recovery of Archives and Libraries in Modern Latin America*, Raleigh (Carolina del Norte [NC], Estados Unidos), A Contracorriente, 2015.
- 3 En numerosas intervenciones, Horacio Tarcus ha denunciado el éxodo de documentos argentinos al extranjero como resultado de un fatal encadenamiento de acciones y omisiones, que han impedido desarrollar una conciencia del patrimonio documental. Véase, por ejemplo, “¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural”, *La Biblioteca*, nº 1, verano 2004-2005, pp. 22-29.
- 4 Mariana Nazar y Andrés Pak Linares, “El hilo de Ariadna”, *Políticas de la Memoria, Anuario de Investigación del CeDInCI*, nº 6-7, Buenos Aires, CeDInCI, 2007, pp. 212-218; Natalia Torres (comp.), *Hacia una política integral de gestión de la información pública. Todo lo que siempre quisimos saber sobre archivos (y nunca nos animamos a preguntarle al acceso a la información)*, Buenos Aires, UP, 2014. En agosto de 2015 se abrió una instancia de reflexión crítica sobre la construcción de archivos argentinos a partir de la



iniciativa del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDiCI) y la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de San Martín (Unsam): <noticias.unsam.edu.ar/2016/10/26/actas-de-las-i-jornadas-de-reflexion-sobre-la-construccion-del-archivo>.

### 1. Entre el panóptico y el pantano

- 1 Lila Caimari, "Whose Criminals are These?: Church, State and Patronatos and Rehabilitation of Female Criminals (Buenos Aires, 1890-1970)", *The Americas*, vol. 54, nº 2, octubre de 1997, pp. 185-208.
- 2 Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976. [Ed. revisada: Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.]
- 3 Sobre los caminos de la recepción de la obra de Foucault en la Argentina, véase Mariana Canavese, *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- 4 E. P. Thompson, "The Moral Economy of the Crowd", en *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*, Nueva York, New Press, 1993; Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms. The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980; Natalie Zemon Davis, *Fiction in the Archives. Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century France*, Stanford, Stanford University Press, 1987; James Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1995 [1985].
- 5 Michel de Certeau, *L'invention du quotidien*, vol 1: *Arts de faire*, París, Gallimard, 1991.
- 6 Dos ejemplos de este clima de discusión: Florencia Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995; Daniel James, *Doña María's Story. Life, History, Memory, and Political Identity*, Durham (NC), Duke University Press, 2000.
- 7 Pierre Bourdieu, *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, París, Fayard, 1982; Erving Goffman, *Interaction Ritual. Essays on Face-to-Face Behavior*, Nueva York, Anchor Books, 1967; Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973.

- 8 Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, FCE, 2002.
- 9 Michelle Perrot, "Débat avec Michel Foucault", en *L'impossible prison*, vol. a su cuidado, París, Seuil, 1980, parte I.
- 10 César Vapñarsky, *La congoja del estudioso*, ob. cit.
- 11 David Garland, *Punishment and Modern Society. A Study in Social Theory*, Chicago, The University of Chicago Press, 1990. [*Castigo y sociedad moderna. Un estudio de teoría social*, México, Siglo XXI, 1999.]
- 12 D. Melossi y M. Pavarini, *Cárcel y fábrica. Los orígenes del sistema penitenciario (siglos XVI-XIX)*, México, Siglo XXI, 2005 [1981]; Émile Durkheim, *La división du travail social*, París, PUF, 1987 [1893].
- 13 Enrique Marí, *La problemática del castigo. El discurso de Jeremy Bentham y Michel Foucault*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
- 14 Pieter Spierenburg, *The Spectacle of Suffering. Executions and the Evolution of Repression. From a Preindustrial Metropolis to the European Experience*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- 15 Lila Caimari, *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina moderna, 1880-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

### 4. Archivos del crimen y giro digital

- 1 La expresión "cuestión criminal" –que engloba un amplio repertorio de problemas ligados al delito, la policía, la justicia y la prisión– ha sido acuñada por Máximo Sozzo en *Historias de la cuestión criminal en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Puerto, 2009.
- 2 He abordado otras dimensiones del crecimiento de este campo de estudios en "Los historiadores y la 'cuestión criminal' en América Latina. Notas para un estado de la cuestión", en Daniel Palma Alvarado (comp.), *Delitos, policías y justicia en América Latina*, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2015, pp. 491-507; y en "La historia de la 'cuestión criminal'. Reflexiones a la vera del camino", en Osvaldo Barreneche y Ricardo Salvatore (eds.), *El delito y el orden en perspectiva histórica*, Rosario, Prohistoria, 2013, pp. 251-256.
- 3 Carlos Aguirre y Javier Villa-Flores (eds.), *From the Ashes of History*, ob. cit.



- 4 Arlette Farge, *La atracción del archivo*, Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1991, p. 10.
- 5 Me he ocupado de este asunto en "Los historiadores y la 'cuestión criminal'", cit.
- 6 Sobre los desencuentros entre científicos sociales y policías en América Latina, remito al volumen organizado por Mariana Sirimarco, *Estudiar la policía. La mirada de las ciencias sociales sobre la institución policial*, Buenos Aires, Teseo, 2010.
- 7 Véase, por ejemplo, la guía de archivos elaborada por el equipo argentino Crimen y Sociedad: <[www.crimenysoiedad.archivosdechile.cl/index.php/?sf\\_culture=es](http://www.crimenysoiedad.archivosdechile.cl/index.php/?sf_culture=es)>.
- 8 En los últimos años, en diálogo con la antropología jurídica los historiadores hemos sacado provecho de los estudios que han observado sistemáticamente la "caja negra" de la praxis cotidiana de estas agencias. Véanse Sofía Tiscornia (comp.), *Burocracias y violencia. Estudios de antropología jurídica*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004; Leticia Barrera, *La Corte Suprema en escena. Una etnografía del mundo judicial*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012; Brígida Renoldi, *Carne de carátula. Experiencias etnográficas de investigación, juzgamiento y narcotráfico*, Buenos Aires, IDES/ Ediciones Al Margen, 2013. El trabajo fundacional en este campo es el de Bruno Latour, *La fabrique du droit. Une ethnographie du Conseil d'État*, París, La Découverte, 2004.
- 9 Kathryn Burns, *Into the Archive. Writing and Power in Colonial Peru*, Durham (NC), Duke University Press, 2010.
- 10 Roy Rosenzweig, "Scarcity or Abundance? Preserving the Past in the Digital Era", *American Historical Review*, vol. 108, nº 3, junio de 2003, pp. 735-762.
- 11 Toni Weller (ed.), *History in the Digital Age*, Nueva York, Routledge, 2012.
- 12 Me refiero, por ejemplo, a la empresa de reproducción de periódicos de la Hemeroteca Nacional de Brasil (<[bnddigital.bn.br/hemeroteca-digital](http://bnddigital.bn.br/hemeroteca-digital)>), la página de Publicaciones Periódicas del Uruguay (<[periodicas.edu.uy](http://periodicas.edu.uy)>), o la Hemeroteca Nacional de México (<[www.hndm.unam.mx/index.php/es](http://www.hndm.unam.mx/index.php/es)>).
- 13 En la Argentina, el Archivo General de la Nación abrió a la consulta en 2010 el Fondo Juzgado del Crimen, con

resultados historiográficos que ya son palpables. Es bien conocida, asimismo, la labor del CeDinCI en la preservación y puesta en acceso de archivos ligados a la cultura de la izquierda, que año a año incorpora nuevas colecciones; véase <[www.cedinci.org](http://www.cedinci.org)>.

- 14 Jacques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta, 1997, p. 15.
- 15 Vale aclarar que la creciente accesibilidad de fuentes hemerográficas contrasta con la fragmentariedad y dificultad de acceso a los diarios argentinos, incluidos los de gran tirada, especialmente los de gran tirada. La diferencia de plazos, presupuesto e infraestructura necesarios para la reproducción en uno y otro caso explican esta diferencia.
- 16 Janine Solberg, "Googling the Archive: Digital Tools and the Practice of History", *Advances in the History of Rhetoric*, vol. 15, 2012, pp. 53-76.
- 17 Renée Sentilles, "The Archives of Cyberspace", en Antoinette Burton (ed.), *Archive Stories. Facts, Fictions, and the Writing of History*, Durham (NC), Duke University Press, 2005, pp. 136-156.
- 18 Laura Putnam, "The Transnational and the Text-Searchable: Digitized Sources and the Shadows They Cast", *American Historical Review*, vol. 121, nº 2, 2016, pp. 377-402.
- 19 He analizado la relación de la historia social con el archivo de documentos "culturales" en "Infinito particular. Lo cultural como archivo", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 11, 2007, pp. 213-218.

## 7. Partículas

- 1 Carolyn Steedman, *Dust. The Archive and Cultural History*, Nuevo Brunswick, Rutgers University Press, 2002, p. 72.
- 2 Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989.
- 3 Renée Sentilles, "The Archives of Cyberspace", cit.
- 4 Material disponible en <[shc.stanford.edu/digital-humanities](http://shc.stanford.edu/digital-humanities)>.
- 5 Roy Rosenzweig, "Scarcity or Abundance?", cit.; y "Can History Be Open Source? Wikipedia and the Future of the Past", *The Journal of American History*, vol. 93, nº 1, junio de 2006, pp. 117-146.



## 8. Todos los nombres

- 1 David Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- 2 Carolyn Steedman, *Dust*, ob. cit., p. 75.

## Sobre los textos

Versiones preliminares de los capítulos de este volumen aparecieron en diversas publicaciones.

“Entre el panóptico y el pantano: avatares de una historia de la prisión argentina” fue originalmente publicado en *Política y Sociedad* (Revista de la Universidad Complutense de Madrid), vol. 46, n° 3 (monográfico: *Sociologists at work. La trastienda de la investigación social. Teoría, metodología e investigación concreta*), 2009, pp. 135-147.

“Escenas del archivo policial” formó parte del volumen colectivo, al cuidado de Mariana Sirimarco, *Estudiar la policía. La mirada de las ciencias sociales sobre la institución policial*, Buenos Aires, Teseo, 2010, pp. 85-96. Una versión inicial del texto apareció en la revista virtual *El Interpretador*, n° 35, abril-mayo de 2009.

“Archivos del crimen y giro digital” retoma ideas presentadas en el IV Simposio Internacional “Delitos, policías y justicias en América Latina”, que tuvo lugar en la Universidad Federal de Río de Janeiro el 3 de marzo de 2016. Agradezco las reacciones y comentarios de los allí presentes.

“Beaubourg y Sciences Po” fue escrito especialmente para el volumen *La París de los argentinos*, cuya edición estuvo al cuidado de Jorge Fondebrider (Buenos Aires, Bajo la Luna, 2013).



